principios fundamentales de una

PRODUCCION Y DISTRIBUCION COMUNISTA

G.I.K.H.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE UNA PRODUCCION Y DISTRIBUCION COMUNISTA

G.I. K.H.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE UNA PRODUCCION Y DISTRIBUCION COMUNISTA.

Colección "Lee y Discute"
Serie R - Núm. 66

Colección "Lee y Discute." Serie R. núm. 66 (doble)
Edita: ZERO. Máximo Aguirre, 5 - Bilbao.
Distribuidor exclusivo: ZYX, S. A. - Lérida, 82 - Madrid.
© Reservados todos los derechos.
Portada de José M. Ballesteros.
Printed in Spain. Impreso en España.
I. S. B. N. — 84 - 317 - 0354 - 7
Depósito Legal.— M - 27235 - 1976.
Imprime: IBERGRAFICAS, S. A.
C/ Lope de Rueda, 11 y13 - Madrid - 9

NOTA DE LA EDITORIAL

Este texto forma parte de esa fragmentaria, riquísima y casi desconocida experiencia del movimiento obrero, que durante medio siglo los gestores de la III Internacional y de la Internacional de Viena han querido silenciar y enterrar definitivamente, sin haberlo conseguido, muy a su pesar.

Aunque el autor del presente escrito es un colectivo concreto, el GIK-H, Groupe Internationaler Komunisten (Holland), *otros muchos grupos políticos, tanto de su época como de hoy, hubieran estado dispuestos a firmarlo. Pero los verdaderos inspiradores de este texto, de la indignación y la esperanza que lo recorre, hay que buscarlos en las experiencias de consejos obreros, de soviets, de colectividades agrícolas y colectivos de fábrica que ya desde antes de 1905 y aún más, después de 1917 y hasta 1937 en nuestro país, se implantaron por toda Europa para finalizar ahogadas por el capitalismo, la social-democracia o la misma ortodoxia comunista.*

Es una crítica indignada contra la práctica de la Internacional de Viena, integrada por la social-democracia de la Internacional Socialista, que hoy gobierna media Europa Occidental, contra este mismo socialismo que había votado en el congreso de Basilea. Socialismo, en fin, que practica la colaboración de clase y que usa los parlamentos para que sus burócratas de partido compartan el poder.

Pero la indignación alcanza también a la III Internacional, reducida a ser instrumento servil de Moscú. Y Moscú quiere decir el PCUS, el partido que llevó a cabo la dominación sobre la clase obrera y campesina a través del «comunismo de estado», como le llaman los autores.

Este libro obliga a recorrer la historia del movimiento obrero y del marxismo a lo largo de todo su itinerario, sin aceptar las periodizaciones consagradas. En realidad, no hay diferencias sustanciales entre los social-demócratas de Viena y la Komintern (partido bolchevique y otros partidos comunistas que le siguieron). El resultado de la acción de ambos es el «capitalismo de estado», realizado, por los primeros, mediante la escalada parlamentaria (Kautsky) y, por los segundos, a través de la toma armada del poder. Diferencia más aparente que real, como nos mostraría el VII Congreso del Komintern al teorizar el Frente Popular, que suponía, en definitiva, el abrazo entre las dos Internacionales.

Este abrazo prosigue hoy: es el abrazo con la sociedad capitalista desarrollada.

En el fondo, el debate profundo que plantea este texto dentro del movimiento obrero es la separación abismal entre la social-democracia reformista o radical (bolcheviques), por un lado, y el comunismo de la «asociación de productores libres e iguales» por otro.

Es cierto que «la social-democracia confunde las formas organizativas específicas del dominio *sobre el trabajo socializado con el mismo trabajo socializado».*

Entre «comunismo de Estado» y «Capitalismo de Estado» no existen prácticamente diferencias. A través de la historia del movimiento obrero la social-democracia no ha hecho sino reforzar la tendencia al trust vertical, *que no es sino el tipo de vínculo capitalista de la organización del proceso productivo, desde las materias primas al producto acabado.*

Sin embargo la esperanza que recorre este texto consiste en afirmar la posibilidad de una producción y distribución basadas en la acción consciente de los mismos trabajadores.

El grupo alemán que editó por primera vez este libro (la A.A.U.D., Allgemeine Arbeiter Union Deutschlands) *ve en el presente libro «la posibilidad de construir una producción y distribución, por primera vez en la historia del movimento obrero de posguerra, en el sentido de una sociedad basada en las necesidades del hombre».*

Pero las necesidades del hombre son un acontecimiento histórico muy complejo. Según el grupo holandés autor de ese escrito, los principios de la producción y distribución comunista no se instauran, evidentemente, haciendo «tabla rasa», sino a partir de la

complejidad y el desarrollo alcanzadas por las fuerzas productivas de la Europa contemporánea. Por ello el texto no se plantea ilusoriamente volver a un «comunismo primitivo», sino que suscribe un comunismo que debe construirse partiendo de la madurez de las fuerzas productivas que se han desarrollado en el seno del capitalismo.

Si se quiere, entonces, acusar a la presente obra de «utopismo», se debe hacer enfrentándose con ella en sus detalles, porque el trabajo no es una exposición de principios, sino el intento real de esbozar los fundamentos de una contabilidad comunista.

En efecto, si quisiéramos resumir el objetivo del esfuerzo del grupo holandés, debemos decir que esta obra nace para afirmar la posibilidad y la necesidad de una unidad de medida social *para regular la producción y distribución comunista. Unidad de medida social significa la abolición de una estructura (demiurgo) arbitraria: el estado, tanto capitalista como pretendidamente comunista.*

Unidad de medida social también significa el desarrollo de una «revolución social» que «fije la nueva relación —entre productor y producto— que dé al trabajador un derecho sobre el producto que coincida con su tiempo de trabajo, realizándolo por medio del cálculo del tiempo de trabajo».

La objeción fundamental que se ha hecho a este razonamiento es, en el fondo, la objeción de Kautsky: el cálculo es imposible; mejor es confiar en el estado-demiurgo como solución del problema (Hilferding).

Pero nosotros no planteamos estas objeciones. No podemos retroceder ante la dificultad de un cálculo. Por otro lado, la objeción planteada por Kautsky es evidentemente ideológica, pues parte de la pretensión de saber desde ahora en qué consiste un desarrollo socialista. La concepción que subyace en la ideología social-democrática es bien conocida: prioridad de la industria pesada sobre la industria ligera; prioridad de la industria sobre la agricultura; uso indiscriminado de la tecnología en sentido occidental; no variación de los modelos fundamentales de consumo; etc... Se trata de la vieja fórmula de la URSS: «alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas avanzados en todos los campos de la producción» o, también, del supuesto básico de todas las formulaciones de los partidos comunistas y socialistas de los países europeos del capitalismo avanzado: «Mantener el nivel productivo de país avanzado en el momento de la transición al socialismo».

Precisamente, el trabajo de los comunistas holandeses critica abiertamente estas concepciones que sólo han podido defender los aparatos ideológico-burocráticos de los estados y partidos, ofreciéndolas como «ideal» a las masas.

La primera se refiere a que ignora, de algún modo, la estructura internacional de la acumulación. Se trata de replantear el problema que se analiza en este libro no sólo a nivel de la situación metropolitana (países centrales), sino también a nivel de la relación que se establece entre la metrópoli y la periferia. No se puede reducir el intercambio desigual capitalista al intercambio entre empresario y fuerza de trabajo de la fábrica europea. En los autores de este escrito está bien claro que las materias primas y otros medios de producción sólo se pueden valorar según el tiempo de trabajo contenido en ellas. Pero, de otro lado, nada se dice de la posibilidad de encontrar una plusvalía formada en el subdesarrollo, no sólo en los beneficios metropolitanos, sino también en los mismos salarios, o, por lo menos, en ciertos niveles salariales de la metrópoli.

En resumen, el primer orden de problemas que deja abierto este libro se refiere, a nuestro juicio, a la persistencia de una realidad colonial como condición necesaria para el nivel de desarrollo capitalista de los países imperialistas euroamericanos.

Este mismo problema nos ayuda a señalar una segunda observación, que aquí sólo queremos apuntar y para la que enviamos al lector a un libro muy breve que publicamos en la primavera de 1975. Se trata del texto «Sobre la transición» del economista africano Samir Amin. Este texto se enfrenta, de hecho, con el problema de la transición en Africa, pero, además, el razonamiento plantea problemas fundamentales:

«...la periferia se ve obligada a superar el capitalismo, y a abrir el camino a la invención de una sociedad socialista y liberar a la humanidad de su alienación. Todos los problemas «técnicos» de la estrategia de transición deben ser examinados de nuevo desde este punto de vista. Particularmente las relaciones agricultura-industria, industria ligera-industria de base, métodos de alta intensidad de trabajo-métodos de «alta intensidad de capital», deben ser revisados en este marco. El problema está en cambiar las instalaciones más modernas por las mejoras inmediatas del sector «pobre», en el cual se concentra la masa de la población, y poner la técnica moderna al servicio inmediato de la mejora de la productividad, del futuro

de las masas. (...) Así concebida, la estrategia concreta de la transición aparece ante todo como una estrategia de autoconfianza, autoconfianza que debe ser adquirida a diversos niveles en el respeto democrático de los grupos sociales populares reales de los que se compone una nación: el pueblo o la ciudad, las regiones (en particular en Africa, donde la región real corresponde a una homogeneidad cultural y étnica), el Estado y, eventualmente los grupos de Estados». (*S. Amin,* Sobre la Transición, *Zero, 1975, pp. 24-25*)

—¿Por qué esta cita tan larga? Evidentemente, no se trata de usar el razonamiento de Amin para africanizar Europa. Más bien se trata de comprender que no es suficiente que los medios de producción pasen a manos de los obreros. Tampoco es suficiente siquiera que se afirme una unidad de cálculo como el tiempo de trabajo. Si esta unidad de cálculo se afirma y fabrica en la metrópoli, nos puede dar como resultado la creación de soviets imperialistas. *Pero los conceptos* soviet *e* imperialista *se contraponen evidentemente. Están en una total contradicción política y cultural. Esto significa que para que existan consejos de fábrica que realmente gestionen la producción y la distribución por sí mismos, deben tener en cuenta que la acumulación a escala internacional se crea con la sobre-explotación del trabajo colonial, el intercambio desigual. Y, para evitar esto, hará falta que sean consejos (soviets) capaces también de optar por un empobrecimiento. Europa, una Europa en transición, no podrá evitar empobrecerse. No se puede afirmar que con una redistribución de los beneficios se podrá evitar el empobrecimiento. Es una colosal tontería económica. Hay que contar con la eliminación de la realidad colonial. Si en Africa la gestión de la producción y la distribución en poder de los trabajadores tendrá que anteponer una «resistencia cultural» a opciones tecnológicas de impronta occidental y capitalista, en Europa una gestión de la producción y distribución en manos de los trabajadores no podrá estar dispuesta a un empobrecimiento y a mantenerse fiel a una unidad de cálculo social internacional, sino a condición de un extraordinario crecimiento cultural y político de los propios trabajadores.*

INTRODUCCION

La presente obra colectiva *Grundprinzipien Kommunistischer Produktion und Verteilung —Gruppe Internationaler Kommunisten__ Holanda* apareció por primera vez hace cuarenta años. Sus autores, el Grupo de Comunistas Internacionales de Holanda, pertenecían al movimiento de los Consejos. Los Consejos surgieron por primera vez durante la Revolución Rusa de 1905. Según Lenin, tenían ya la fuerza suficiente para tomar el poder político, aunque, en realidad, se movían aún, dentro de los márgenes de la revolución burguesa. Para Trotsky, los Consejos obreros representaban, al contrario de los partidos políticos presentes en la clase obrera, la organización propia del proletariado. El holandés Anton Pannekoek veía en el movimiento de los Consejos la autoorganización del proletariado, que le conduciría a su dominio como clase y a la dirección de la producción. Con el desarrollo de la revolución rusa (*) y con el fin de los Consejos el interés por esta nueva forma de organización se perdió y la organización del movimiento obrero estuvo nuevamente a disposición de los partidos políticos y los sindicatos tradicionales. Más tarde, la revolución rusa de 1917 repropondría la perspectiva de los consejos para el movimiento obrero internacional; pero no sólo como expresión de la organización espontánea de los trabajadores revolucionarios, sino además como medida necesaria frente a la posición contrarevolucionaria del movimiento obrero tradicional.

La primera guerra mundial y la quiebra de la II Internacional cerraron el primer período del movimiento obrero. Lo que mucho

(*) de 1905 (NdT)

antes era previsible, a saber, la integración del movimiento obrero en la sociedad burguesa, se convirtió en un hecho irrefutable. El movimiento obrero no era un movimiento revolucionario, sino un movimiento de obreros, que intentaba adaptarse al capitalismo. Tanto los dirigentes como los propios trabajadores, no carecían de interés por la abolición del capitalismo y se contentaban con la actividad sindical y política en el interior. Las escasas posibilidades de los partidos y de los sindicatos en el interior de la sociedad burguesa, expresaban los intereses reales de los trabajadores. No se podía esperar otra cosa, ya que un capitalismo en expansión progresiva excluye todo verdadero movimiento revolucionario.

El idilio de una armonía posible entre las clases en el curso del desarrollo capitalista, sobre el que se fundaba el movimiento obrero reformista, se hizo pedazos al chocar con las contradicciones mismas del capitalismo, que se expresan mediante crisis y guerras. La ideología revolucionaria, al principio reducida a una minoría radical en el interior del movimiento obrero, se introdujo entre las grandes masas cuando la miseria de la guerra puso al desnudo la verdadera naturaleza del capitalismo; y no sólo la del capitalismo, sino también la de las organizaciones obreras crecidas en su seno. Las organizaciones habían escapado de las manos de los trabajadores; para ellos existían sólo en la medida en que era necesario mantener la existencia de su burocracia. Puesto que la función de estas organizaciones está ligada al mantenimiento del capitalismo, no pueden por menos que oponerse a toda lucha real contra el sistema capitalista. Un movimiento revolucionario necesita, en efecto, formas de organización que lleven más allá del capitalismo, que den el poder a los obreros sobre sus organizaciones, organizaciones en las cuales no esté una parte de la clase obrera sino su totalidad. El movimiento de los Consejos fue un primer intento de construir una forma de organización adecuada a la revolución proletaria.

Tanto la revolución rusa como la alemana encontraron como expresión organizativa el movimiento de los Consejos. Pero en ninguno de estos dos casos alcanzaron la capacidad suficiente para afirmar su poder político y usarlo en la construcción de una sociedad socialista. Mientras que el fracaso del movimiento de los Consejos ruso hay que achacarlo indudablemente al retraso de la situación social y económica rusa, la derrota del movimiento alemán fue producto de la falta de voluntad de las masas trabaja-

doras en realizar el socialismo de manera revolucionaria. La socialización era vista como tarea del gobierno y no como tarea de los mismos trabajadores; y así, el movimiento de los Consejos decretó su propio fin restableciendo la democracia burguesa.

Si bien el partido bolchevique había llegado al poder con la consigna «todo el poder a los Soviets», se atuvo a la concepción socialdemócrata según la cual la construcción del socialismo era tarea del Estado y no de los Consejos. Mientras que en Alemania no se llevaba a cabo ningún tipo de socialización, el estado bolchevique destruyó la propiedad privada capitalista pero sin atribuir a los trabajadores ningún derecho a disponer de su producción. Por aquello de que defendían los intereses de los trabajadores, el resultado fue una forma de capitalismo de estado, que dejaba intacta la condición social de los trabajadores y que más bien continuaba su explotación en beneficio de una nueva clase privilegiada. El socialismo no se podía realizar ni por medio de una reforma del Estado democrático burgués, ni por medio del nuevo estado bolchevique revolucionario.

Prescindiendo de la inmadurez objetiva o subjetiva de la situación, la vía que hubiese sido posible tomar para alcanzar la socialización permanecía envuelta en la oscuridad. La teoría socialista tendía genéricamente a la crítica del capitalismo y a la estrategia y táctica de la lucha de clases en el interior de la sociedad burguesa. La vía al socialismo y su estructura, aparecían como prefiguradas ya en el capitalismo. El mismo Marx había dejado sólo pocas indicaciones fundamentales sobre el carácter de la sociedad socialista, ya que efectivamente es poco productivo ocuparse del futuro, de situaciones no comprendidas dentro del presente o del pasado. Sin embargo, contrariamente a cuanto sostienen interpretaciones posteriores, Marx había puesto en claro que el socialismo no se refiere al Estado sino a la sociedad. El socialismo como «asociación de productores libres e iguales» necesitaba del «Estado», es decir, de la dictadura del proletariado, sólo hasta tanto durara su estabilización. Con la consolidación del socialismo, la dictadura del proletariado, entendida como «Estado», desaparecería. En cambio, en la concepción socialdemócrata, tanto reformista como revolucionaria existía una identificación del control estatal con el social, y el término «asociación de productores libres e iguales» perdió su significado original.

Las características del Socialismo futuro ya contenidas en el

capitalismo no fueron vistas en la posible auto-organización de los productores en la producción y la distribución, sino en las tendencias a la concentración y la centralización, típicas del capitalismo, que generarían finalmente un dominio estatal sobre todas las esferas de la economía. Esta concepción del socialismo fue asumida primero y más tarde atacada, tachándola de ilusión por la burguesía.

El fin de un gran movimiento revolucionario como el de los Consejos no excluye la posibilidad de su reaparición en una nueva situación revolucionaria. Además, de las derrotas se puede aprender. La tarea de los comunistas consejistas después de la revolución perdida, no consistía en la propaganda del sistema de Consejos, sino también en la investigación de las carencias por las que el movimiento había fracasado. Una de las carencias, quizá la mayor, había sido que los Consejos no tenían en absoluto claridad respecto de sus tareas en una organización socialista de la producción y la distribución. Ya que los Consejos tienen su base en las fábricas, éste debe ser el punto de partida para la coordinación social y la síntesis de la vida económica, y en ellas los productores deben poder disponer de lo que producen. Estos *principios fundamentales de una producción y distribución comunista* fueron el primer intento del movimiento de los Consejos en Europa occidental de ocuparse del problema de la construcción del socialismo sobre la base de los Consejos.

Teniendo en cuenta las grandes dificultades con las que se encuentra una posible revolución proletaria, a primera vista, este escrito, que se ocupa en su mayor parte de la unidad de cálculo y de la contabilidad de la economía comunista, podrá parecer extraño.

Ya que no se pueden prever exactamente las particularidades de las difíciles situaciones políticas que nos esperan, sólo podemos dedicarnos a la especulación sobre un tema así. Puede ser fácil o difícil destruir un cierto sistema social: depende de condiciones que no pueden ser previstas. Pero este escrito no se ocupa de la organización de la revolución, sino de problemas posteriores. Como, además, no es posible adivinar el estado de la economía después de la revolución, no se puede ni siquiera hacer un programa por adelantado de los trabajos que deberán ser llevados efectivamente a cabo. Pero sí es posible discutir anticipadamente los procedimientos y los instrumentos necesarios para la

afirmación de determinadas condiciones sociales que se quieren obtener, en este caso condiciones que se consideran comunistas.

El problema teórico de la producción y la distribución en el comunismo ha resultado un problema práctico a partir de la revolución rusa. Pero la práctica estaba determinada desde el principio por la concepción del control estatal centralizado, al cual se referían las dos alas de la socialdemocracia. Las discusiones sobre la realización del socialismo o del comunismo dejaban fuera el problema real: el del control de los trabajadores sobre su producción. La cuestión estribaba, en cómo se podía realizar la planificación económica dirigida por una autoridad central. Ya que, según la teoría marxiana, el socialismo no conoce el mercado, ni la competencia, ni los precios, ni el dinero, el socialismo era concebible sólo como economía natural, en la cual, mediante la estadística, tanto la producción, como la distribución, vienen determinadas por un servicio central. En este punto se centró la crítica burguesa al afirmar que en estas condiciones es imposible una gestión racional porque la producción y la distribución necesitan una medida de valor, como la que proporcionaban los precios de mercado.

Para no anticipar la disertación que a este respecto se encuentra en *principios fundamentales de una producción y distribución comunista* baste decir que sus autores han encontrado la solución al problema de la necesaria unidad de cálculo, en el tiempo de trabajo socialmente medio como base de la producción y la distribución. La aplicación práctica de este método de cálculo y la contabilidad pública a él unida se demuestran minuciosamente. Y como se trata tan sólo de métodos para alcanzar determinados resultados, el razonamiento es perfectamente lógico. El uso de este método tiene como condición necesaria la voluntad de llegar a una producción y distribución de tipo comunista. Verificado este presupuesto, nada se opone a este método, aunque puede no ser el único adaptado al comunismo. Según Marx, toda economía es una economía «de tiempo». La subdivisión y el desarrollo del trabajo se realizan según las exigencias de la producción y el consumo y al igual que en el capitalismo el tiempo de trabajo es la medida de la producción, aunque no de la distribución. En la base de los precios, reguladores del capitalismo, se encuentran valores ligados al tiempo de trabajo. Las relaciones de producción y de explotación en el capitalismo que son al mismo tiempo relaciones de

mercado, y la acumulación de capital que es el motivo y el motor de la producción capitalista, excluyen un intercambio de valores equivalentes dado por el tiempo de trabajo. No por nada la ley del valor domina la economía capitalista y su desarrollo.

Partiendo de este hecho, se puede pensar fácilmente que también en el socialismo debe ser válida la ley del valor, ya que en éste también debe tenerse en cuenta el tiempo de trabajo, para hacer posible una economía racional. Pero el tiempo de trabajo se transforma en «valor del tiempo de trabajo» sólo en condiciones capitalistas, en las cuales, la necesaria coordinación social de la producción está sujeta al mercado y a las relaciones de propiedad privada. Sin relaciones capitalistas de mercado no existe ninguna ley del valor, aunque aún, y quizá siempre, sea necesario considerar el tiempo de trabajo para adaptar la producción social a las necesidades de la sociedad.

Es en este último sentido en el que los *principios fundamentales de producción y distribución comunista* hablan del tiempo de trabajo socialmente medio.

Los autores subrayan el hecho de que antes de ellos se había propuesto el tiempo de trabajo como unidad de cálculo económico. Consideran inaceptable esta propuesta porque se basa sólo en la producción y no en la distribución, y en eso sigue emparentada con el capitalismo. Según su punto de vista el tiempo de trabajo socialmente medio debería valer tanto en la producción, como en la distribución. Aquí, sin embargo, nos encontramos con una dificultad y debilidad para calcular el tiempo de trabajo, dificultad que Marx también había visto, no encontrando otra respuesta que la abolición del cálculo fundado sobre el tiempo de trabajo en la distribución, llevando a cabo el principio comunista « de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades».

En su crítica del Programa de Gotha del partido socialdemócrata alemán, Marx aclaró el hecho de que una distribución proporcional al tiempo de trabajo, traería consigo una nueva desigualdad, ya que los que producen se diferencian por su capacidad de trabajo y por su situación privada. Algunos trabajan más en el mismo tiempo; unos tienen que mantener una familia y otros no; por tanto, la igualdad de la distribución según el tiempo de trabajo tiene como efecto la desigualdad en las condiciones de consumo. Marx escribe: «En efecto, a igualdad de trabajo prestado y, por tanto, a igualdad de usufructo del fondo social de

consumo, uno obtiene más que otro, uno es más rico que otro, etc... Para evitar esta situación injusta, la ley debería ser desigual más bien que igual». Si bien consideraba este inconveniente como «inevitable en la primera fase de la sociedad comunista», no lo consideraba un principio comunista. Cuando los autores de los *Principios fundamentales* dicen que su exposición es «sólo la utilización consecuente del pensamiento marxiano», es verdad sólo en la medida en que este pensamiento se refiere a una fase del desarrollo socialista, en la cual reina aún el principio del intercambio de equivalentes, principio que encontrará su fin en el socialismo.

Para Marx estaba claro que «toda distribución de los medios de consumo es sólo la consecuencia de la distribución de los medios de producción», y que «cuando los medios de producción sean propiedad de los mismos trabajadores, se conseguirá una distribución de los medios de consumo diferente de la actual». Los posibles defectos de una distribución según el tiempo de trabajo no podían, pues, ser superados con una división entre la producción y la distribución, ya que el gobierno de la producción por parte de los productores comprende también su control sobre la distribución, así como la determinación de la distribución por parte del Estado —la asignación desde arriba—, comprende tambien el control estatal sobre la producción. Los autores de los *Principios fundamentales* subrayan justamente que los productores deben tener la más amplia posibilidad de disponer de su producción, pero que esto exija una distribución según el tiempo de trabajo, es otro problema.

En los países capitalistas de desarrollo avanzado, o sea, en los países en los que es posible la revolución socialista, las fuerzas sociales productivas están suficientemente desarrolladas como para producir medios de consumo en sobreabundancia. Más de la mitad de toda la producción capitalista y de las actividades improductivas ligadas a ésta (prescindiendo completamente de las posibilidades de producir que no son explotadas) no tienen seguramente nada que ver con el consumo humano real; sino que sólo pueden encontrar sentido en la irracional economía de la sociedad capitalista. Resulta entonces claro que en condiciones de economía comunista se podrán producir tantos bienes de consumo que harán superfluo un cálculo de sus partes individuales.

El logro de la abundancia, ya hoy potencialmente presente,

presupone, sin embargo, una completa transformación de la producción social, basada en las necesidades reales de los productores. La transformación de la producción capitalista en una producción orientada según las necesidades humanas, no sólo traerá como resultado de la abolición de las relaciones capitalistas un cambio en el desarrollo técnico-industrial, sino, que de esta manera, dará también mayor seguridad al futuro de la existencia humana, ahora claramente en peligro.

Si bien los *Principios fundamentales* ponen justamente el acento en el hecho de que la producción está condicionada por la reproducción, y si bien el punto de partida de la producción comunista sólo puede ser el del fin del capitalismo, la nueva sociedad necesita en cualquier caso transformaciones adecuadas en los objetivos y en los métodos de la producción. Los procedimientos empleados en estas transformaciones y los resultados obtenidos permitirán elegir el modo de distribución adecuado, tanto según las partes de la producción como según las variables necesidades reales. Además es también posible que una destrucción parcial de la base de la producción, como consecuencia de la lucha de clases necesaria para la transformación social, excluya la distribución según el tiempo de trabajo, sin que por esto sea imposible una distribución igualitaria, por ejemplo por medio de racionamientos. Y esta distribución igualitaria podría ser determinada por el propio trabajador, sin el giro vicioso del cálculo del tiempo de trabajo. Pero los *Principios fundamentales* parten de un sistema económico comunista «normal», esto es, de un sistema ya impuesto y con condiciones propias de reproducción. En condiciones semejantes, una distribución ligada al tiempo de trabajo parece superflua.

Es verdad que la «relación exacta entre el productor y el producto» auspiciada en los *Principios fundamentales* concierne solamente a la parte individual de la producción —después de la sustracción de las partes de la producción que competen al consumo y a la reproducción de la producción social—. El proceso de socialización se expresa en la disminución del consumo individual y el aumento del consumo público, por lo que el desarrollo comunista tiende a fin de cuentas a abolir el cálculo del tiempo de trabajo en la distribución. La estructura económica sin mercado necesita de la organización de los consumidores en cooperativas (en contacto directo con las empresas) en las cuales las necesidades

individuales, referentes al consumo y a la producción, puedan expresarse colectivamente. Es una pena, sin embargo, que ésta sea la parte menos elaborada de los *Principios fundamentales*, cuando precisamente la presunta libertad de consumo de la economía de mercado es utilizada por el capitalismo para hacer la apología de sí mismo. En realidad, es perfectamente posible establecer las necesidades del consumo sin necesidad del mercado, y aún mucho mejor, que lo hace el mercado, porque en la sociedad comunista desaparecen las deformaciones de la demanda del mercado, causadas por una distribución ligada a la existencia de clases sociales.

También en la producción un cálculo exacto sólo puede realizarse aproximadamente, ya que el proceso de trabajo y de reproducción está sujeto a constantes cambios. El cálculo del tiempo de trabajo socialmente medio para la producción global está sujeto a ciertas dilaciones, y los resultados obtenidos están siempre retrasados con respecto a la reproducción efectiva. La «exactitud» del cálculo se refiere a un momento pasado, y por mucho que sea posible acortar los tiempos de indagación por medio de métodos e instrumentos modernos, el tiempo de trabajo socialmente medio varía constantemente. Esta falta de exactitud no es un obstáculo insuperable para el cálculo de la producción y de la reproducción social, tanto al nivel mismo de la producción como a nivel superior. Pero la situación real diferirá de la calculada, y solamente en la diferencia encontraremos el estado real de la producción. En el cálculo del tiempo de trabajo no se trata de obtener la adecuación completa del tiempo de producción, obtenido mediante la unidad de medida, al tiempo medio de trabajo efectivamente empleado y a la producción resultante, sino de ordenar y distribuir el trabajo social, cosa que por su propia naturaleza podrá obtenerse sólo de forma aproximada. Para una economía comunista planificada, un resultado así es perfectamente aceptable.

Los autores de los *Principios fundamentales* conciben la organización productiva de manera que «la relación exacta entre el productor y el producto llegue a ser la base del proceso de producción social». Ven esto como el «problema fundamental de la revolución proletaria», porque sólo de esta manera se puede evitar que se alce un aparato por encima de los productores. Sólo por medio de una definición de la relación entre el producto y el productor «se puede abolir la función de los dirigentes y de los administradores en el reparto del producto social». El presupuesto

necesario para una sociedad sin clases es pues la autodeterminación de la distribución por parte de los productores. En verdad, la determinación de la relación directa entre productor y producto sólo puede ser el resultado de una revolución proletaria victoriosa, que establece el sistema de los Consejos como organización social. En este caso, la necesidad de regular el proceso productivo en función de la distribución puede ser menor. Se puede imaginar una distribución controlada de los medios de consumo tan bien como una no controlada, sin que esto haga necesaria la existencia de nuevos estratos privilegiados. Por lo demás, la sola asunción de una norma para la distribución no es condición suficiente para el establecimiento de una economía comunista: ésta, en efecto, no debe basarse simplemente en la participación de los productores en el producto social sino más allá de estos problemas, en las condiciones materiales de la producción social.

En el capitalismo, la distribución, está regulada sólo aparentemente por el mercado. Si bien la producción debe realizarse basándose en el mercado, el mercado mismo está determinado por la producción de capital. En la base del proceso de producción están la producción del valor de cambio y la acumulación del capital. El valor de uso aparece en la producción sólo como un medio para aumentar el valor de cambio. Las verdaderas necesidades de los productores pueden ser tenidas en cuenta sólo si coinciden con los imperativos de la acumulación. La producción, producción de plusvalía, se regula en la economía de mercado automáticamente según las relaciones del valor de cambio, que no coinciden sino accidentalmente con las relaciones del valor de uso. La sociedad comunista produce sólo para el uso y debe por ello adecuar la producción y la distribución a las necesidades reales de la sociedad. La producción es anterior a la distribución, aunque esté determinada por las necesidades de los consumidores. Pero la organización de la producción necesita bastante más que la determinación exacta de la relación entre productor y producto: necesita del control de las necesidades y de las capacidades de producción de toda la sociedad, en sus formas físicas, y de una distribución adecuada del trabajo social.

El sistema de los Consejos no se podrá hacer a menos que se creen instituciones que hagan posible una supervisión sobre las necesidades y las posibilidades del conjunto social. Los conocimientos así obtenidos deben dar lugar a decisiones que no pueden

ser tomadas por cada organización de fábrica. La estructura del sistema de los Consejos debe ser tal que regule la producción centralmente, sin por esto condicionar la autonomía de los productores. En las mismas fábricas, además, la ejecución de las decisiones de los trabajadores se dejará a los Consejos, sin que por esto deba surgir una primacía de los Consejos sobre los trabajadores. También, desde una óptica más global, en la producción nacional, se pueden encontrar métodos organizativos que coordinen las instituciones por encima de las fábricas, bajo el control de los productores. Pero esta solución de la contradicción centralismo-federalismo que es por otra parte auspiciada en los *Principios fundamentales*, no podrá resolverse simplemente por medio de un «registro del proceso económico en la contabilidad social general» muy probablemente serán necesarios órganos particulares, integrados en el sistema de los Consejos, que se ocupen específicamente de la organización económica.

En los *Principios fundamentales* el rechazo de una administración central de la producción y distribución dirigida por el Estado se basa en la experiencia rusa, lo que en realidad no afecta al sistema de los Consejos, sino al capitalismo de Estado. Pero también aquí, la producción y la distribución no son obra de organismos de planificación sino del Estado que se sirve de estos organismos de planificación como instrumentos. Es la dictadura política del aparato estatal sobre los trabajadores, y no una planificación de la economía, lo que ha llevado a un nuevo tipo de explotación de la cual participan también las autoridades de la planificación. Sin la dictadura política del aparato estatal, los trabajadores no estarían obligados a someterse a la administración central de la producción y la distribución.

La primera condición de la producción y la distribución comunista es, pues, que no exista ningún aparato estatal al lado o por encima de los Consejos, y que la función «estatal», la supresión de las tendencias contrarrevolucionarias, sea ejercida por los mismos obreros, organizados en sus Consejos. Cualquier partido que, como fracción de los trabajadores, aspire al poder estatal o se coloque como aparato estatal después de la toma del poder, intentará sin duda ser quien controle la producción y la distribución, y reproducir este control para mantener las posiciones obtenidas. Si existe el control de la mayoría por parte de una minoría, entonces seguirá existiendo la explotación. El sistema de los

Consejos no puede dejar subsistir a su lado ningún Estado, a menos que renuncie a sí mismo. Pero sin este poder estatal separado de la sociedad, cualquier planificación de la producción y la distribución sólo puede ser llevada a cabo por el sistema de los Consejos. Los organismos de planificación vienen a ser también de las empresas que junto a otras empresas se funden en un único sistema de Consejos. A propósito de esto, se dice ahora que también la clase obrera en su composición está sujeta a continuos cambios. Los *Principios fundamentales* consideran al proletariado industrial reunido en las empresas como la clase socialmente determinante. El sistema de los Consejos basado en las empresas determina la estructura de la sociedad y obliga a otras clases, por ejemplo a los campesinos independientes a integrarse en el nuevo sistema económico-social. En los últimos 40 años, la clase obrera, es decir, el estrato de los que perciben una paga o un salario, ha aumentado, pero —en relación con el conjunto de la población —el número de trabajadores industriales ha disminuído. Una parte de los empleados trabaja en las empresas junto a los trabajadores manuales, otra en el campo de la distribución y la administración. Ya que la producción depende cada vez más de la ciencia, y las fuerzas productivas de la ciencia superan «tendencialmente» a las del trabajo directo, también las universidades, al menos en parte, pueden ser vistas como «empresas». Y si en el capitalismo plusvalía significa siempre trabajo no pagado (plustrabajo) cualquiera que sea el estado de la ciencia, la riqueza social en el comunismo se presenta no como un crecimiento del trabajo, sino como la continua reducción del trabajo necesario, consecuencia del desarrollo científico libre de las limitaciones capitalistas. La producción se socializa progresivamente como consecuencia de la creciente participación de las masas en el proceso de producción, masas obreras que sólo pueden existir en la más estricta colaboración y en la recíproca compenetración en todos los tipos de trabajo. En pocas palabras, la noción de clase obrera se amplía, es más extensa hoy que hace 40 años. Los cambios en la organización del trabajo contienen ya una superación de la división del trabajo, de la división entre trabajo manual e intelectual, entre oficina y fábrica, entre trabajadores y directores: es un proceso que, mediante la participación de todos los productores en la producción ahora orientada socialmente, puede llevar a un sistema de consejos que incluya a toda

la sociedad y que así ponga fin a la dominación de clase.

Se puede compartir la desconfianza de los *Principios fundamentales* frente a los «jefes, técnicos y científicos» que se arrogan el derecho de dirigir la producción y la distribución, sin por ello olvidar que aparte de los jefes, los otros son productores. Precisamente el sistema de los Consejos los coloca junto a todos los demás productores, y los arranca de la posición privilegiada que ocupan en el capitalismo. A pesar de todo, como los pasos atrás en el campo social son posibles, es claro que, incluso un sistema de Consejos puede degradarse; por ejemplo, a causa del desinterés de los propios productores en su autonomía y el consiguiente paso de las funciones de los Consejos a exponentes internos del sistema, que se vuelven independientes de los productores. Los autores piensan que se puede evitar este peligro por medio del «nuevo cálculo de la producción como base general de la producción». Pero como este cálculo de la producción debe ser, ante todo dictado prácticamente, el efecto esperado puede entonces perderse por una serie de modificaciones. En la exposición de los autores, el sistema, una vez implantado, se presenta como suficiente. Por medio del «funcionamiento objetivo de la producción», del control de ésta en relación a la reproducción, se defienden del ordenamiento que permite la personalización de las decisiones, como ocurre en el capitalismo de Estado.

El nuevo sistema de producción y distribución garantiza en sí mismo la sociedad comunista, aunque en realidad el «funcionamiento objetivo de la producción» está siempre garantizado por personas. También en el capitalismo hay un «funcionamiento objetivo» de la producción, que viene dictado por la ley del mercado, a la cual todas las personas están sujetas. Es el sistema quien domina al hombre. Esta visión fetichista del sistema encubre la realidad de las relaciones sociales de explotación del hombre por el hombre. Detrás de las categorías económicas están clases y personas, y cada vez que el fetichismo del sistema es sobrepasado, vuelve a la luz la lucha abierta entre clases y personas. Si bien también el comunismo es un sistema social, éste no actúa por encima de los hombres, sino según los hombres. No tiene una vida propia a la que las personas deban forzosamente adaptarse; el «funcionamiento objetivo de la producción» está determinado por personas, pero por personas que forman parte del sistema de los Consejos.

Estas pequeñas observaciones críticas serán suficientes para indicar que en los *Principios fundamentales* no se nos presenta un programa acabado sino que se trata de un primer intento de acercarse al problema de la producción y la distribución comunista. Y aunque los *Principios fundamentales* tratan de un estado social del futuro, constituyen al mismo tiempo un documento histórico que arroja luz sobre una etapa de las discusiones del pasado. Sus autores trataban las cuestiones de la socialización de hace más de medio siglo, y algunos de sus argumentos han perdido actualidad; con el tiempo los *Principios fundamentales* intervienen en la disputa, ya superada, entre los teóricos de la economía natural y los representantes de la economía de mercado, mostrando las posiciones equivocadas de ambos.

En general, el socialismo no se considera ya como una nueva sociedad, sino como una variante del capitalismo. Los defensores de la economía de mercado, hablan de una economía de mercado planificada, mientras que los defensores de una economía planificada se sirven de la economía basada en el mercado. La organización de la producción fundada sobre el valor de uso no excluye la distribución desigual de los bienes de consumo mediante la manipulación de los precios. Las «leyes económicas» son consideradas independientes del tipo de sociedad, y todo lo más se discute ahora sobre qué mezcla de capitalismo y de socialismo es más «económica».

El «principio económico», es decir, el principio de la racionalidad económica que, como se suele decir, es la base de toda ordenación social y que se presenta como la realización del máximo resultado con el mínimo costo, en realidad no es sino el clásico principio capitalista de la producción con vistas al beneficio, que tiende siempre a la máxima explotación. El «principio económico» de la clase obrera, en consecuencia, no es otro que la abolición de la explotación. Tal principio, del que parten los *Principios fundamentales*, ha sido hasta hoy letra muerta para los trabajadores. Aparte de la clara explotación en los países llamados «socialistas», las académicas charlas en los países capitalistas a propósito del socialismo se refieren sólo a sistemas de capitalismo de Estado. La «propiedad socialista» de los medios de producción es considerada siempre como propiedad del Estado. La distribución administrativa de los bienes, con o sin mercado, es siempre objeto de decisiones centrales. Como en el capitalismo, la explotación se da en dos

formas: mediante la separación continua de los productores de los medios de producción y mediante la monopolización del poder político. Y donde se ha concedido o impuesto a los trabajadores una especie de derecho a la cogestión, el mecanismo de mercado une a la explotación estatal, la autoexplotación. Por muchos puntos débiles que se puedan encontrar en los *Principios fundamentales*, en la situación actual siguen siendo, hoy como mañana, el punto de partida de todas las discusiones y esfuerzos serios para la realización de la sociedad comunista.

Febrero 1970 — Paul Mattick

A MANERA DE PROLOGO

La siguiente obra [1] *es un trabajo colectivo del Grupo de Comunistas Internacionales, que posee tal unidad en su composición, que podríamos calificarlo ciertamente de un trabajo colectivo logrado. Esta base de trabajo del escrito, que testimonia prácticamente el resultado que puede dar un trabajo colectivo de fuerzas conscientes, lo hace verdaderamente valioso.*

El Grupo de Comunistas Internacionales debate en esta obra, por primera vez en la historia del movimiento obrero de la postguerra, la posibilidad efectiva de construir una producción y una distribución en el seno de una sociedad basada en las necesidades reales de los hombres. Tiene en cuenta todas las experiencias realizadas por los trabajadores y por sus teóricos hasta hoy, para poder analizar sus errores, y, al mismo tiempo, a partir de los resultados obtenidos, indicar nuevas vías. Trata no sólo de las necesidades de transformación y construcción en el terreno industrial, sino también de la necesaria alianza con la agricultura. Los autores dan así una clara visión de las íntimas conexiones y del funcionamiento de toda *la economía.*

El lenguaje simple, los pasos lógicos comprensibles por todos, hacen que cualquier trabajador que lea estas páginas comprenda

[1] El documento teórico más importante del G.I.K.H. *Principios fundamentales de una producción y distribución comunista,* (editado por primera vez en alemán en el año 1930 en Berlín) fue redactado, después de largas discusiones en el grupo, por Henk Canne Meijer sobre la base del proyecto de Ganappel.

su contenido. El gran realismo del escrito ofrece amplias posibilidades de discusión a cualquier tendencia de la clase obrera.

Ya que nosotros también debemos discutir las perspectivas que ofrece el escrito, nos reservamos el exponer en el futuro nuestras posiciones al respecto.

Para la difusión de este trabajo afirmamos que los Principios de una producción y distribución comunista *tendrán éxito si la clase obrera lo estudia concienzudamente y lo discute, haciendo suya en la lucha la conciencia que nos aporta. ¡La lucha es dura, pero el resultado vale la pena!*

Berlín 1930
Allgemeine Arbeiter Union Deutschlands
(Unión Obrera General de Alemania) [2]

[2] La A.A.U.D. (Un. Ob. Gen. de Alemania) nace de la unificación nacional de muchas A.A.U. locales que agrupaban a las organizaciones revolucionarias de fábrica durante el período de 1918-19. A continuación se puso a colaborar en la práctica con el K.A.P.D. (partido comunista obrero alemán) que estaba recién formado. Sólo en este sentido se puede definir a la A.A.U.D. como la "organización de masas" del K.A.P.D. El carácter doble de la A.A.U.D., que a la vez era la organización de masas de un "partido de vanguardia" (el K.A.P.D.) y quería convertirse en la organización unitaria del proletariado, condujo a la escisión entre la A.A.U.D. y la A.A.U.D.E. Einheitsorjanisation (organización unificada). Después de 1923, con el reflujo del movimiento revolucinario, ambas tendencias se convertirían en "organizaciones de vanguardia", mientras el K.A.P.D., después de la A.A.U.D. y A.A.U.D.-E. se fusionarían finalmente en 1931 en la K.A.U.A. (Unión Obrera Comunista de Alemania) organización a la cual muy pronto el nazismo impediría desarrollarse(*).

(*) Ver el folleto de H.C. Meijer, *El movimiento de los consejos obreros en Alemania*. Ed. Zero, 1975.

INDICE RESUMIDO

I. Pasar del Comunismo de Estado a la Asociación de productores Libres e Iguales p. 35.

El comunismo de Estado como nueva forma de dominación. El aparato de producción se alza por encima de los productores. Nacionalización y socialización. Para Marx la sociedad está madura para la producción comunista sólo en todo su conjunto, y su guía dirección corresponde a la asociación de productores libres e iguales. El tiempo de trabajo socialmente medio según *El Capital* y el *Antidühring*. El sistema de los Consejos propone de nuevo este tipo de asociación.

II. Los progresos en el planteamiento del problema p. 51.

Los discípulos de Marx exponen la teoría del desarrollo automático del comunismo con la concentración del capital (Hilferding). Llegan así a un modo de producción comunista basado en el trabajo, que se desarrolla únicamente mediante la producción de bienes, una producción sin unidad de medida. Weber y Mises muestran la imposibilidad de un tipo semejante de producción, y se originan graves divergencias en el campo comunista. Una parte se atiene a la idea de la simple producción de bienes. Neurath, Varga y Hilferding evitan la cuestión. Leichter y Kautsky reconocen la necesidad de una unidad de medida. Kautsky vuelve al capitalismo. Leichter señala la hora de trabajo socialmene medio, como unidad de medida. La revolución rusa muestra que la

dirección centralizada del aparato productivo trae consigo una nueva forma de explotación, y en consecuencia se tiene que marxismo y anarco-sindicalismo llegan a un planteamiento más correcto del problema. Lo que se presentaba como comunismo libre, aparece ahora como la misma organización de la producción con derecho centralizado de disposición (Sebastian Faure).

III. El proceso de reproducción en general. p. 62.

En el capitalismo la reproducción es una función individual, en el comunismo es social. La hora de trabajo socialmente medio como unidad de medida. La moderna contabilidad empresarial del capitalismo muestra la posibilidad de calcular para cada producto el tiempo socialmente medio por su producción. La fórmula de la producción (mp + mat. pr.) + ft es al mismo tiempo la fórmula de la reproducción. Leichter utiliza el concepto capitalista de valor para la fuerza de trabajo. Esta tiene para él un precio (expresado en horas de trabajo) que debe depender de los costos de producción de la misma.

IV. El tiempo de producción socialmente medio como base de la producción. p. 72.

Kautsky no está en condiciones de calcular el tiempo de producción socialmente medio, porque pretende determinarlo por medio de una central económica sobre el producto acabado. Por esto no sabe cómo sacar la media según cada empresa. La solución está en el hecho de que cada grupo de producción en general forma una unidad que trabaja por un tiempo socialmente medio de producción según la fórmula (mp + mat. pr.) + ft, mientras que por grupos productivos particulares se calcula lo alejado que está de la media del factor de productividad. La suma de las diferencias es siempre igual a cero.

V. El tiempo de producción socialmente medio como base de la distribución. p. 82.

Leichter quiere una distribución desigual de los productos, a pesar del cálculo del tiempo de trabajo. Las directrices para la

distribución dadas por los fisiólogos de la nutrición. Estos definen un mínimo para la subsistencia, que da el valor del trabajo no cualificado, mientras que el trabajo cualificado se paga en proporción mayor. Esta distribución desigual de los productos determina la estructura organizativa de la sociedad. Los precios de los productos, en Leichter, no coinciden para nada con el tiempo de reproducción. La dirección general de toda la producción determina una política de precios por lo cual no se pueden sacar los tiempos de reproducción real de los productos. De este modo la hora de trabajo socialmente medio no puede ser ya la base de la distribución. En el comunismo de Estado de Varga ya no existe ninguna otra relación entre tiempo de trabajo y distribución del producto. Se determina todo en base a decisiones personales. La política de clase, proletaria en las intenciones, muestra pronto, en la distribución de los productos, cuándo el sistema está podrido en su interior. Muestra claramente que el aparato productivo se coloca por encima de los productores.

VI. El trabajo social general. p. 92.

Los costos de toda la producción, la asistencia social, etc. hacen que parezca necesaria una dirección centralizada de la producción. El Estado se procura entonces los medios para los gastos improductivos gracias a una política de precios; más exactamente con una contribución por parte de las fábricas o con impuestos indirectos. Leichter trata de situar el problema en términos exactos, o sea, de colocar estos gastos en relación con la fuerza de trabajo directamente empleada. Pero al final resuelve él también el problema con una política de precios. La realización del tiempo de reproducción socialmente medio no permite una política de precios. La distribución de los productos hace efectivamente que no todo el provecho de la fuerza de trabajo empleada pueda ir a beneficio de los trabajadores de las fábricas, sino sólo una determinada parte de ésta. Esta parte está determinada por el factor pagado. Este factor se hace más pequeño cuanto más socializada esté la distribución, hasta acercarse a cero. Aquellas industrias que ofrecen al consumo individual su producción sin una medida económica y que al mismo tiempo producen para la sociedad, se denominan industrias mixtas, por ejemplo, la industria eléctrica.

VII. La distribución comunista. p. 106.

La cuestión fundamental es establecer una relación directa entre productor y producto. Las cooperativas de consumo como asociaciones de consumidores libres e iguales. La distribución del producto se convierte en una función pública. El mecanismo del mercado como medida de las necesidades. Las cooperativas como expresión colectiva de las exigencias y deseos individuales. La distribución entre los distintos grupos de consumo.

VIII. Producción a escala ampliada o acumulación. p. 114

La acumulación es una función social. La comunidad decide en sus congresos económicos, cuánto debe ser ampiado el aparato productivo en su conjunto. Aquí, es ante todo necesario saber cuánta fuerza de trabajo se consume en la reproducción simple. El fondo de acumulación social se forma calculando la acumulación en el factor de consumo individual. Las decisiones sobre su uso quedan en manos de los productores. Incluyendo la acumulación extraordinaria, para ferrocarriles, cultivo de nuevas tierras, etc... en el fondo para el TSG se evitan obstáculos en la producción.

IX. La contabilidad social general como resumen ideal del proceso económico. p. 126.

Cuando la producción y la reproducción se vuelven una unidad orgánica, el mercado, el dinero y los precios se eliminan. Sin embargo, para una producción planificada es necesaria una unidad de medida: la hora de trabajo socialmente medio parece ser la base natural del cálculo de la producción. De esta manera el flujo de productos funciona según la medida del tiempo de producción socialmente medio de los distintos bienes. La contabilidad social general registra este flujo y con ello obtiene también las bases para calcular el factor de consumo individual.

X. La contabilidad social general como forma de control sobre el proceso económico. p. 131.

El control personal en el comunismo de Estado. Control técnico y de la contabilidad. En una producción donde el flujo de los productos funciona según un tiempo de producción socialmente medio, la producción está controlada por la reproducción. No se trata de un control personal sino de un control real. La determi-

nación del tiempo de trabajo socialmente medio. El control mediante el registro del flujo de los productos.

XI. El control social de las empresas por el T.S.G. o empresas públicas. p. 141.

El control automático no es tan multiforme como en las industrias productivas. Va en una sola dirección. Otros métodos de control en análisis comparativos. El control sobre la distribución y sobre el dinero-trabajo.

XII. El trabajo socialmente necesario y el tiempo de reproducción socialmente medio. p. 144.

Se ha intentado meter en la categoría del tiempo de trabajo socialmente necesario un elemento de cálculo. Esto se demuestra imposible en la práctica. El cálculo del tiempo de reproducción socialmente medio lleva al mismo tiempo a la reproducción del trabajo socialmente necesario. Así como el valor es el elemento esencial de la producción de mercancías, el tiempo de reproducción socialmente medio es el punto central de la economía comunista.

XIII. La dictadura económica del proletariado y la contabilidad social general. p. 148.

El proletariado dicta muy poco democráticamente las nuevas leyes de la producción. Ejercita una dictadura económica. La contabilidad social general se muestra como un válido apoyo en la organización de las pequeñas industrias que dirigen y orientan automáticamente su producción. La dictadura se extingue por sí sola.

XIV. La cuestión agraria y los campesinos. p. 151.

El desarrollo orientado hacia la producción de mercancías. En la economía doméstica cerrada, el campesino no aparece en principio como productor de mercancías, ya que lleva al mercado sólo lo innecesario. La creciente necesidad de dinero lleva a un aumento de la productividad. Las teorías erróneas de los economistas sobre el desarrollo agrícola. Con la producción de mercancías el campesino pierde su independencia.

XV. Los campesinos y la revolución. p. 156.

Un proletariado agrícola débil. Las contradicciones de clase son moderadas. La dependencia de los campesinos y los obreros es grande.

XVI. La revolución agraria en Rusia y Hungría. p. 158.

La consigna «la tierra para los campesinos» desarrolló una energía tan grande porque satisfacía los deseos de los campesinos de figurar ellos mismos como productores de mercancías. La economía campesina rusa inicia ahora el desarrollo ya atravesado por la de Europa Occidental. La revolución campesina en Hungría no se produjo. La propiedad del latifundio se puso bajo dirección estatal. Ni Rusia ni Hungría pueden enseñarnos nada sobre la organización y la dirección de una economía agrícola.

XVII. El proletariado rural y los campesinos pequeños y medios en la revolución alemana. p. 162.

Los campesinos pequeños y medios no fueron determinantes en la revolución alemana. El proletariado rural de los grandes latifundios no mostró tendencia alguna a subdividir las tierras. Cómo la ideología es determinada por la técnica. El semiproletariado ha jugado un papel importante en la revolución.

XVIII. Los campesinos bajo la dictadura proletaria. p. 167.

Los campesinos alcanzan la autodeterminación mediante la propaganda y con imposiciones económicas, para llevar el sistema de los Consejos también al campo. El cálculo del tiempo de reproducción de los productos.

XIX. Conclusiones. p. 170.

I
PASAR DEL COMUNISMO DE ESTADO A LA ASOCIACION DE PRODUCTORES LIBRES E IGUALES

1. El comunismo de Estado

Las tentativas hechas en Rusia de construir la sociedad comunista, han llevado a afrontar prácticamente lo que antes podía ser considerado sólo en la teoría. Rusia ha intentado, en lo que se refiere a la industria, construir la vida económica sobre principios comunistas... y en esto ha fracasado completamente. Prueba de ello es el hecho de que el salario no aumenta con el aumento de la productividad. (Cfr. Henriette Roland-Holst en la revista holandesa «Klassenstrijd», 1927, p. 270) [1].

La mayor productividad del aparato productivo social no da derecho a una cantidad mayor de producto social. Esto demuestra que la explotación continúa. H. Roland-Holst muestra cómo el trabajador ruso es hoy día un asalariado. Se podría simplificar la cosa poniendo el acento en el hecho de que Rusia es un país agrícola con propiedad privada de las tierras, y que por esto, la base capitalista del trabajo asalariado es necesaria en toda la vida económica. Pero quien se contenta con esta explicación, ve cómo es, en efecto, la Rusia actual y sus actuales bases económicas, y sin embargo no habrá aprendido nada de las grandes tentativas de los rusos, en lo que se refiere a la economía comunista. En muchos

[1] La revista "Klassentrijd" (Lucha de clases) fue fundada en enero de 1926; en 1928 se fusiona con el periódico "De Vloam" (La Llama), dando vida a la revista "De Nieuwe Weg" (El Nuevo Camino). El artículo del que se habla, trata del paro en Rusia: *Wat gebeurterin Soviet Russland?* (¿Qué pasa en la Rusia Soviética?) p. 267 ss., sept. 1927.

proletarios han surgido dudas respecto al método empleado por los rusos y que según ellos debería llevar al comunismo. Es el conocido método que puede ser resumido así en pocas palabras: la clase obrera expropia a los expropiadores y da al Estado la dirección de los medios de producción. El Estado organiza las distintas ramas de la industria y las pone al servicio de la colectividad como monopolio de Estado.

En Rusia, la cosa se desarrolló de manera que el proletariado se adueñó de las empresas y las llevó adelante bajo su dirección. El partido comunista, como detentor del poder estatal, promulgó líneas de orientación según las cuales las empresas deberían agruparse en Consejos comunales, de distrito y de provincia, para poder fundir toda la vida industrial en una unidad orgánica. Así, el aparato productivo se construyó gracias a la fuerza viva de las masas. Era la expresión del empuje hacia el comunismo que vivía en el proletariado. Todas las fuerzas estaban orientadas hacia la centralización de la producción. El tercer Congreso Pan-ruso de los Consejos de Economía Nacional[2] afirma:

«La centralización de la dirección de la economía es el método más seguro en manos del proletariado victorioso para un desarrollo más rápido de las fuerzas productivas en el país... Al mismo tiempo es la condición primera para la construcción socialista de una economía y para la integración de las empresas más pequeñas en la unificación económica... La centralización es el único modo de prevenir una fragmentación de la economía». —A. Goldschmidt, *Die Wirtschaftsorganisation Soviet Russlands* (La organización económica de la Rusia soviética). p. 43[3]

Como era claro que al principio, el dominio y la dirección de la producción pertenecían a las masas, resultó como consecuencia necesaria que el poder de decisión pasase a las organizaciones centrales. Mientras al principio los directores, los soviets comunales, etc., eran responsables ante las masas de trabajadores, ante los productores, ahora éstos dependían de la dirección central que

[2] El primer Congreso Pan-ruso de los Consejos de Economía Nacional se desarrolló del 26 de mayo al 4 de junio de 1918; el segundo del 19 al 28 de diciembre de 1918 y el tercero en 1920.

[3] Este libro, publicado en Berlín en 1920, fue escrito en base a la experiencia del autor.

dirigía todo. Al principio responsabilidad frente a la base; ahora responsabilidad frente al vértice.

Así tuvo lugar en Rusia una enorme concentración de las fuerzas productivas, como no se ha visto nunca en ningún otro país. ¡Ay del proletariado que deba emprender la lucha contra un aparato de poder parecido! Y, sin embargo, esto se ha vuelto realidad. No existe la más mínima duda: el trabajador ruso es un asalariado, un explotado; y deberá combatir por su salario contra el más gigantesco aparato que el mundo conoce.

Lo que nosotros queremos mostrar es que en esta forma de comunismo no es el proletariado quien tiene en sus manos el aparato productivo. Aparentemente es el dueño de los medios de producción, pero en realidad no tiene ningún derecho sobre ellos. La parte de la reserva de productos que el productor obtiene por el trabajo ejecutado, es determinada por la dirección central, que decide la cantidad basándose, en el mejor de los casos, en sus estadísticas. En realidad, así está determinada por un poder central la decisión de si se debe explotar más o menos. Aun cuando exista una dirección buena que distribuya los productos *con justicia*, queda siempre un aparato que se alza por encima del productor. La cuestión que se nos plantea ahora es saber si las cosas se desarrollan así en Rusia, debido a situaciones particulares, o si se trata de la característica de cualquier organización central de la producción y la distribución. Si éste fuese efectivamente el caso, la posibilidad de alcanzar el comunismo sería problemática.

2. Posiciones en el campo marxista

Salvo en Marx podemos encontrar en todos los autores que se ocupan de la organización de la vida económica en la sociedad comunista los mismos principios que vemos realizados en la práxis de los rusos. Tienen origen en el enunciado de Engels: «El proletariado conquista el poder estatal y ante todo declara los medios de producción propiedad del Estado[4]. Después, comienza la centralización y construcción de organizaciones como aquéllas a las que han dado vida los rusos. Así, por ejemplo, escriben R. Hil-

[4] Friedrich Engels, *Antidühring*.

ferding y Otto Neurath, cuyo pensamiento puede ser completado por toda una serie de «expertos en la materia».

Y Neurath es aún más claro:

«La teoría de la economía socialista conoce un solo ahorrador. La sociedad, que, sin cálculo de beneficio o de pérdida, sin circulación de dinero (sea dinero metálico o bonos equivalentes al trabajo), sobre la base de un plan económico, sin la determinación de una unidad de cálculo, organiza la producción y distribuye los papeles sociales según principios socialistas». —Otto Neurath, *Wirtschaftsplan und Naturalrechnung-Von der sozialistischen Lebensordnung und von Kommenden Menschen* (Plan económico y cálculo en especie— Del orden socialista y del hombre nuevo) p. 7[5].

Cualquiera ve que llegan a una construcción igual a la rusa. Supongamos que estas construcciones sean efectivamente realizables (afirmación que nosotros contestamos), y que el poder ejecutivo central distribuya la masa de los productos *correctamente según el nivel de vida*; aún así, a pesar de que el mecanismo de la producción y la distribución funcione sin obstáculos, permanecería el hecho de que en realidad los productores no tendrían el control sobre el aparato productivo. No sería el aparato *de* los productores si no el aparato *por encima* de los productores.

Esto no puede traer otra cosa que una fuerte opresión frente a los grupos que estén en contraste con esta dirección. El poder económico central es al mismo tiempo poder político. Todo elemento de oposición, que desease soluciones distintas de las de la dirección central, tanto en el campo político como en el económico rá machacado con todos los medios del ingente aparato. Así la asociación de los productores libres e iguales anunciada por Marx se transforma por el contrario en un Estado basado sobre el trabajo forzado, como no se conocía otro.

Los rusos, y no menos que ellos, todos los demás teóricos, se definen marxistas y naturalmente explican su teoría comunista como realmente marxista. Pero en realidad no tienen nada que ver con Marx. Se trata de economía burguesa, de dirección capitalista, de dominio sobre los productores. Los economistas y los líderes. con su sabiduría, son contemplados por las masas como el

[5] Editado en Berlín en 1925.

templo inalcanzable de los milagros. La sabiduría sería entonces propiedad exclusiva de los grandes hombres, de los cuales irradia la luz de la nueva sociedad. Es bastante claro que así los productores no tienen en sus manos el dominio y la dirección de la producción y que ésta es una concepción más bien sorprendente de la «asociación de productores libres e iguales» de Marx.

Todos los programas de este tipo conservan los vestigios de la época en que han surgido: la época del mecanicismo. El aparato productivo se ve como un mecanismo complejo y delicado que trabaja por medio de miles y miles de ruedas. Las partes del proceso productivo se engranan como trabajos parciales y separados a lo largo de la cadena de montaje de las modernas empresas (Ford). Y aquí y allá están los que dirigen el mecanismo productivo, que establecen el funcionamiento de las máquinas por medio de sus estadísticas.

Estos programas mecánicos parten del presupuesto erróneo de que el comunismo es ante todo, una cuestión técnico-organizativa. En cambio, se trata de una cuestión económica, que considera cuál debe de ser la relación fundamental entre productor y producto. Por ello, contra esta concepción mecanicista, nosotros afirmamos que es necesario encontrar una base sobre la cual el mismo productor pueda construir el edificio de la producción. Esta edificación es un proceso de abajo arriba y no de arriba a abajo. Es un proceso de concentración que cumplen los mismos productores y no un maná que cae del cielo sobre nosotros. Teniendo en cuenta las experiencias de la revolución y siguiendo las indicaciones de Marx, podemos proseguir un buen trecho por este camino.

3. Nacionalización y socialización

Aunque Marx no ha dado ninguna descripción de la sociedad comunista, éstos constatan que el proceso productivo se socializa cada vez más, el libre productor de mercancías pasa a formar parte de sindicatos, trusts etc., y la producción es entonces, efectivamente «comunista».

«La superación del modo de pensar capitalista como fenómeno general, presupone un proceso generalizado. Es muy probable que

primero se abra camino el socialismo como ordenación económica, los socialistas se formarán por medio de la ordenación socialista y no a través de los socialistas. Todo esto estará por lo demás perfectamente de acuerdo con la idea básica del marxismo». (Neurath, *Ibidem*, p. 83).

Cuando la economía sea socialista, deben ser cambiadas las relaciones de propiedad de manera tal que los medios de producción sean propiedad del Estado, y después...

«En lugar de la anarquía de la producción, se encuentra la regulación social planificada de la producción, correspondiente a las exigencias de la sociedad entera así como a las de cada uno...» (Engels, *Antidühring*).

Continúan, en fin, construyendo sus sistemas sobre la base de esta organización planificada. Basta poner una nueva dirección al aparato productivo capitalista y ¡he aquí el comunismo!

Este tipo de solución del problema: que el proletariado deba dar a la producción sólo una nueva dirección, la cual, después con la ayuda de la estadística, haga todo mejor, encuentra su explicación en el hecho de que este tipo de economistas no ve el proceso de un progreso creciente de la producción como un proceso de desarrollo de las mismas masas, sino como un proceso que ellos —expertos en economía— llevarán hasta el final. No las masas trabajadoras, sino ellos, sus dirigentes, llevarán la fracasada producción capitalista al comunismo. Ellos poseen el saber, piensan, organizan y ordenan. La masa debe solamente aceptar lo que ellos con su sabiduría deciden. Saber que Marx sostenía la necesidad de la Asociación de productores libres e iguales, pero en contra de esta posición teórica se encuentran, de hecho, tanto los socialdemócratas como los comunistas. No es el Estado quien debe ser el jefe y dirigente de la producción y la distribución, sino que estas funciones deberían pertenecer a los mismos productores y consumidores. El reformismo ha distorsionado completamente la teoría en el curso de los años. Por eso, la lucha por las reformas sociales y el paso de diversas ramas de la industria a una dirección estatal o comunal constituye un constante acercamiento al comunismo. Cuando el capitalismo ha concentrado una rama de la producción hasta un punto tal que pueda funcionar como unidad completa bajo la dirección central, entonces esta rama está *en condiciones para la nacionalización*. Mientras la socialdemocracia reformista piensa alcanzar el comunismo mediante una nacionalización pro-

gresiva y gradual, la tendencia revolucionaria de Moscú mantiene como necesaria la revolución para alcanzar la nacionalización. La concepción de Moscú se apoya sobre la misma base que la de los reformistas. Así, durante y después de la revolución, las industrias *maduras* para la nacionalización son expropiadas por el Estado, mientras que la economía todavía se deja en manos del capital privado.

La revolución rusa se desarrolló totalmente de acuerdo con este esquema. En el año 1917 los productores empezaron a expropiar a los propietarios rusos en todos los sectores de la economía, con la intención de ordenar la producción y la distribución según principios comunistas. El proceso de expropiación partió de abajo, con grave escándalo para quienes querían conducir y dirigir la economía desde arriba. Se constatará después cómo la dirección económica había restituido muchas de las empresas expropiadas por los obreros a sus primitivos propietarios, al no haberlas encontrado maduras para una dirección comunista. El primer congreso Panruso de los Consejos de Economía Nacional tomó esta decisión.

«En el campo de la organización de la producción es necesaria una racionalización definitiva. Es necesario pasar de la nacionalización de las simples empresas (hasta ahora 304) a la nacionalización de toda la industria. La nacionalización no puede ser casual, pero puede ser emprendida sólo por los delegados con la ratificación del Consejo superior de la misma economía nacional. (A. Goldschmidt, *op. cit.*, p. 42).

Aquí vemos el contraste entre el ideal de nacionalización de los socialdemócratas y la socialización de Marx.

De aquí nace también la contraposición entre empresas que están maduras para el comunismo y las que no, cosa que Marx probablemente ni siquiera hubiera soñado. Tiene de verdad razón F. Oppenheimer, cuando, en la antología de H. Beck con el título *Wege und Ziele der Sozialisierung* (Vías y objetivos de la socialización)[6] en las p.p. 16-17, dice:

[6] Se trata de un informe publicado por la editorial de la *Bund Neues Vaterlands* (Liga de la Nueva Patria) del ingeniero Hermann Beck, al congreso tenido del 27 al 29 de diciembre de 1918 en Berlín por la Liga de la Nueva Patria sobre la cuestión de la socialización. Tema específico de este Congreso fue "el carácter del todo insatisfactorio de la política de socialización del Gobierno". La crítica fundamental era que la comi-

«Se nos crea la ilusión de podernos acercar a la socialización marxiana paso a paso, definiendo la estatalización de simples empresas como socialización. De aquí el misterioso término, de otro modo incomprensible, de «empresas maduras»... Para Marx, la sociedad socialista sólo puede estar madura en su conjunto. Las simples empresas o los simples sectores de la economía, para él, son tan poco maduros y socializables, para ser separados y llevar una existencia independiente, como los pequeños órganos de un feto en el cuarto mes de gestación».

«Este tipo de nacionalización conduce sólo a la construcción del socialismo de Estado; en éste el Estado aparece en realidad como único que emplea, el único que explota». —Pannekoek, *Socialisatie* (Socialización), en «Die Nieuwe Tijd» (La Nueva Epoca) 1919, p. 554 [7] .

Se trata pues, de no inmovilizar la energía de las masas que tienden espontáneamente a socializar, sino de considerarlas células vivientes en el organismo económico comunista, cosa que solamente es posible después de la realización de bases económicas generales. Los mismos trabajadores podrán entonces adecuar las industrias a la sociedad en su conjunto, teniendo clara la relación entre productores y producto social. El único que, en este sentido llama al pan, pan, es, que nosotros sepamos, el reformista H. Cunow quien afirma:

«En efecto Marx, al contrario que la escuela de Cobden, quiere de nuevo, a fin de cuentas una rígida regulación del proceso económico. Y esto no por medio del Estado, sino por medio de una unificación de las libres asociaciones en la sociedad socialista». —H. Cunow, *Die marxistische Geschichts-Gessellschafts-und Staats-theorie* (La teoría marxista de la historia, de la sociedad y del Estado), vol. I. p. 30— [8] .

---

sión para la socialización instituída por el gobierno socialdemócrata no tenía ningún poder real. En esta organización socialista se encontraban, entre otros, Otto Prange, Henryk Grossmann, Alfons Golsdschmidt y Magnus Mirschfed.

[7] Año XXIV, n.º 17. La Nueva Epoca se definía por entonces, "quincenal social-revolucionario" y estaba bajo la dirección de A. Pannekoek, H. Roland-Holst y W. Van Robenstejn.

[8] Berlín, 1920 vol. I: *Grundzüge der marxistischen Soziologie.* (Líneas fundamentales de la sociología marxista).

En el párrafo sobre *negación del Estado y socialismo de Estado*, Cunow, nos demuestra cómo la socialdemocracia alemana ha abandonado este punto de vista sólo muy lentamente. Al comienzo, el movimiento se oponía a las tendencias que querían poner bajo control del Estado algunas grandes empresas, como los ferrocarriles y las minas. Daremos sólo un ejemplo. En la página 310 de la obra antes citada leemos lo que dijo Liebknecht en un informe sobre (Socialismo de Estado y socialdemocracia revolucionaria): *Staatssozialismus und revolutionäire Sozialdemokratie.*

«Se quiere estatalizar progresivamente una empresa tras otra. Esto quiere decir poner al Estado en el puesto de los empresarios privados, continuar con la estructura capitalista en la empresa, cambiando sólo el explotador... Este (el Estado) sustituye como contratista de trabajo a los empresarios privados y los obreros no ganan nada; además, el Estado consolida así su poder y su fuerza opresiva... Cuanto más reconoce la sociedad burguesa que a la larga no puede evitar el asalto de las ideas socialistas, tanto más nos acercamos al momento en que el socialismo de Estado será proclamado por la misma burguesía con gran fuerza.* La batalla decisiva que la socialdemocracia deberá llevar a cabo con este último será presidida por el grito de combate: ¡aquí la socialdemocracia! ¡allá el socialismo de Estado! [9].

Cunow constata que este punto de vista fue abandonado antes de 1900; y efectivamente, en 1917, K. Renner sostiene: «El Estado se transformará en la palanca del socialismo» —Ver *Marxismus, Krieg und Internationale* (Marxismo, guerra e internacional)[10].

Cunow está completamente de acuerdo con esto, pero en cual-

(*) Las palabras de Liebknecht eran proféticas. No en otra cosa se basan los crecientes corrimientos de amplios sectores de la brujería europea hacia los PS desde los años 30 y hacia los PC en la actualidad e incluso la posibilidad de pactos como el compromiso histórico "italiano".

[9] W. Liebknecht hizo este discurso durante el debate sobre el socialismo de Estado en el III Congreso del partido socialista alemán, S.P.D., después de la abolición de las leyes antisocialistas. (Berlín, noviembre de 1892).

[10] Con su libro (publicado en Stuttgart en 1917), Karl Renner intentó justificar la política oficial de "unión sagrada" de la socialdemocracia alemana, y describió su utopía: "una potencia estatal mundial" sobre la base de Estados Socialistas".

quier caso, su mérito es haber demostrado claramente que todo esto no tiene nada que ver con Marx. Cunow reprocha a Marx la decidida contraposición entre Estado y Sociedad, contraposición que según él no existe, o al menos su base ya no subsiste.

Por medio de la nacionalización basada en la madurez de las empresas, como la realizada por los rusos, los teóricos bolcheviques han dado efectivamente un duro golpe al marxismo y han pasado así al concepto socialdemócrata que identifica el Estado y la sociedad. En Rusia esta contradición se experimenta ya muy claramente. La sociedad *no* está en posesión de los medios de producción y del proceso productivo. Estos, en efecto, están en manos de una *clique* dominante, que «en nombre de la sociedad» (Engels), domina y dirige todo. Esto significa que suprimen de un modo hasta ahora desconocido a todo aquél que se opone a esta nueva forma de explotación. Rusia, que debería ser un ejemplo de comunismo, se ha convertido en el ideal del futuro para la socialdemocracia.

Nos hemos detenido en este tipo de nacionalización para demostrar que no tiene nada que ver con Marx y que de esta manera, el marxismo queda comprometido. De manera particular, después de la Comuna de París, aparece en Marx la concepción de que la organización de la economía se estructurará *no en base al Estado si no en base a la coordinación de las libres asociaciones de la sociedad socialista.* Habiendo descubierto las formas organizativas del proletariado en la lucha revolucionaria de clase por la conquista del poder económico y político, ésa es también la base sobre la cual se debe materializar históricamente la libre asociación en la sociedad.

4. La hora de trabajo socialmente medio en Marx y en Engels

Marx postulaba, pues, la creación de la «asociación de productores libres e iguales». Esta asociación no tiene, sin embargo, nada que ver con una asistencia recíproca montada en el aire, sino que por el contrario, tiene una base totalmente real. Esta base es el cálculo del tiempo necesario para la producción de los productos. Por comodidad, lo llamaremos de momento, cálculo de los costos de producción, si bien, como se verá enseguida, no tiene nada

que ver con el valor. Incluso Engels rebatió este punto de vista, como se puede ver seguidamente.

Sin embargo, Marx considera muy explícitamente la hora de trabajo como unidad de medida. Recordemos la conocida argumentación sobre «Robinson en la isla».

Vemos aquí que Marx, en una asociación de hombres libres, considera igualmente un cálculo de la producción, precisamente sobre la base de la hora de trabajo. Y donde Marx, en lugar de Robinson, pone a los «hombres libres», hablaremos de la contabilidad social en los siguientes términos: «El inventario contiene un índice de los objetos de uso que tenemos, de las diversas operaciones necesarias para su producción, y finalmente, del tiempo de trabajo medio que cuesta una cantidad determinada de estos diversos productos. Todas las relaciones entre los componentes de la sociedad y las cosas son aquí tan simples y transparentes que cualquiera las puede comprender».

Marx presupone esta contabilidad de toda la sociedad, solamente en un proceso productivo en el cual el trabajo sea social, y por tanto no importa que el comunismo esté aún poco desarrollado, que el principio «de cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad», esté ya realizado. Esto significa, en otras palabras, que la organización de la vida económica puede atravesar diversos estadios en los sucesivos períodos de su desarrollo, pero el punto fijo es siempre el tiempo de trabajo socialmente medio.

Y ya que él expresa claramente que la distribución puede asumir diversas formas en el transcurso del tiempo, se puede deducir que la cuestión antes citada, la entiende exactamente de esta manera.

Neurath deduce que en Marx el problema está planteado de manera tal que deja a nuestra libre elección *cómo* deben ser distribuídos los productos. Notable error, para un «conocedor de Marx», para el cual debería ser notorio que Marx no considera la «libertad», sino siempre y solamente dependencias funcionales. La libertad, en la elección de un cierto tipo de organización de la producción se mueve en los límites prescritos por la forma material del aparato productivo. A propósito de esto, existen algunas modificaciones, que ahora aclararemos.

Mientras Marx, podía exponer muy bien las categorías fundamentales del cálculo de la producción en la sociedad comunista, y

describe los modos de distribución sólo por medio de algunos ejemplos. Continúa pues:

«Sólo por hacer un paralelo con la producción de mercancías, decimos que la parte de los medios de subsistencia de todo productor debe estar determinada mediante su tiempo de trabajo. De esta manera, el tiempo de trabajo tendrá una doble función. Su distribución planificada de la relación justa entre las diferentes funciones de trabajo y las diferentes necesidades. Pero el tiempo de trabajo sirve al mismo tiempo como medida de la participación individual del productor en el trabajo social y por tanto, también de la parte de producto social que puede ser consumida individualmente. La relación entre hombres, trabajo y productos del trabajo queda extremadamente simple, tanto en la producción como en la distribución».

También, en otras partes, se puede notar que Marx considera el tiempo de trabajo como categoría fundamental de la economía comunista:

«El capital financiero desaparece con la producción social. La sociedad distribuye la fuerza de trabajo y los medios de producción en los diversos sectores. Los productores pueden obtener certificados escritos, y acceder con ellos, a una cantidad de provisiones de subsistencia social, correspondiente a su tiempo de trabajo. Estos certificados no son dinero, pues no circulan». (El *Capital*, libro II).

Si el tiempo de trabajo individual debe ser la unidad de medida para el producto de consumo individual, entonces el conjunto de los productos debe tener la misma unidad de medida. En otras palabras: en los productos debe estar expresada la cantidad de trabajo humano, medida en unidad de tiempo, es decir, cuántas horas de trabajo socialmente medio contienen. Pero esto presupone que los otros factores de la producción (medios de producción, materias primas y materias auxiliares) se midan con la misma unidad de medida, de modo que el cálculo de toda la producción en las empresas se base en la hora de trabajo medio. Sólo entonces se puede decir con razón que «la relación social entre hombres y productos del trabajo queda extremadamente simple, tanto en la producción como en la distribución».

Podemos pues constatar que Neurath comete un error al sostener que la producción y la distribución son tan independientes entre sí que permiten una «libre elección». ¡Es verdad exactamente

lo contrario! Tomando la parte de trabajo individual como unidad de medida de la participación en el producto. Marx define al mismo tiempo la base de la relación entre producto y productor, determinando así el fundamento de la producción. Volvamos ahora a la cuestión de si la producción planificada, tal como puede ser expresada en un aparato orgánicamente estructurado, debe necesariamente conducir a un organismo que se alce por encima del productor. Nosotros respondemos: «¡No! *Este peligro no existe en una sociedad en la que la relación entre producto social y productores sea definido de manera inmediata. En cualquier otra sociedad en que esto no se verifique, el aparato productivo terminará convirtiéndose en un aparato de opresión.*

5. En torno a la asociación de los productores libres e iguales

La Humanidad ha creado en el aparato productivo un organismo para la satisfacción de diferentes necesidades. En el proceso de producción, la fuerza de trabajo y el aparato productivo se gastan. Desde este punto de vista, el proceso de producción es también un proceso de distribución, pero es a través de esta destrucción como constantemente se crean formas nuevas: Lo que es consumido se produce nuevamente en el mismo proceso. Las máquinas, los instrumentos, nuestra fuerza de trabajo son renovados, producidos de nuevo, *reproducidos*. Se trata de un constante flujo de transformación de energías humanas en otras. Toda forma particular es energía humana cristalizada, medible por medio del tiempo durante el cual es aplicada.

Lo mismo vale para aquellos sectores del proceso productivo de los cuales no se obtienen productos directos, como por ejemplo, la educación y la asistencia médica, etc. En éstos también se consumen medios de producción y fuerza de trabajo, y el producto son las lecciones, o la cura de los enfermos, etc...

En este caso, la distribución se realiza directamente en y con la producción: la energía empleada afluye directamente a la sociedad bajo una forma completamente distinta. Pudiendo medir esta energía por medio del tiempo, se obtiene una relación exacta entre productor y producto. De esta manera, queda perfectamente clara la relación entre todos y cada uno de los productores y cualquier producto social particular.

Esta relación está completamente oculta en la organización de la producción según Neurath o Hilferding, y en la rusa. Estos autores no la conocen y los productores saben aún menos. La parte del producto social se asigna a los mismos productores por una organización que les supera, y los productores deben acoger con «confianza» lo que obtengan. Esta es la manera en que funciona lo que podemos observar en Rusia. A pesar de que la productividad y la cantidad de productos sociales aumentan, el productor no obtiene mayor parte, y por tanto es explotado.

En esta situación, ¿qué puede hacer el productor? ¿Nada? Puede retomar la lucha contra los explotadores, contra los que tienen en sus manos la organización del aparato productivo. Se puede intentar designar «mejores jefes», pero con esto no se eliminan las causas de la explotación. No queda otra vía más que construir toda la producción de manera tal que la relación directa entre productor y producto sea la base del proceso productivo social. De esta manera se extingue la función de los directores y administradores, en lo que respecta a la asignación de los productos. Ya no hay nada que asignar. La participación en el producto social es definida directamente. El tiempo de trabajo funciona como medida de la parte de producto que puede ser consumida por el individuo.

El llegar a transformar esta relación entre productor y producto en una revolución comunista es una cuestión de poder para el proletariado. Sobre tales bases es posible la producción planificada. Las empresas e industrias pueden ahora coordinarse en sentido horizontal y vertical formando un todo orgánico y, al mismo tiempo, tener cada una la contabilidad del tiempo de trabajo mismo bajo la forma de desgaste de medios de producción, materias primas y auxiliares, y fuerza de trabajo. La estructuración y organización de la producción comunista pueden ser llevadas a cabo perfectamente por los productores, o mejor, puede ser realizada *solamente* por los productores y se convierte así en necesaria la «asociación de los productores libres e iguales». El proceso de compenetración y de fusión crece desde abajo, porque son los mismos productores quienes tienen la dirección. De esta manera, tiene cabida la iniciativa de los mismos productores que pueden «plasmar» la vida en sus variadas formas.

El proletariado define la relación de base que debe existir entre el productor y su producto. Esto, y nada más que esto, es el nud

de la cuestión revolucionaria para el proletariado. De la misma manera en que el siervo de la gleba luchaba en la revolución burguesa por su pedazo de tierra y la completa disponibilidad de los frutos de su trabajo, los proletarios combaten por la organización y el pleno poder sobre la producción, lo cual sólo es posible si la relación de base entre productor y producto se fija en términos sociales y de derecho. Se trata pues de qué posición conquistará el proletariado en la sociedad: si el trabajo en la empresa está unido al derecho de disponer de la producción o, por el contrario, si el proletariado será nuevamente declarado inmaduro y serán los jefes los que dispongan de la producción junto con los técnicos y científicos. Esta lucha se llevará en primer lugar contra los que después de la revolución crean que deben ser los autores del proletariado. Su colaboración es pues, admisible sólo después de que las bases de la producción comunista estén ya implantadas. Sobre estas bases su energía será funcional a la sociedad; de otro modo les llevará a formar una nueva casta de dominadores.

La dictadura del proletariado tiene efectos completamente distintos en las dos formas del comunismo. En el comunismo de Estado suprime todo aquello que se oponga a quienes tienen el poder en sus manos hasta que todos los ramos de la producción hayan alcanzado una madurez tal que puedan ser englobados según las disposiciones y las directrices de los que detentan el poder. En la «asociación de productores libres e iguales», la dictadura del proletariado sirve para introducir el nuevo tipo de cálculo de la producción y llevarlo a constituir la base de la producción, es decir, para crear los presupuestos gracias a los cuales los productores libres puedan determinar y dirigir la producción. En el *Comunismo de Estado*, la dictadura del proletariado tiene como efecto el crear las condiciones para una opresión lo más fuerte posible por parte del aparato central. En la asociación se trata en cambio de hacer surgir las fuerzas por medio de las cuales esa misma dictadura se debilita como tal y se vuelve finalmente superflua; la dictadura trabaja para su misma destrucción.

Sin menoscabo de ocuparnos ulteriormente del comunismo de Estado, queremos ahora pasar a ver cómo un hombre «razonable» puede aún sostener en estos tiempos «la infantil» concepción de Marx (que procederían de las corrientes liberales y anarquistas de su tiempo, como sostiene H. Cunow en *Die Marxistische Ges-*

chichts, —Gesellschafts-und Staatstheorie, vol. I, p. 309). Esta posición sostiene que la regulación de la vida económica no se hace «a través del Estado si no por medio de la coordinación entre las libres asociaciones de la sociedad socialista», que la hora de trabajo debe convertirse en la unidad de base de la vida económica, e incluso que esta «infantil» concepción de Marx es la única base posible del comunismo. Sostener esto significa al mismo tiempo afirmar que tal teoría no ha nacido en un escritorio, si no que es el producto de la vida revolucionaria. Por lo que podemos ver son tres los momentos fundamentales que nos han llevado a no repetir sin reflexión lo que sostienen los «economistas comunistas». Primero ha sido el surgimiento y el funcionamiento espontáneo del sistema de los soviets; después el desmantelamiento de los soviets por parte del aparato estatal ruso; y por último el crecimiento sin medida de la producción dirigida por el Estado, hasta convertirse en una nueva forma de dominio sobre toda la sociedad. Estos hechos nos han llevado a un análisis más en profundidad, a través del cual hemos constatado que el comunismo de Estado no tiene nada que ver con el marxismo, ni en teoría, ni en la práctica. La práctica de la vida —el sistema de los soviets— puso en primer plano la «asociación de los productores libres e iguales» de Marx, y al mismo tiempo es la experiencia misma la que ataca al comunismo de Estado con críticas tanto teóricas como prácticas.

II
LOS PROGRESOS EN EL PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

1. Los alumnos de Marx

Basta echar una ojeada a la literatura socialista o comunista, generalmente muy rica en contenidos, para ver que se ha escrito muy poco sobre las bases económicas de la sociedad que debería sustituir al capitalismo. En Marx encontramos el análisis clásico del modo de producción capitalista, con la conclusión definitiva de que, a consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas, la humanidad se encuentra ante la opción de, o bien abolir la propiedad privada de los medios de producción y continuar la producción en condiciones de propiedad colectiva, o si no llegar a la barbarie. Esta gran definición científica llevó al socialismo del terreno de la utopía al de la ciencia. Sin embargo, Marx da pocas indicaciones sobre la dirección en que buscar las leyes de la nueva economía. En este sentido son particularmente importantes sus *Randglossen* (Glosas marginales). El no querer predeterminar, el dar solamente algunas indicaciones, no es del todo una deficiencia de la enseñanza marxiana. En efecto, en sus tiempos hubiera sido prematuro desarrollar completamente ciertas cuestiones. Un comienzo así habría tenido seguramente por conclusión una utopía, y el mismo Marx puso en guardia frente a este peligro. Así tal problema le convirtió en un tema «tabú» y lo sigue siendo parcialmente, aunque la revolución rusa demuestra que es ahora cuando se plantea.

Además de las bases generales de la nueva producción, Marx indicó también el método de cálculo que valdrá en la nueva sociedad, y que definimos como cálculo del tiempo de trabajo.

Consecuencia de las bases generales era tanto la abolición del mercado como del dinero, y los alumnos de Marx, al menos en lo que respecta a las bases de la producción comunista, no fueron mucho más allá. Estos a fin de cuentas no veían en el comunismo otra cosa que la continuación del proceso de concentración de la vida económica, parecido al que conocemos en el régimen capitalista, y que llevaría automáticamente al comunismo. Esto aparece claro en Hilferding al indagar sobre las consecuencias de la concentración total del capital. Construye la imagen de un trust gigantesco que describe así:

«Toda la producción capitalista está conscientemente regulada por un organismo que decide el volumen global de la misma en todos los sectores. En este punto la determinación de los precios es algo puramente nominal e implica ya solamente la distribución del producto total entre los magnates del «cartel» por una parte, y por otra la masa de todos los demás miembros de la sociedad. El precio ya no es entonces la resultante de una relación entre cosas, experimentada por los hombres, sino un puro y simple método de cálculo para la atribución de cosas de persona a persona. El dinero pierde toda función. Puede incluso desaparecer del todo, ya que se trata de atribución de cosas y no de atribución de valores. Junto a la anarquía de la producción, desaparece el signo objetivo, desaparece la objetividad del valor de la mercancía, y por tanto, desaparece el dinero. El «cartel» distribuye el producto. Los elementos concretos (cosas) de la producción, se reproducen, y son utilizados para la nueva producción. Una parte del nuevo producto es distribuido entre la clase trabajadora y los intelectuales y el resto se lo queda el «cartel» que lo utiliza como mejor cree. Estamos, por tanto, en la sociedad dirigida a sabiendas de manera antagónica. Pero este antagonismo es antagonismo en la distribución. La distribución, por otro lado, está regulada con pleno conocimiento y por eso mismo la necesidad del dinero desaparece. El capital financiero, ha alcanzado su máximo desarrollo, y se aleja del terreno que lo nutría. La circulación del dinero llega a ser superflua. La incesante rotación del dinero ha alcanzado su objetivo —la sociedad regulada— y el movimiento perpetuo de la circulación finalmente se para». (Hilferding, *El capital financiero*).

Según esta teoría, no existen realmente problemas para el desarrollo del comunismo. Se trata de un proceso automático que el mismo capitalismo lleva a cabo. La concurrencia capitalista

lleva a la concentración del capital, y así surgen los grandes centros de la industria. Dentro de cada uno de estos, por ejemplo, en un trust que comprende minería, transportes, siderurgias, etc., surge una circulación sin dinero. La dirección superior decide simplemente a qué industria deben ser destinados nuevos medios de producción, qué y cuánto debe ser producido, etc. Según esta teoría, el problema de la producción comunista no es nada distinto, a fin de cuentas, de la continuación de la concentración, lo que lleva «de por sí» el comunismo. La propiedad privada de los medios de producción es descartada por todos porque obstaculiza la fusión de las industrias. Solamente con su abolición, el proceso productivo puede desplegarse por completo y nada bloquea la fusión de toda la vida económica en un trust monstruoso que deberá ser dirigido *desde arriba*. De esa manera, serían realizados los presupuestos que Marx había previsto para una producción comunista. El *mercado* ha desaparecido porque una empresa no se vende nada a sí misma. De esta manera desaparecen también los *precios* de los productos, ya que la dirección superior determina el flujo de los productos de empresa a empresa, como crea que sea útil y necesario. Evidentemente ha sido un error de Marx y de Engels el considerar necesaria la medida del trabajo contenido en cada uno de los productos.

La evolución de la ciencia que se ocupa de la economía comunista, no muestra pues una tendencia rectilínea, sino que después de Marx se desvía, para volver a su viejo cauce sólo hacia 1920. Es ciertamente amarga ironía el hecho de que sean precisamente economistas burgueses los que hayan, aún sin quererlo, provocado notables progresos en la ciencia del comunismo. Cuando parecía que el hundimiento del capitalismo era inminente y que el comunismo conquistaría el mundo como una marea creciente, justo entonces, Max Weber y Mises comenzaron a criticar este comunismo[11].

Ciertamente su crítica podía referirse solamente al «socialismo a

[11] a) Max Weber, *Wirtschaft und, Gessellschaft.* (Economía y Sociedad) b) L. Edler von Mises, *Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwessen.* (La contabilidad económica en la comunidad socialista). Esta obra originalmente publicada en la revista *"Archiv für Sozialwissenschaft"* (Archivo de Ciencias Sociales) vol. 47, 1920, fue reeditada y am-

lo Hilferding» y al «comunismo» ruso que esencialmente son la misma cosa, pero también Neurath —el Hilferding completamente consecuente— la sufrirá. Su crítica culminó en la demostración de que una economía sin método de cálculo, sin un denominador común que permita medir el valor de los productos, es imposible. Y habían dado en el clavo. Gran confusión entre los «marxistas». En el terreno económico la imposibilidad del comunismo se había demostrado, ya que en una economía de este género se acaba cualquier tipo de producción planificada. El comunismo, que quería demostrar que las razones de su existencia estaban precisamente en la anarquía de la producción capitalista, se mostró aún menos capaz de obrar de acuerdo a un plan. Bock dijo incluso que no se puede hablar de comunismo antes de descubrir con qué se debe sustituir el mecanismo del mercado[12]. El mismo Kautsky está confuso y llega así a las conclusiones más absurdas, como la determinación de los precios a largo plazo, etc. Los saltos mortales de Kautsky, han tenido al menos el mérito de hacer evidente la necesidad de hacer cálculos, aunque llegue a esta conclusión basándose en el actual dinero. El piensa que no se puede funcionar sin el dinero como medida de valor en la contabilidad y en los cálculos necesarios en las relaciones de cambio de una sociedad socialista. —Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Programn* (La revolución proletaria y su programa), p. 318)[13]. La crítica destructiva de Weber y Mises contra el comunismo ha ayudado ciertamente al estudio de la economía comunista a superar un punto muerto y lo ha puesto en un terreno real. Estos han despertado espíritus que ya no se dejan embrujar, porque así se ha hecho posible seguir el pensamiento de Marx, sobre el tiempo de trabajo socialmente medio.

---

pliada bajo el título, *Die Gemeinwirtschaft - Untersuchungen über den Sozialismus* (La Economía Comunista, investigaciones sobre el socialismo), Sena 1922.

[12] Herbert Block, *Die Marxistische Geldtheorie* (La teoría marxista del dinero) Sena 1926. Block era un discípulo del economicista Karl Diehl al cual dedicó su libro.

[13] Stuttgart, Berlín 1922.

Como polo opuesto al comunismo de Estado, surgieron alrededor de 1910 diversas corrientes sindicalistas que querían heredar y continuar la producción capitalista mediante «sindicatos, ligas industriales, corporaciones». Estas instituciones debían distribuir la ganancia obtenida o bien destinarla a una genérica caja social. Sin embargo no se llegó a una formulación teórica de este tipo de comunismo, a menos que se considere como tal el estudio de Otto Leichter, *Wirtschaftsrechnung in der sozialistischen Gessellschaft* (El Cálculo Económico en la sociedad socialista), publicado en Viena en 1923[14]. Esta obra se mueve sobre el terreno del cálculo del tiempo de trabajo, y sin duda es la mejor en este campo. La teoría de la autodeterminación de los productores-consumidores da un buen paso hacia delante. El problema está enfocado de manera bastante clara aunque, a nuestro parecer, Leichter no le da una solución satisfactoria. El admite que ya Maurice Bourguin, antes de él propuso como base de la economía comunista el cálculo del tiempo de trabajo, y las ideas de Bourguin coinciden casi perfectamente con las suyas[15]. Aunque otros economistas marxistas reconocen la importancia del cálculo de la hora de trabajo en la sociedad comunista, ninguno de ellos incluye los medios de producción en este cálculo. Así, por ejemplo, Varga tiene un artículo sobre este tema (en «Komunismus», a. III, n. 9-10)[16]. Pero los resultados no tienen evidentemente un verdadero valor, debido al error antes citado. Las desventajas de este planteamiento del problema son claras no sólo desde el punto de vista económico sino también desde el *político*.

Los economistas consideran el comunismo sólo desde el punto de vista de la producción y de la distribución. El proletariado revolucionario tiene otros términos de medida. Que el comunismo de Estado sea o no económicamente posible le resulta más bien

[14] Texto publicado, por primera vez, en "Marx Studien" (Estudios marxianos) revista editada por Max Adler y Rudolf Hilferding en Viena (vol. 5.º cuaderno 1.º, 1922).

[15] Maurice Bourguin, *Les Systèmes Socialistes et le developpement economique* (Los sistemas socialistas y el desarrollo económico), París 1904.

[16] 24 de marzo de 1921, p. 29 ss.

indiferente. Lo rechaza también porque la práctica demuestra que el aparato productivo podría ser de propiedad social, y sin embargo, seguir funcionando como aparato de explotación. En efecto, la revolución rusa ha planteado los problemas del lado político.

Si nos preguntamos qué posición tiene el proletariado revolucionario respecto a la nueva economía, veremos que la idea de determinarse y dirigirse a sí mismo está bastante enraizada, pero que falta cualquier otro indicio más preciso sobre cómo debe de ser realizada. Pero todos sentimos que sobre esta cuestión debe hacerse claridad.

2. El comunismo libre

La necesidad de claridad aparece evidente en el folleto holandés de Müller Lehning sobre el anarco-sindicalismo[17]. Este va contra la hipótesis que sostiene la necesidad de destruir primero la sociedad, sin ninguna posible previsión, para después de la destrucción ver cómo se puede reordenar la misma sociedad (p. 4).

Es necesario un programa de «cómo se realizará el anarcosindicalismo después de la revolución» (p. 5). No basta hacer propaganda de la revolución económica, «es necesario estudiar también el modo de realizarla» (p. 6). Los anarquistas, en Rusia, resaltaron la iniciativa de las masas, pero «en qué debería consistir esta iniciativa, y qué deberían hacer las masas como tarea inmediata, quedó confuso y poco concreto» (p. 7). «Aparecieron muchos manifiestos, pero sólo unos cuantos daban una respuesta clara y comprensible sobre la praxis cotidiana» (p. 8).

«Podemos decir que la revolución rusa plantea de una vez por todas la pregunta: *¿Cuáles son las bases económicas y prácticas de una sociedad sin sistema salarial*? ¿Qué es necesario hacer al día siguiente de la revolución? La anarquía deberá responder a esta pregunta, deberá sacar enseñanzas de los hechos de estos últimos años, si no se quiere que a un error le siga una irremediable derrota. Por mucha verdad que puedan contener las viejas predicciones anarquistas y por muy a menudo que puedan ser repetidas,

[17] Arthur Müller-Lehning, *Anarchosyndicalisme-Rede van 17. 11. 1926* Anarco - sindicalismo, discurso del 17 de noviembre de 1926. Amsterdam, 1927.

no resuelven ninguno de los problemas que plantea realmente la vida. No resuelven de manera particular, ninguno de los problemas de la revolución social de la clase obrera». (p. 10).

Sin estas realizaciones prácticas toda la propaganda seguirá siendo negativa, y todos los ideales, utopías. Esta es la enseñanza que la anarquía debe extraer de la historia, y que —jamás será esto suficientemente repetido— se ha demostrado nuevamente con el trágico resultado de la revolución rusa» (p. 11). «Las organizaciones económicas tienen como meta la expropiación del Estado y del capital. En el lugar del Estado y del capitalismo deben ponerse las asociaciones productivas de los trabajadores, como sostén de toda la vida económica. La base debe ser la empresa, la organización de empresa debe ser la célula que funcione como germen de la nueva organización económica de la sociedad. Todo el sistema productivo debe ser construido en base a la alianza entre la industria y la agricultura». (p. 18).

«Quien no quiere ni capitalismo privado ni capitalismo de Estado, debe oponer a ellos otras realidades en la vida social y otros tipos de organización económica. Y esto pueden hacerlo solamente los productores. Y sólo agrupándose todos en organizaciones, en la empresa, en la rama industrial, etc. Deben organizarse de manera que dispongan, por medio de su organización asociativa, de los medios de producción, y de esta manera organizar toda la vida económica sobre bases asociativas». (p. 19).

Este folleto, aparecido en 1927, es un notable progreso respecto a todo lo que hasta ahora existía en este terreno. Aunque no se mueva pensando en la urgencia de resolver la cuestión, trata de todas maneras, de sacar fruto de algunas experiencias de la revolución rusa para forjar en el futuro nuevas armas para la lucha de clases. El cuadro de la construcción federalista de la vida económica es tomado del primer período de la revolución rusa. El autor muestra abundantemente que entonces, sin embargo, los problemas fueron solamente planteados, pero él no puede resolver ni siquiera uno.

Un anarquista francés —Sebastián Faure— intentó encontrar una solución. Escribió el libro *Le bonheur universel* (La felicidad universal)[18], publicado en 1921, que es una descripción de lo que él entiende por comunismo libre. Este libro es importante porque

[18] Novela.

muestra cómo también las hipótesis anarquistas sobre la sociedad comunista no excluyen un poder y una dirección central sobre la producción social. En efecto, de un análisis más en profundidad del «libre comunismo» de Faure se descubre que éste no es sino un normalísimo comunismo de Estado. El libro no tiene el carácter de una obra científica, sino más bien de romance utópico en el cual la libre sociedad comunista surge de la pura fantasía. Pero el hecho de que, en contraste con las frases «igualdad para todos», «libre unión», «exaltante principio de la insurrección contra el Estado y la violencia», se dibuje un sistema de producción donde la dirección del aparato productivo no está en manos de los productores, demuestra claramente que en este terreno no se tiene idea alguna de las leyes que están en la base de los movimientos que creen en un sistema así.

Faure es contrario a la violencia, y por eso habla de los centenares de miles de anillos en la cadena del moderno aparato productivo. Dice: «Toda esta organización se basa en el principio vivificante de la libre cooperación» (p. 213 de la traducción holandesa). Ahora bien, nosotros más bien pensamos que ésta no puede ser la base de un proceso de producción y reproducción. Si los productores quieren estar seguros de sus derechos, entonces la organización debe tener una base material, con o sin exaltantes principios. Los mismos productores deben fijar en sus empresas la relación entre productores y producto social. Deben calcular cuánto tiempo de trabajo hay contenido en sus productos, dado que el tiempo de trabajo es la medida de su participación en el producto social. Sólo entonces la organización no dependerá de un exaltante principio abstracto, sino que vendrá determinada por la realidad económica.

En lo que respecta a la relación de los productores entre sí, encontramos el mismo terreno fácil y vacilante, que consiste en la «libre unión». También en esto ninguna base concreta, ningún cálculo del flujo de productos de una empresa a otra. Y sin embargo... sin una base *material* también esta «libre unión» se convierte en una frase vacía. Se buscan, se prueban, se reasumen, se verifican los resultados de distintos métodos. «Se definen los métodos convenientes, se proponen estos últimos, y a causa de sus resultados ellos mismos se imponen» (p. 334). Faure encuentra esta base de la libertad de cada uno, por medio de la concordancia de todos, muy natural. «Pero ¿es que no sucede así también en la

naturaleza? Tenemos el ejemplo de la naturaleza: claro y tajante. En ella todo está ligado por una unión libre y espontánea... Las cosas infinitamente pequeñas, los granos de polvo, se buscan, se atraen y forman un todo compacto» (p. 334).

Debemos notar a este respecto que los ejemplos sacados de la naturaleza son siempre bastante peligrosos, y que justo en este caso particular se muestra demasiado «clara, tajantemente» que el método de Faure es del todo insuficiente. En él todo está unido de manera libre y espontánea. Faure pierde completamente de vista cuál es el momento determinante de la libre unión natural. Esta libre unión está determinada por las respectivas fuerzas de los «aliados». Cuando la tierra y el sol establecen el libre acuerdo por el cual la tierra debe girar en torno al sol en 365 días, esto está determinado, entre otras cosas, por la masa de la tierra y del sol. *Sobre bases de este tipo se toman los libres acuerdos.*

Y así sucede siempre en la naturaleza. Sus átomos, o fuerzas particulares, se encuentran en dependencia recíproca. El tipo de relación está determinado por las fuerzas de que disponen los aliados. Por ello, hacemos válido el ejemplo sacado de la naturaleza, pero para mostrar con él que debe de haber una relación exacta entre productor y producto, pero en la sociedad deben construirse libres asociaciones. Sólo así estas asociaciones, que están por hacerse, serán realidad. Aunque Faure probablemente no se haya ocupado jamás de economía, se muestra enseguida como un representante de la escuela de Neurath, y como un defensor de la «economía natural». Como ya hemos visto esta «escuela» dice que es completamente superflua, una unidad de medida, y pretende sustituirla gracias a un plan productivo, establecido mediante la estadística.

«Es necesario pues establecer el conjunto de las necesidades y su alcance individual» (p. 215). Las comunidades deben por tanto comunicar a la oficina de la administración central de la nación las necesidades de los habitantes según su número, de manera que los encargados puedan tener una idea de las necesidades globales de la «nación». Después, cada comuna hace una segunda lista con la declaración de cuanto puede producir, y así «la administración central» tiene conocimiento de las fuerzas productivas de la «nación». La solución del problema es extremadamente simple. Los burócratas deben ahora determinar qué parte de la producción

compete a cada comuna y «con qué parte de la producción se pueden quedar» (p. 216).

Este proceso es exactamente idéntico al que imaginan los comunistas de Estado. Abajo la masa, y arriba los burócratas, que tienen en sus manos la dirección de la producción. Entonces la sociedad no está basada sobre realidades económicas, sino que depende de la mala o buena voluntad, o bien de la habilidad de determinadas personas; cosa que, por otra parte, Faure acepta sin ningún problema. Para quitar toda duda respecto a la dirección central, añade: «La administración central sabe cuál es la cantidad de la producción en su conjunto y debe por tanto comunicar, a cada comité de zona, de qué cantidad de este producto puede disponer, y cuántos medios de producción debe proporcionar» (p. 218). Para mostrar que esto no es un comunismo particularmente libre lo compararemos al comunismo socialdemócrata de Hilferding. Veremos que coincide casi palabra por palabra: «Cómo, dónde, en qué medida y con qué medios deben ser obtenidos nuevos productos, sobre la base de las condiciones productivas existentes, naturales o artificiales, debe decidirse por los comisarios comunales, regionales y nacionales de la sociedad socialista; los cuales (...), en virtud de los múltiples medios que ofrecen los más avanzados estudios estadísticos sobre la producción y el consumo, dan una visión global de las exigencias de la sociedad socialista y, con cautelosa previsión, organizan toda la vida económica según las exigencias de la comunidad que ellos representan y guían conscientemente».

Constatamos pues, que también en este «libre comunismo» el derecho de disponer del aparato productivo es para aquellos que tienen familiaridad con los trucos de la estadística. Y, sin embargo, los anarquistas deberían haber sabido de economía política, al menos lo suficiente como para comprender que quien dispone del aparato productivo tiene en realidad el poder, y puede ejercitarlo mediante la violencia sobre la sociedad. Esta «administración central» se dotaría de los medios para obtener obediencia formando así un nuevo «Estado». Esta es una de las leyes del funcionamiento del sistema de Faure, lo comprenda o no; y no cambia nada el hecho de que el manjar venga servido con la salsa de las «libres uniones» o de los «exaltantes principios». Esto no cambia las normas políticas y económicas.

No se puede reprochar a Faure el haber fundido toda la

sociedad en un único sistema. Esta concepción es, en efecto, el resultado de un proceso de desarrollo, llevado a cabo por los productores-consumidores. Hace falta entonces que se den condiciones tales que permitan que ellos mismos lo lleven a cabo. Por esto deben tener una exacta contabilidad de las horas de trabajo consumidas en cualquier forma, para poder saber cuántas contiene su producto. Entonces no será una administración central quien asigne la parte del producto social, sino que serán los productores quienes lo determinen en cada empresa por medio del cálculo del tiempo trabajado.

Le bonheur universel de Faure no aporta el más mínimo conocimiento de la producción comunista. Nos hemos ocupado más de cerca de él sobre todo porque, por medio de la crítica de tal fantasía anárquica de la libre sociedad comunista, se demuestra claramente cómo en los últimos años se han hecho progresos en este terreno. Antes de 1917 era imposible despejar del fárrago fraseológico el nudo del comunismo de Estado. A la escuela práctica de la revolución rusa debemos todo lo que sabemos, porque nos ha enseñado qué significa un poder de dirección central sobre el aparato productivo.

III
EL PROCESO DE REPRODUCCION EN GENERAL

1. La reproducción capitalista como función individual

La humanidad creó el aparato productivo para la satisfacción de sus distintas necesidades. El aparato productivo, es decir, los medios de producción, sirven a la humanidad como instrumento para arrancar a la naturaleza aquello de lo que tiene necesidad para existir y para desarrollarse posteriormente. En el proceso productivo se contienen tanto nuestras fuerzas de trabajo como el aparato productivo en sí. Desde este punto de vista, el proceso productivo es un proceso de destrucción. Pero es también un proceso que da origen a algo. Lo que es destruído es buscado en el mismo proceso. Las máquinas, los instrumentos, nuestra fuerza de trabajo, son consumidos, producidos de nuevo, reproducidos. El proceso productivo social funciona como el proceso vital del cuerpo humano: pasa por la autodestrucción para reconstruirse en forma cada vez más completa.

Cualquiera que sea la forma social del proceso de producción, debe ser continuado o periódico, y pasar siempre por los mismos estadios... Observado pues, en sus conexiones estáticas y en el constante fluir de su renovación, el proceso productivo es al mismo tiempo proceso reproductivo. (Marx, *El Capital*, libro I).

Para el comunismo esta frase tiene un significado particular, porque la producción y la reproducción son conscientemente determinadas partiendo de este principio, mientras que el mismo proceso se cumple automáticamente en el capitalismo a través del *mecanismo del mercado*. La reproducción se basa en el hecho de que, por cada elemento consumido, uno nuevo toma su puesto.

cosa que, para la sociedad comunista, significa que debe llevarse escrupulosamente la contabilidad de todo lo que entra en el proceso productivo. Por muy difícil que pueda parecer, es, sin embargo bastante simple, porque todo lo que se consume puede comprenderse en dos únicas categorías: medios de producción y fuerza de trabajo.

En el capitalismo la reproducción es una función individual. Todo capitalista se ocupa también de la reproducción. Calcula el consumo de los medios de producción fijos estables, valora el consumo de los medios de producción circulantes (materias primas y auxiliares) y la fuerza de trabajo directamente empleada. A esto se unen posteriores gastos y por fin lleva al mercado su mercancía. Si las cosas le van bien, entonces el período productivo ha sido positivo para él, y adquirirá nuevos medios de producción y fuerza de trabajo y la producción podrá recomenzar. Como todos los capitalistas actúan de esta manera, resulta que todo el aparato productivo y la fuerza de trabajo son reproducidos. El desarrollo de la técnica, y con éste el aumento de la productividad del aparato productivo, empujan al capitalista hacia la concurrencia, a invertir una parte de la plusvalía que forma el capital en nuevos medios de producción, para ampliar el aparato productivo. Consigue, de este modo, un desarrollo cada vez más ingente de los lugares de producción de las partes «muertas» del aparato productivo, así como de las «vivas». Y por tanto, no se asiste solamente a una reproducción de lo que ha sido consumido en el período productivo precedente, sino que, en términos capitalistas, se asiste a la acumulación; en el comunismo se dirá: se reproduce sobre base ampliada. Hoy día la determinación del alcance y del lugar en que esto debe suceder depende exclusivamente del capitalista, cuyas acciones seguían por el deseo del beneficio.

En el comunismo desaparecen el mercado y la transformación de mercancías (productos) en dinero, pero persiste el flujo de los productos.

«Dentro de la sociedad comunista, fundada sobre la propiedad común de los medios de producción, los productores no intercambian sus productos, y el trabajo empleado en estos productos aparece como su valor, como un atributo poseído realmente por éstos, porque ahora, contrariamente a cuanto acaecía en la sociedad capitalista, el trabajo individual no se convierte en parte de un

todo siguiendo un camino atravesado, sino que lo es directamente». (*Randglossen*, libro 12 p. 54).

«Aquí reina claramente el principio que se encuentra en la base del intercambio de mercancías, mientras se trate de mercancías con igual valor. La forma y el contenido han cambiado, porque al cambiar las condiciones nadie puede dar algo distinto de su trabajo, y nada puede transformarse en propiedad de cada uno fuera de sus medios de consumo individual. En lo que se refiere a la distribución de estos últimos entre cada uno de los productores, vale el principio de que, como en el intercambio de mercancías equivalente, se intercambia trabajo de una forma con otro tanto trabajo de otra forma distinta». (*Ibidem*, p. 25). Así, las empresas ponen a disposición de la sociedad sus productos, pero esta distribución debe, por su parte, abastecer a las empresas de una cantidad igual de medios de producción, materias primas y fuerza de trabajo a la que haya sido consumida en la producción. Y si la producción debe funcionar a escala ampliada, se debe abastecer a las empresas de un número mayor de medios de producción, etc. Las decisiones a este respecto, ya no se encuentran en manos de los poseedores privados de los medios de producción, sino que es la sociedad quien decide una ampliación de la producción, si es necesario para la satisfacción de sus necesidades. Si a cada empresa se le deben proveer nuevos medios de producción en la misma medida en que éstos se han consumido, entonces es necesario y suficiente, para la reproducción, que *toda empresa calcule* cuánto producto social ha consumido bajo formas diversas (incluso en forma de salarios). Esto será satisfecho y podrá comenzar un nuevo período productivo.

Si nos preguntamos hasta qué punto es posible definir el consumo de horas de trabajo en cada empresa, a esto la moderna contabilidad ha dado una respuesta definitiva. Por razones que no indagaremos aquí, la dirección capitalista de las empresas se vio obligada en 1921 a racionalizarse, y así, cerca de 1922, surgió toda una nueva literatura, que desarrolló los métodos para calcular el valor de los costos de forma muy exacta, para cada proceso y para cada trabajo parcial. Este valor constaba de varios factores: desgaste de los medios de producción, materias primas y auxiliares, fuerza de trabajo, costos de la dirección empresarial en cada uno de los procesos, transportes, seguros sociales, etc. Todos estos factores dan lugar a fórmulas generales. Y todos tienen al dinero

como común denominador, cosa que los mismos jefes de la empresa consideran como un obstáculo para el cálculo exacto. Pero nada les impide utilizar otra unidad de medida. Estas fórmulas, en su forma actual, son inutilizables para una producción social, porque distintos factores que entran en el cálculo de los costos, por ej., los intereses del capital, ya no se consideran. A pesar de ello el método como tal significa un progreso. También en este aspecto la nueva sociedad se genera en el vientre de la vieja. Leichter, dice del moderno cálculo de los precios:

«El cálculo capitalista puede definir los costos de toda operación productiva, el valor de un producto no acabado y de cada fase de la producción, aunque se efectúe de manera completa y uniforme en cada fábrica. Se puede descubrir en cuál de los diversos talleres de una fábrica, con qué diferentes maquinarias, con cuál de entre las diversas fuerzas de trabajo es posible realizar una determinada operación al costo más bajo, se puede pues incrementar en todo momento la racionalidad del proceso productivo. A esto se añade otro resultado del método de cálculo capitalista: en toda gran fábrica existen toda una serie de salidas que repercuten directamente en los productos intercambiables (entiéndase las pagas de los empleados, la calefacción de los locales, etc.). El haber hecho posible estas finuras en el cálculo económico es otro de los resultados del método de cálculo de los capitalistas». (Leichter, *ob. cit.*, pp. 22-23).

2. La fórmula (mp + mat. pr) + ft = p [19]

Es por tanto posible, sin más, establecer para todo producto, cuántas horas de trabajo ha costado. Ciertamente, existen lugares de trabajo de los que no sale ningún producto real, como los consejos políticos y económicos, los hospitales, las escuelas, etc. No obstante, es posible determinar cuántas horas de trabajo consumen en medios de producción y fuerza de trabajo; son por tanto, perfectamente anotables los costos de la reproducción. Para resumir brevemente la reproducción, podemos decir: los medios de producción y la fuerza de trabajo son los factores de la producción

[19] MP, medios de producción; MAT.PR, materias primas; FT, fuerza de trabajo; P = producto.

que actúan directamente. Dependiendo de su naturaleza la interacción entre ellos da lugar a la masa de productos en la forma de uso de máquinas, edificios, trigo, materias primas, etc. Por una parte esta masa de productos pasa de empresa a empresa, bajo forma de flujo ininterrumpido y por otra, se agota debido al uso por parte de los consumidores.

Cada empresa se asegura su reproducción por medio del cálculo exacto de los medios de producción (mp) y de la fuerza de trabajo (ft), expresados en horas de trabajo. La fórmula de la producción de toda empresa es, por tanto:

$$mp + ft = producto$$

Como sabemos, la categoría marxiana de «medios de producción» comprende: maquinaria e instalaciones estables (medios de producción fijos), materias primas y materias auxiliares (medios de producción circulantes). Llamemos ahora a los medios de producción fijos mp y a los circulantes mat. pr., y entonces la fórmula será:

$$(mp + mat.\ pr.) + ft = producto$$

si para mayor claridad sustituimos las letras con números ficticios tendremos que, por ejemplo, la producción en una fábrica de zapatos corresponderá al esquema siguiente:

Maquinaria + materias primas + fuerza de trabajo = 40.000 pares de zapatos; 1.250 horas trabajadas + 6.250 horas trabajadas + 5.000 horas trabajadas = 12.500 horas trabajadas = 3'125 horas de trabajo por par.

En esta fórmula de la producción se incluye también la fórmula de la reproducción de la empresa, que muestra cuántas horas de trabajo del producto social deben quedarse en la empresa para renovar todo cuanto se ha consumido.

Esto, que es válido para cada empresa, vale también para toda la economía comunista. En este sentido, es la suma de cada una de las empresas. Lo mismo vale para el producto social en su conjunto. No es sino el producto (mp + mat. pr) + ft de todas las empresas. Para distinguir entre el cálculo de la producción en una empresa y la producción general usamos en la determinación del producto total la fórmula:

$$(MP + MAT.\ PR.) + FT = P$$

Si la suma de todos los mp consumidos en las empresas es 100 millones de horas trabajadas, si la de mat. pr. es 600 millones de horas, y si se han empleado 600 millones de horas trabajadas de fuerza de trabajo viva, entonces la fórmula para el producto total es:

100 millones + 600 millones + 600 millones = 1.300 millones de horas trabajadas.

El conjunto de todas las empresas sustrae solamente 700 millones de horas trabajadas de producto de la masa total, para reproducir la parte material del aparato productivo, mientras que los trabajadores consumen 600 millones de horas de P. Con esto se asegura la reproducción de todos los medios de producción.

Observemos ahora la reproducción de la fuerza de trabajo en particular. En nuestro ejemplo tenemos que se encuentran en el P 600 millones de horas trabajadas disponibles para el consumo individual. No se puede y no se debe consumir más, porque en las empresas, la suma de dinero-trabajo [20] corresponde solamente a 600 millones de horas trabajadas. Con esto no queda dicho sin embargo cómo se reparte el producto entre los trabajadores. Por ejemplo, es bastante fácil que el trabajo no cualificado, el trabajo cualificado y el trabajo intelectual sean *retribuidos de manera distinta*. Se podría hacer una subdivisión de este tipo: que el trabajo no cualificado se considere equivalente a 3/4 de una hora de trabajo normal, el trabajo que presupone un aprendizaje una hora normal, el del empleado una hora y media y el del jefe de la empresa tres horas.

3. El concepto de valor de los economistas socialistas

Efectivamente, los señores economistas del socialismo son de esta opinión. A ellos no se les ocurre ni por asomo dar *el mismo valor* al trabajo, y por tanto dar a cada uno una parte igual del producto social. Este es también el significado de los «niveles de

[20] Traducimos por "dinero-trabajo" el término alemán "Arbeitsgeld" que los autores intencionalmente emplean aquí para distinguirlo del término "Arbeitslohn" "salario".

vida» de Neurath. Los «fisiólogos de la nutrición» establecerán un mínimo necesario para la existencia que constituirá el ingreso de quien realiza un trabajo no cualificado; los demás según su voluntad, su capacidad y la importancia de su trabajo, obtendrán más. Un pensamiento verdaderamente capitalista. Kautsky defiende que esta diferenciación en la recompensa es necesaria porque piensa que el trabajo pesado y desagradable debe percibir una paga mayor que el agradable y fácil. Además, señala que ésta es para él una razón que hace prácticamente imposible el cálculo del tiempo trabajado. Leichter llega hasta el punto de mantener las diferencias de salario dentro de una misma profesión, porque los salarios individuales del trabajador especializado, con la práctica, deben superar el salario de base. Así, por ejemplo, defiende el mantenimiento del trabajo a destajo en la economía comunista. A pesar de todo esto, Leichter sostiene con razón que no existe ningún obstáculo para el cálculo del tiempo de trabajo, como se puede ver también por nuestro ejemplo. El dice:

«Queda el problema puramente técnico, que por otra parte también se encuentra en el capitalismo, de fijar los salarios para cada operación de trabajo, pero esto no lleva a complicaciones mayores respecto al capitalismo». (Leichter, *Ibidem*, p. 76).

Constatamos, pues, que se considera justa la distante valoración del trabajo como principio, incluso en las diversidades individuales dentro del mismo tipo de trabajo. Esto sin embargo, sólo significa que en una sociedad así, *la lucha por la obtención de mejores condiciones de trabajo no está superada*, que la distribución del producto social tiene un carácter competitivo, y que la lucha por la distribución del producto continúa. Esta lucha es la lucha por el poder, y como tal deberá ser llevada adelante.

Ciertamente no se puede demostrar de manera más clara, cómo estos socialistas no están en condiciones de pensar en una sociedad donde millones de trabajadores puedan no ser gobernados. Para ellos los hombres se transforman en simples *objetos*. Los hombres no son nada más que partes del aparato productivo. Los fisiólogos de la nutrición deben calcular cuántos medios de sustento (el mínimo para sobrevivir) deben ser asignados a este «material» para tener continuamente disponible su fuerza de trabajo. La clase obrera debe luchar con todas sus fuerzas contra tal concepción, y exigir para todos una parte igual de la riqueza social.

Quizás al principio será aún provisionalmente necesario pagar

más el trabajo intelectual; por ejemplo, que 40 horas de trabajo den derecho a un producto equivalente a 80 ó 120 horas. Ya hemos visto que, para el cálculo del tiempo de trabajo, esto no representa ninguna dificultad. Al principio de la organización comunista podrá ser aún una norma justa que, por ejemplo, el material de estudio no esté a disposición gratuita de todos, porque la organización global de la sociedad no está aún estructurada de una manera definitiva. Pero, una vez que las cosas estén en su lugar, ya no se podrá hablar de dar a los que ejercitan profesiones intelectuales una parte mayor de producto social.

La razón del hecho de que los economistas del «socialismo» no puedan despegarse de una valoración diferenciada de la fuerza de trabajo, depende, a nuestro parecer, del nivel de clase del que proceden. Una distribución igual de todo el producto es, pues, imposible, ya que contrasta de lleno con su sentimiento de clase. Existe un principio, que aunque viejo es justo, que dice que los razonamientos están principalmente determinados por la esfera de los sentimientos, y que la razón no llevará a conclusiones muy diferentes a las determinadas por los sentimientos. Así se explica que Leichter quiera anular el *concepto de valor* para la producción *material*, pero que no pueda hacerlo en lo que respecta a fuerza de trabajo. En el mundo capitalista, la fuerza de trabajo aparece como mercancía. El precio medio pagado por el empresario corresponde a los costos de reproducción, que para los trabajadores no cualificados se mueve en torno al límite inferior de lo necesario para la supervivencia. Los hijos de aquellos que no tienen ninguna preparación normalmente no pueden aprender una profesión, porque deben empezar a trabajar cuanto antes, y ganar lo más que puedan. Así, los que no tienen preparación reproducen ellos mismos fuerza de trabajo no cualificada. Para la reproducción de la fuerza de trabajo cualificada existen necesidades mayores. En este caso, los niños aprenden una profesión, y así la fuerza de trabajo cualificada reproduce fuerza de trabajo cualificada. Lo mismo vale para el trabajo intelectual. Este carácter de mercancía de la fuerza de trabajo vale también, para Leichter, en el «socialismo». El sostiene:

«En realidad, existen distintos niveles de cualificación y de intensidad del trabajo. Fuerzas de trabajo cualificadas de modo diferente necesitan, para su reproducción, de medios diferentes. Los trabajadores cualificados necesitan más para reproducir su

fuerza de trabajo para el día siguiente o para el año siguiente, ya que sus gastos corrientes son mayores. Generalmente existe la necesidad de medios superiores para formar de nuevo una fuerza de trabajo cualificada en su conjunto, esto es, un hombre con igual nivel de formación y conocimientos cuando quien dispone de una fuerza de trabajo así no está ya en condiciones de trabajar. Todo esto debe ser comprendido en las diversas valoraciones de la fuerza de trabajo». (Leichter, *Ibídem*, p. 61).

Si paralelamente consideramos el análisis marxiano del precio de la fuerza de trabajo en el capitalismo, nos daremos cuenta perfectamente de que los llamados economistas del socialismo no consiguen acabar con el concepto del valor.

«Pero ¿cuáles son los costos de producción de la fuerza de trabajo? Son los costos necesarios para formar al obrero como obrero, y para conservarlo como obrero.

Cuanto menos tiempo se requiera para aprender un trabajo, tanto menores serán los costos de producción del obrero, y tanto más bajo el precio de su trabajo, su salario. En las ramas industriales donde no se necesita ningún aprendizaje y basta la simple existencia física del obrero, los costos necesarios para su formación se reducen casi exclusivamente a las mercancías necesarias para mantenerlo atado a su trabajo. El precio de su trabajo será por tanto determinado por los medios de subsistencia necesarios...

Del mismo modo, en los costos de producción de la fuerza de trabajo simple, deben estar incluidos los costos de producción, que permiten que la casta de los obreros esté en condiciones de multiplicarse, y sustituir a los obreros deteriorados, con nuevos obreros. El desgaste del obrero entra, pues, en los cálculos, de igual forma que el desgaste de la máquina.

Por tanto, los costos de producción de la fuerza de trabajo simple se cifra siempre en los gastos de existencia y de reproducción del obrero. Los precios de estos costos de existencia y de reproducción constituyen el salario. El salario así determinado es lo que se llama salario mínimo. (C. Marx, *Trabajo asalariado y capital*).

Igual que la reproducción de la parte material del aparato productivo es una *función individual* del capitalista, la reproducción de la fuerza de trabajo es una *función individual* del trabajador. Pero como en el comunismo, se convierte en una *función*

social la reproducción de la parte material del aparato productivo, del mismo modo también, la reproducción de la fuerza de trabajo se convierte en una *función social*. Ya no está a cargo de cada individuo sino a cargo de toda la sociedad. El estudio ya no depende de la «cartera de papá» sino que depende solamente de la predisposición y de la conformación física del niño. A quien la naturaleza le haya dotado de factores hereditarios o condiciones excepcionales y tenga, pues, todas las posibilidades de hacer suyas del modo más amplio todas las conquistas de la sociedad humana en el campo cultural, artístico o científico, no será ciertamente el comunismo el que le dé una parte mayor de producto social. La sociedad les da la posibilidad de asumir cantidades ingentes de arte y de saber, pero solamente para rendir a la sociedad, mediante su colaboración en la solución de los problemas culturales, los productos culturales que le han sustraído. La distribución del producto social en el comunismo no es una simple reproducción de la fuerza de trabajo, sino una distribución de todas las riquezas materiales y espirituales que han sido creadas por la sociedad y por su técnica. Lo que quieren los «socialistas» a lo Kautsky, Leichter, Neurath, con sus «niveles de vida», lleva a dar al trabajador no especializado un mínimo para existir definido sobre la base de la fisiología de la nutrición, mientras quienes están por encima devoran lo superfluo. En verdad, éstos no piensan abolir la *explotación. Sobre la base de la propiedad común de los medios de producción, ¡la explotación sigue adelante!*

La reproducción de la fuerza de trabajo para nosotros significa simplemente que el producto social es distribuido de manera uniforme. En el cálculo del tiempo de producción, se considera la cantidad efectiva de horas de trabajo, y todo trabajador sustrae del producto social el equivalente de las horas realmente empleadas.

En el «socialismo de los niveles de vida» los productores dan su fuerza de trabajo a una gran e indefinible *cosa*, que de manera eufemística, se llama «sociedad». Sin embargo, cuando esta *cosa* aparece, se trata de un elemento ajeno a los productores, que rápidamente *se coloca por encima de ellos, los explota y domina*. Es el dominio efectivo mediante el aparato productivo, en el cual los mismos productores son solamente considerados elementos *materiales* de la producción.

IV
EL TIEMPO DE PRODUCCION SOCIALMENTE MEDIO COMO BASE DE LA PRODUCCION

1. La definición de Kautsky

El escrito de Leichter es particularmente interesante debido a las investigaciones que demuestran cómo la hora de trabajo socialmente medio, es realizable efectivamente en la producción comunista, aunque la hora de trabajo realmente efectuada no se tome como base de la distribución. Por lo que respecta a la unidad de medida, está bastante adelantado respecto a sus colegas, expertos en materia de economía marxista, Neurath y Kautsky. Block, economista burgués, define la tentativa de querer abolir el dinero como ingenua, y considera excesivo el extenderse hablando del tiempo de trabajo; todo esto se encuentra en su escrito *Die marxistische Geldtheorie* p. 214.

Kautsky considera teóricamente posible, pero prácticamente irrealizable el cálculo del tiempo de trabajo porque, en una sociedad socialista, siendo necesaria una medida de valor para la contabilidad y las relaciones de cambio, no se puede dejar de tener en cuenta el dinero. Además, éste debe continuar sirviendo como medio de circulación (v. Kautsky, *op cit.*, p. 318). Kautsky, que hasta ahora nos ha mostrado el concepto de valor como categoría histórica —que debe desaparecer junto al capitalismo—, —Kautsky, *Karl Marx Oekonomische lehre* (La doctrina económica de K. Marx p. 21), ha sido tan sacudido por las críticas burguesas de Weber y por la praxis de la revolución rusa, que piensa que debe eternizarse el concepto de valor[21].

[21] Escrito en 1886, este libro tuvo muchas ediciones.

Kautsky, mediante la crítica del comunismo que sostenía que ante todo este necesitaba una unidad de cálculo, se colocaba fuera de su problemática teórica. No podía ya permanecer vinculado a la antigua hipótesis de que el «valor» debería desaparecer junto al capitalismo. Las cosas se aclaraban, y efectivamente servía la necesidad de una unidad de medida.

Y ya que Marx había dicho que en la economía comunista lo primero que desaparece es el capital-dinero, era necesario examinar más atentamente la hora de trabajo socialmente medio, que había sido propuesta como unidad de medida por Engels en el *Antidühring* y por Marx en *El Capital* y en los *Randglossen*. Conocemos ya los resultados a que le condujeron sus investigaciones, y vale la pena ver adonde lleva la imposibilidad de realizar el cálculo del tiempo de trabajo según Kautsky.

Ya hemos señalado el hecho de que la idea corriente del desarrollo hacia el comunismo era ésta: que el capitalismo con su concentración se cava solo su fosa. Hilferding indagó las consecuencias de la concentración total de las empresas suponiendo que toda la sociedad estuviese organizada en un trust gigantesco, un cártel general. Dentro de este cártel imaginario no hay mercado, ni dinero, ni precios. De esta manera se alcanzaría realmente la *sociedad sin dinero*.

Dentro de este trust, la producción es un conjunto cerrado. Los productos, en su fabricación, pasan del estado natural al estado acabado a través de las diversas empresas. Así, por ejemplo, se verifica que el carbón y el mineral de hierro pasan por los altos hornos; el producto de estos, hierro y acero, por las fábricas de maquinaria, que entregan las máquinas a las fábricas de productos textiles, de las cuales salen precisamente productos textiles como producto final. En la peregrinación de productos de una empresa a otra, miles y miles de trabajadores de todas las industrias posibles han colaborado en crear el producto final. ¿Cuánto trabajo está contenido finalmente en el producto?

Esta es la formulación del enigma de Kautsky; él desesperó ante esta tarea inhumana. Teóricamente se debe poder encontrar la solución, pero ¿prácticamente? No, es imposible «calcular para todo producto el importe del trabajo que ha costado desde el principio hasta el fin, junto al transporte y otras operaciones colaterales» (*Die proletarische Revolution*, p. 318). «La valoración de las mercancías basada en el trabajo que contienen es imposible,

incluso con el más gigantesco y completo aparato estadístico» (*Ibidem*, p. 321)[22].

Y Kautsky tiene toda la razón porque, de esta manera, es imposible.

2. La definición de Leichter

Pero este tipo de producción existe solamente en la imaginación de Kautsky y de los teóricos de la economía natural, que quieren dominar la economía desde una posición central. Y por eso, llegan a decir que cada empresa no debe llevar autónomamente la exacta contabilidad del proceso de producción en su interior. Las partes de los trusts, sin embargo, producen como si, en cierto sentido, fueran independientes, por la simple razón de que de otro modo toda producción «planificada» sería imposible. Aún en relación con la racionalidad de la empresa, esto es obvio. Por eso, la presencia de una unidad de medida lo más exacta posible es la condición necesaria para la circulación sin dinero dentro de un trust. «Existen y existirán relaciones entre los distintos lugares de la producción en el mundo mientras exista una división del trabajo, y la división del trabajo, en este sentido, se desarrollará más con los progresos de la técnica» (Leichter, *op. cit.*, p. 54). «Todos los presupuestos materiales de la producción: los productos semi-acabados, las materias primas, las materias auxiliares, que son utilizadas por la empresa que las trabaja con otros, son valorados, facturados» (Leichter *Ibidem*, p. 68). «Los magnates de los cárteles o mejor, en una sociedad socialista, los jefes de toda la economía, no dejarán que diversas empresas con idéntico programa produzcan con métodos distintos y costos diferentes. Esto podría ser un reclamo para que los empresarios débiles se dejen tragar de buena gana por el capitalismo, puesto que esperan que

[22] La cita exacta de Kautsky dice: "Lo que el aparato estadístico más enorme y perfecto no puede hacer valorar las mercancías según el trabajo contenido en ellas lo encontramos dado en los precios como resultado de un largo proceso histórico, tal expresión del valor no es ciertamente perfecta ni exacta, pero es la única base para un funcionamiento, lo más regular e ininterrumpido posible, del proceso de circulación"

dentro del cártel su empresa logre la organización reconocida como más funcional, los mejores métodos de fabricación y los mejores empleados para el incremento de la productividad empresarial. Por esto, es necesario considerar todas las empresas por separado, tanto en una economía de tipo capitalista como en una socialista, hacer como si todas las empresas tuvieran un empresario distinto que quisiese aclarar los resultados económicos de la producción. En los cálculos internos de un cártel rige por tanto una exactitud extrema y el creer que dentro de un cártel las mercancías se mueven sin una regulación tan rígida, y que las empresas dedicadas a tipos de producción diferentes no distinguen muy bien entre «tuyo» y «mío», todo esto forma parte de una concepción del capitalismo y también del socialismo, basada evidentemente en la desinformación» (Leichter, *Ibidem*, p. 52-53).

Desde este punto de vista, la irrealizable valoración del trabajo contenido en un producto aparece bajo una perspectiva completamente distinta. Lo que es imposible para la dirección productiva de Kautsky, esto es, establecer cuánto tiempo de trabajo reificado ha asumido el producto en su largo camino a través del proceso productivo constituido por el trabajo parcial, *es posible de manera muy precisa para los productores*. El secreto está en el hecho de que cada empresa está guiada y dirigida por su «organización de empresa» como unidad *independiente*, igual que en el capitalismo. «A primera vista parecerá que todos y cada uno de los lugares de producción son independientes, pero un examen más atento nos descubre el cordón umbilical que liga a cada empresa con el resto de la economía y con su dirección.» (Leichter, p. 100). Mediante una cadena de trabajos parciales toda empresa crea un producto acabado que puede entrar en otra empresa como medio de producción. Y cada empresa puede calcular muy bien el tiempo medio empleado en un producto según la fórmula (mp + mat. pr) + ft. En nuestro ejemplo citado antes, un par de zapatos venía a costar 3,125 horas de trabajo. El resultado de una valoración así de la producción de una empresa da una media de empresa que expresa cuántas horas de trabajo están contenidas en un par de zapatos, una tonelada de carbón, un metro cúbico de gas, etc.

3. Confrontaciones

Los factores de producción son totalmente exactos (prescindiendo de las estimaciones erróneas del primer período). El producto final de una empresa, si no es un objeto de consumo, es un medio de producción mp o bien mat. pr. para otra empresa, que naturalmente lo valora según la misma fórmula de la producción. De esta manera, toda empresa obtiene la valoración exacta de su producto final. Esto no sólo es válido para las empresas que producen productos de amplio consumo, sino también para los más diversos productos, especialmente ahora que la «contabilidad» está bastante bien desarrollada. El tiempo de trabajo contenido en el producto final no es a fin de cuentas sino el tiempo de trabajo medio de la empresa que lo produce, calculado con el simple método (mp + mat. pr.) + ft, la suma del tiempo de trabajo total, desde el inicio del producto hasta que se termina completamente. El cálculo de esta suma total se hace por medio de cálculos parciales y está totalmente en manos de los productores.

Kautsky reconoce pues, claramente, la necesidad de calcular el tiempo de producción socialmente medio para los productos, pero no ve ninguna posibilidad de realizarlo concretamente. No es de extrañar que no esté en condiciones de comprender nada, pero absolutamente nada, de los distintos problemas que giran alrededor de toda esta cuestión. Así, por ejemplo, se estanca ya cuando se habla de diferencias de productividad entre las empresas, de los progresos de la técnica o de los precios. Aunque, después de haber descubierto su error principal, pueda ser superfluo continuar ocupándose a fondo de sus consideraciones, queremos seguir sus observaciones respecto a la realización del cálculo del tiempo de trabajo socialmente medio.

Comenzamos por los «precios» de los productos. Es de destacar, ante todo, que Kautsky habla tranquilamente de los «precios» de los productos como si éstos, en el comunismo tuviesen aún sentido. Naturalmente, es justo cuando conserva esta terminología, ya que en el «comunismo de Kautsky» los «precios» continúan existiendo. Del mismo modo que este «marxista» eterniza en su comunismo el concepto de valor, y la función del dinero, también los precios tienen para él vida eterna. Pero, ¿qué extraño tipo de comunismo es éste, en el que rigen las mismas categorías que en el capitalismo? Marx y Engels no tienen nada que ver con este tipo

de economía «comunista». Ya hemos mostrado cómo para éstos, el valor y el dinero son abolidos, gracias al *tiempo de producción socialmente medio*. Por esto, los productores calculan «cuánto trabajo necesita un objeto de uso para su realización» (Engels, *Antidühring*, p. 335). Kautsky considera imposible este tipo de valoración. Por esto llama nuestra atención sobre el hecho de que no todas las empresas son igualmente productivas, lo cual tendría como consecuencia el caos en la determinación de los precios. A propósito de esto afirma: «Y ¿qué trabajo debe ser calculado? Ciertamente no el que haya costado realmente cualquier producto. De esta manera, los distintos ejemplares del mismo tipo tendrán precios diferentes, los productos hechos en condiciones más difíciles costarán más que los otros. Esto sería absurdo: deberían tener todos el mismo precio, y éste debería ser calculado no en base al tiempo verdaderamente empleado, sino en base al tiempo socialmente necesario. Sería imposible establecerlo para cada producto». (*op. cit.*, p. 319).

Kautsky pretende con razón, que los «precios» de los productos coincidan con el trabajo socialmente necesario. Y éste no es el trabajo que ha sido efectivamente consumido en la empresa para el producto (no todas las empresas son igualmente productivas), porque el tiempo realmente empleado a veces está por encima y a veces por debajo de la media. La solución del problema es que los mismos productores y no Kautsky, establezcan mediante su organización de empresa, la media social. Lo que *no* pueden hacer las centrales económicas deseadas por Kautsky, lo pueden hacer *muy bien* las organizaciones de empresa, y al mismo tiempo, el concepto *de tiempo de trabajo socialmente medio toma una forma concreta.*

4. Utilización de la fórmula (mp + mat. pr.) + ft

Una vez que cada empresa haya establecido su media de producción, la exigencia marxista del tiempo socialmente medio no ha encontrado todavía plena respuesta. Para ello, todas las empresas del mismo tipo deben coaligarse; así, en nuestro ejemplo, todas las fábricas que producen zapatos deben definir una media general, partiendo de las medias individuales de cada fábrica. Si la media de una fábrica para un par de zapatos es de tres horas, la

de otra, de 3 y 1/4 y la de otra más de 3 y 1/2, el tiempo medio de trabajo social será entonces de 3 horas y 1/4, (esto no está expresado de manera exacta; para mayor exactitud, ver el capítulo IX de este estudio).

Vemos, por tanto, que la exigencia de calcular el tiempo de trabajo socialmente medio lleva a establecer relaciones horizontales directas, que ahora, sin embargo, no son llevadas a cabo por empleados estatales, sino que se desarrollan en la empresa «de abajo a arriba». El *cómo* y el *porqué* es perfectamente comprensible por parte de todo trabajador, ya que la exigencia de una «contabilidad abierta» pone todo bajo control público.

El hecho de que las empresas alcancen medias distintas es la expresión de las diferencias en su productividad, que pueden tener su origen en la distinta composición de la parte viva o muerta del aparato productivo en cada empresa. Entretanto, el «cártel del calzado» calcula globalmente para todas las empresas 3 horas y 1/4 para hacer disponible un par de zapatos para el consumo individual. Una empresa «productiva», que está por debajo de la productividad media, y que no puede producir zapatos a menos de 3 horas y 1/2, trabaja necesariamente con déficit. No puede reproducir su (mp + mat. pr.) + ft para el siguiente período de producción. Por el contrario, existen empresas «superproductivas», que sobrepasan la productividad media. Estas, según nuestro ejemplo, producen un par de zapatos en tres horas. En la distribución de su producto, están en condiciones de reproducir su (mp + mat. pr.) + ft y de obtener incluso un excedente. Pero como la media social se calcula a partir de todas las empresas, los *déficits* y los excedentes dentro de cada «cártel» deben equilibrarse.

Se trata de una regulación dentro del grupo productivo, elaborada por las mismas empresas. Una regulación que no se basa sobre la «ayuda recíproca», sino en el cálculo exacto. La productividad de una empresa puede ser establecida de manera exacta, y así vienen dados también los límites entre los que oscilan los déficit y los excedentes. La productividad es un factor exacto y puede ser establecida mediante un número, el *factor de productividad*. Este factor da cuenta de antemano de a cuánto asciende el déficit o el excedente de una empresa.

Si bien no podemos dar una fórmula según la cual desarrollar la valoración dentro del «cártel», ya que ésta varía con el tipo y la

dimensión de la empresa, sabemos que en cualquier caso se trata de un número exacto. La productividad no se define solamente partiendo de la cantidad de producto obtenido, sino que depende también de la relación entre el consumo de (mp + mat. pr.) + ft y el producto. Si una empresa es de baja productividad, entonces el (mp + mat. pr.) + ft es grande en relación con la cantidad de producto obtenido. Por tanto (mp + mat. pr) + ft vale menos, y su valor inferior se determina en relación con la media social. Por ejemplo: nuestra empresa calcula su media de 3 horas y 1/2 para un par de zapatos mientras que la media social es de 3 y 1/4. La productividad es inversamente proporcional al tiempo empleado; lo que significa que la productividad de esta empresa es 3 y 1/4: 3 y 1/2 = 13: 14. La valoración de una empresa debe estar siempre en relación con la media social, por medio de la fórmula 13/14 de (mp + mat. pr.) + ft que se emplea en el cálculo del tiempo de producción. El cártel restituirá por tanto 1 1/4 de (mp + mat. pr.) + ft.

Como ya hemos dicho, todo esto es válido tan sólo como ejemplo. Puesto que la valoración de toda la producción está basada sobre el cálculo exacto del tiempo, existen muchas vías que conducen a este resultado. Lo único importante es que los productores controlen la producción y que toda empresa se pueda reproducir.

El contraste entre el tiempo de trabajo socialmente medio y el de cada empresa existe pues verdaderamente, pero se supera mediante el «cártel de una determinada producción», o «corporación», o como se quiera definir, una agrupación de empresas. La superación del citado contraste destruye otro de los argumentos de Kautsky contra el cálculo del tiempo de trabajo. Después de sus discursos precedentes prosigue:

«¿Sería posible establecerlo (el tiempo de trabajo socialmente necesario) para cada producto?»

«De esta manera se obtendría un cálculo doble. La retribución del trabajador se basaría en el tiempo de trabajo que efectivamente ha empleado. La valoración del precio de los productos, en el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. La suma de las horas de trabajo sociales empleadas debería ser la misma en un caso o en otro. Pero esto no sucedería así nunca». (*op. cit.*)

¿Sería posible definir el tiempo socialmente necesario para cada

producto? pregunta Kautsky. La respuesta es sin ninguna duda positiva ya que toda empresa y toda rama de la producción puede realizar su fórmula de producción (mp + mat. pr.) + ft. Kautsky no sabe qué hacer porque ignora el concepto real de trabajo socialmente necesario; eso es producto de que considera todos los problemas desde el punto de vista de la dirección y la guía centralizada. El tiempo de trabajo socialmente medio se calcula partiendo de la productividad de todas las empresas pertenecientes cada cártel específico. De esto se deduce la desviación de cada empresa de la productividad media, y mediante esto, finalmente, se establece su factor de productividad. Por mucho que cada empresa se distancie en su contabilidad de la media social, estas diferencias son conocidas, y su suma es igual a cero. La producción, calculada sobre todo el grupo productivo, funciona según la fórmula (mp + mat. pr.) + ft correspondiente al trabajo socialmente necesario.

El desarrollo de la técnica es también un obstáculo en Kautsky para el cálculo del tiempo de trabajo. Después de haber afirmado que «es imposible calcular el importe (*op cit.*) en trabajo que cada producto ha costado desde su inicio hasta su acabado final» agrega: «Y una vez llegados al resultado sería necesario comenzar de nuevo, porque en el intervalo de tiempo, las relaciones técnicas en algunas ramas habrían cambiado» (*op. cit.*)

Sí ¡es triste! Después de haber observado, desde su nido de águila donde confluyen los hilos de la producción, todos los procesos parciales, Kautsky calcula finalmente cuánto tiempo de trabajo contiene cada producto acabado. Y con esto, «gracias a Dios», se termina. Pero luego, llega la diabólica técnica y convulsiona todos sus cálculos. ¡Cuán absurda es esta idea de la producción! La producción real funciona de manera tal que toda empresa tiene un producto acabado, que lleva en sí la medida del tiempo de trabajo. Con el progreso de la técnica o con cualquier aumento de la productividad, el tiempo de trabajo socialmente necesario para ese proceso parcial disminuye. En el caso de que el producto en cuestión sea un producto acabado para el consumo individual, pasará al consumo con una media reducida, y con esto basta. Pero si entra en la producción de otras empresas como medio de producción, entonces el consumo de (mp + mat. pr.) para aquella empresa desciende, esto es, los costos de la empresa disminuyen, y con ellas disminuye también el tiempo de trabajo

socialmente medio de su producto. Las oscilaciones que se originan de esta manera dentro de un grupo productivo se anulan por medio de una revisión del factor de productividad.

Las objeciones de Kautsky contra el cálculo del tiempo de trabajo se apoyan en el hecho de que no ve ninguna posibilidad de dar una forma concreta al trabajo socialmente necesario. Esta puede ser obtenida solamente cuando la dirección de la producción se encuentra en manos de los productores, mediante una *asociación de productores libres e iguales.*

De la praxis de la lucha revolucionaria de clase, que ha creado el sistema de los consejos, ha nacido también la concepción concreta de trabajo socialmente necesario.

V
EL TIEMPO DE PRODUCCION SOCIALMENTE MEDIO COMO BASE DE LA DISTRIBUCION

1. La distribución del producto en Leichter

Aunque Leichter pueda tener el mérito de haber considerado seriamente el cálculo del tiempo de trabajo, no obtiene conclusiones satisfactorias pará los distintos problemas porque aún está preso en el punto de vista capitalista respecto a la distribución del producto social. La distribución del producto de manera antagónica, tiene naturalmente, como condición, el dominio sobre los productores, y por ello, implica la dirección central de la economía sostenida por Leichter. Las tentativas de Leichter pueden ser caracterizadas por su concepción, del comunismo, como sistema de producción dirigido desde arriba y basado en el tiempo de trabajo socialmente medio. Igual que hemos visto cómo él piensa que no se puede acabar con la explotación, así veremos que paralelamente, los productores, deben perder todo control sobre el aparato productivo. *Y todo esto proviene del hecho de que no considera válida como base de la distribución la hora de trabajo socialmente medio.*

En una sociedad caracterizada por la división del trabajo, los productores deben obtener de las asignaciones, parte de los bienes de consumo social para el consumo individual. A este respecto, las asignaciones, sea como sean, de papel, aluminio o cualquier otro material, asumen la misma función que el dinero capitalista. El trabajador obtiene en asignaciones el equivalente de las horas de trabajo efectuadas. Estas asignaciones corrientemente vienen llamándose «dinero-trabajo», si bien no se trata de «dinero» en sentido capitalista. Sin perderse en observaciones teóricas, establez-

camos que este dinero-trabajo se apoya completamente en bases marxistas.

«Nótese que el «dinero-trabajo» de Owen puede ser considerado dinero, en la misma medida en que puede serlo un billete de teatro. El certificado de trabajo confirma solamente la participación individual en el trabajo social y el derecho individual en la parte de producto social destinada al consumo». (*El Capital*, vol. I, nota 50).

Ahora bien, Leichter, en su observación, nos lleva de nuevo a este tipo de dinero-trabajo para la distribución. Dice así:

«En verdad, tanto en la base del plan social de Bourguin, como en el expuesto aquí, está la idea de la distribución natural de los bienes en relación al trabajo efectuado por cada uno. El dinero-trabajo es solamente una forma de asignación de la parte de producto nacional, elegida por razones de técnica económica». (Leichter, *op. cit.*, p. 75).

Aunque estas observaciones de Leichter parecen totalmente inocentes, todavía se esconde una serpiente traidora en la hierba; precisamente donde habla de la «distribución en relación al trabajo efectuado por cada uno». La producción tiene en efecto, como base, la hora de trabajo socialmente medio, pero la distribución funciona según principios completamente distintos. En verdad, a los productores, a cambio de su fuerza de trabajo, les serán asignados productos según una norma que no tiene nada que ver con el cálculo del tiempo de trabajo. Los «fisiólogos de la nutrición» establecen cuántos y cuáles alimentos necesita el hombre para sobrevivir, y según esto «definen un número de horas que en cierto sentido constituyen el mínimo para la existencia». De esta manera, se determina la «ración mínima de subsistencia normal, científicamente calculada y equilibrada» (Leichter, *Ibidem*, p. 64). Esta ración mínima, establecida por los fisiólogos, es la base del pago. (Leichter *Ibidem*, p. 64).

Pero ¿qué tiene esto que ver con el cálculo del tiempo de trabajo en la producción? Este mínimo vale para el trabajador no cualificado, mientras que la «paga» del semicualificado se establece a un nivel ligeramente superior por medio de «acuerdos colectivos». Los acuerdos colectivos determinan la paga base, mientras que el «director de la empresa socialista (N.d.R.) define la retribución para cada trabajador» (Leichter, *Ibidem*, p. 64) partiendo de la capacidad de cada uno.

Está claro que los productores no verán nunca la empresa como parte de sí mismos, en tanto existan tales disparidades entre ellos. No se sentirán jamás responsables de la marcha de la producción, cosa que Leichter sabe muy bien. Por tanto, para él los responsables no son los mismos productores, o la empresa como organización empresarial en su conjunto, sino un *director*. Leichter dice que «el director de la empresa, sea como sea designado, lleva personalmente la responsabilidad de la empresa y puede ser sin más destituido como cualquier dirigente capitalista que no responda a las exigencias. Si está «desocupado» obtiene solamente la paga mínima garantizada por la sociedad, o será empleado en un puesto inferior y por tanto, menos remunerado. De esta manera la llamada «iniciativa privada» de los directores de empresa y de los dirigentes capitalistas, y su sentido de la responsabilidad, que se basa también en intereses personales, serán sustituidos y ganados para la economía socialista (*Ibidem*, p. 101). Todo esto no tiene necesidad de comentario. Es verdaderamente única la visión de Leichter, en la que el mínimo de subsistencia pende como una espada de Damocles sobre el jefe de los productores.

La estructura organizativa de la producción está determinada por la distribución. Los trabajadores de las empresas se encuentran en una contradicción insalvable con la dirección empresarial, y esto porque el trabajador no establece su relación con el producto social directamente por medio de su trabajo.

Ocupémonos ahora de los precios de los productos. Por lo menos, debemos esperar que el tiempo de producción socialmente medio determine el precio de los productos, pero esto no se verifica en absoluto. Leichter es muy oscuro en este punto, pero resulta evidente que los productos entran en la sociedad con un precio superior. El habla, por ejemplo, de beneficio, que sin embargo no va a la empresa, sino a una caja común. Estos beneficios son puestos por parte de este fondo común a disposición de la expansión de las empresas. Este fondo de beneficios resulta, por tanto un *fondo de acumulación*. Volveremos más tarde sobre la acumulación; por ahora constatemos que para Leichter el tiempo de producción no está expresado en el precio de los productos. La verdad es que la dirección centralizada de la producción establece los precios. Esta lleva por tanto una política de precios, destinada entre otras cosas, a garantizar medios de acumulación. La dirección centralizada que tiene pues el derecho

de disponer de los productos tiene también la posibilidad de explotar a los productores a su voluntad. En ausencia de una relación directa entre el productor y el producto, por medio de una «política de precios» se mantienen las relaciones salariales capitalistas.

Como sabemos, la economía marxista ve en la producción capitalista tres categorías de salarios: 1) el salario nominal; 2) el salario real; 3) el salario relativo.

El *Salario nominal* es el precio en dinero de la fuerza de trabajo. En el comunismo de los fisiólogos de la nutrición corresponde al número de horas de trabajo que son pagadas a un obrero, por ej., 40 horas de trabajo efectivo.

El *Salario real* es la cantidad de producto que puede ser obtenida a cambio del salario nominal. Mientras el salario nominal pueda mantenerse constante, el salario real aumenta cuando los precios de los productos descienden y desciende cuando el precio de los productos aumenta. La dirección central de Leichter hace una «política de precios», naturalmente (!) en interés de los productores. Pero esto no cambia nada el hecho de que es la dirección quien determina el salario real, a pesar de todos los «acuerdos colectivos» que pueden ocuparse sólo del salario nominal. El productor no tiene nada que decir porque la determinación de la política de precios está reservada a los señores de la «estadística».

El *Salario relativo* es la relación entre el salario real y las «ganancias del empresario». Así, por ejemplo, es posible que el salario real quede intacto mientras el salario relativo desciende, porque el beneficio aumenta. Leichter pone el acento en la «racionalización» de las empresas. Esto significa una tendencia hacia una mayor productividad, la creación constante de un sobreproducto con la misma fuerza de trabajo; en otras palabras: el tiempo socialmente medio de producción necesario para la obtención de los productos, desciende constantemente. En Leichter, la relación entre productor y producto no se fija en la misma producción. El parece conocer solamente máquinas para producir, dotadas de inteligencia, y nutridas sobre la base de lo que ha sido establecido por los fisiólogos de la nutrición, pero que no tienen necesidad de aumento de calorías cuando provocan un aumento de la masa de productos. No obstante quizás estas máquinas de trabajo, obtengan algo con un aumento de la riqueza, pero esto no es del todo seguro.

Lo importante es que los propietarios del aparato productivo, mediante el cálculo del tiempo de trabajo, puedan disponer del sobreproducto.

Así se ve cómo el concepto de tiempo de trabajo socialmente medio no tiene sentido si no es al mismo tiempo, asumido como base de la distribución. Si la relación entre productores y productos está determinada de manera inmediata en los productos, entonces no hay espacio para una «política de precios», y el resultado de la mejora del aparato productivo beneficia *automáticamente a todos los consumidores*, sin que nadie *asigne nada*. El hecho de que en Leichter se puedan reconocer las tres categorías capitalistas de los salarios, demuestra que también *sus planes de producción están basados en la explotación*.

2. El comunismo de Estado de Varga como factor de distribución

Leichter no es el único en buscar la solución en la política de precios; también Varga hace de ello el punto clave de la distribución comunista. No concuerda, sin embargo, con sus colegas Neurath, Leichter, etc., siendo su línea, en principio favorable a una igual distribución del producto social. En el período de transición no habrá una interrupción inmediata de la explotación, porque se tendrá una «generación de trabajadores corrompida por el capitalismo, educada en una ideología ávida y egoísta» —Varga, *Die Wirtschaftspolitischen probleme der proletarischen Diktatur* (Los problemas de la Política Económica de la Dictadura del Proletariado p. 42), que se opone y se opondrá a una distribución uniforme de los productos [23].

[23] Varga dice exactamente: "En teoría es indudable que el modo de producción comunista es muy superior a la anarquía capitalista; pero ahora discutimos todas las dificultades prácticas del período de transición. Todas estas dificultades —repitámoslo— provienen esencialmente del hecho de que no todos los medios de producción pueden ser expropiados al mismo tiempo, por otra parte, la generación obrera, que toma posesión de los medios de producción expropiados, ha sido educada y corrompida por una ideología de interés personal y egoísta. La superestructura ideológica puede seguir por tanto con retraso el cambio de la base material". (Viena 1920).

Es conocida la manera en que los obreros cualificados miran con cierto desprecio a los no-cualificados, y cómo el sentido de la justicia asigna a cuantos ejercitan profesiones intelectuales, como doctores, ingenieros, etc., una parte mayor del producto que a los trabajadores «comunes». Hoy, generalmente, se aduce que la diferencia es demasiado grande, pero que a fin de cuentas... un ingeniero no es ciertamente un barrendero. Habrá que esperar para saber cuánto tiempo necesitará la clase obrera para cambiar esta ideología en el curso de la revolución. Es, sin embargo cierto que una transformación así debe llegar cuanto antes, después de la revolución, ya que una distribución antagónica de los productos crea siempre nuevas discordias y roces en el seno de la clase obrera.

Varga, en el escrito citado, ha expuesto sus experiencias y observaciones teóricas sobre la república de los Consejos en Hungría. Para el estudio de la economía comunista, la historia húngara verdaderamente es esencial, porque la teoría del comunismo de Estado se ha llevado allí a la práctica, y la praxis se ha teorizado. En Hungría, el comunismo estatal se ha construido a conciencia y en condiciones tan favorables, que «los cambios y las transformaciones organizativas en Hungría, se han desarrollado de manera más rápida y enérgica que en Rusia (Varga, *Ibidem*, p. 178). La estructuración se ha hecho, según el modelo de Hilferding, por medio de un «cártel general» (Varga, p. 122) en el cual el Estado, como director general de la producción y distribución, tiene el derecho a disponer de todos los productos. Lo que aún venía produciéndose en términos de «libre» economía capitalista era incautado por el Estado, y así éste último dominaba toda la producción.

En la distribución, el primer problema era el de la relación entre materias primas y medios de producción con las empresas. Para esto, el Consejo Supremo de Economía había formado diversas centrales para las materias primas que asignaban a las empresas la cantidad considerada útil y necesaria. Pero estas centrales no eran solamente organismos de distribución; tenían, al mismo tiempo, la función de instrumentos de poder político y económico porque, por medio del abastecimiento de materiales, tendían a la concentración de la producción. Las empresas que «desde arriba» se quería que fueran bloqueadas, eran sencillamente marginadas del abastecimiento de materiales, y el personal de la empresa terminaba en la calle. Claro es que los trabajadores se oponían a

tal proceso de concentración, que para ellos tenía consecuencias económicas iguales a las del capitalismo. En la práctica se les enseñaba que los productores *no* tienen el derecho a disponer del aparato productivo. Este derecho pertenecía a los empleados estatales del Consejo Supremo de Economía que venía así a encontrarse en un contraste insalvable con los productores (cfr. Varga, *ibid.*, p. 71).

Notemos a este respecto que probablemente la «concentración desde arriba» se realiza más velozmente que la «concentración desde abajo», pero el precio que se debe pagar por la aceleración está constituido por el derecho de los productores a disponer del aparato productivo... esto es, por el mismo comunismo.

Ya sabemos que el comunismo de Estado de Varga desconoce cualquier medida económica para la distribución de las materias primas y de los medios de producción. La asignación de los materiales necesarios para la marcha productiva de las empresas funciona por medio de «decisiones personales», y no es determinada por la marcha real de la producción. De esta manera, la producción fracasa tanto en el campo social como en el político y se encuentran en un estado de dependencia frente a quienes *asignan* los productos; en sentido económico, porque en una distribución decidida en base a valoraciones *personales*, la reproducción no es necesaria. Varga es un «administrador de bienes» que a fin de cuentas opta por el proyecto de Neurath de productores-distribuidores centralizados, en el cual se contempla una producción y una distribución sin unidad de medida.

Se habla de precios y de salarios en dinero, que deben ser superados por la producción de bienes.

Junto a esto no queda ningún medio, en absoluto, para valorar la racionalización del aparato productivo, y con esto cualquier producción planificada no funciona. Resulta imposible reservar para el período siguiente una cantidad de producto igual a la consumida por la producción en el período precedente.

Abandonando el caos del comunismo de Estado de Varga, necesitaremos basar la producción en una unidad de medida que no puede ser otra que el *tiempo de producción socialmente medio*. De esta manera, se pone fin a toda asignación que dependa del arbitrio personal. Si las empresas calculan sus gastos en horas trabajadas con la fórmula (mp + mat. pr.) + ft, mediante *la misma producción real* se determina la cantidad de producto

que debe asignarse a la empresa bajo la forma de medios de producción y materias primas, para el siguiente período de trabajo. El elemento «personal» queda de esta manera excluido automáticamente, y no existe ningún derecho central a disponer del aparato productivo, ya que la dirección de la producción y distribución está en manos de los productores. La distribución para la satisfacción del consumo personal se realiza también en Varga mediante una asignación realizada por personas. La verdad es que no cabe esperar nada distinto, ya que producción y distribución están funcionalmente unidas. El ve como ideal una asignación natural, sin ningún elemento económico de medida, igual que para el proceso productivo material. Y así establece para todos los consumidores la ración de producto, que se puede obtener en las cooperativas de consumo. Pero ya que «provisionalmente existirán precios y salarios en dinero», debemos plantearnos el problema de la «definición de los precios por parte del Estado» (Varga, *Ibidem*, p. 147).

«¿Cuáles deben ser los precios de los productos estatales? Si las mercancías producidas por el Estado fueran vendidas a precios equivalentes a sus costos de producción, no habría excedente suficiente para mantener a los estratos improductivos de la población antes citados. (Tal se consideran soldados, administrativos, maestros, desocupados, inválidos, enfermos, etc.) (N.d.R.) No existiría, además, la posibilidad de acumular medios de producción, cosa que en el Estado Obrero, es aún más necesaria que en el capitalista, para la elevación del nivel de vida de los habitantes. Por ello, todos los bienes del Estado deben ser vendidos a un precio de producción». Con esto se entiende *el precio equivalente a los costos de producción más un plus para la cobertura de los costos de mantenimiento de los que no trabajan, más un plus que haga posible una acumulación real* (N.d.R.). En otras palabras: los precios de venta deben ser definidos de tal manera que el Estado no tenga un déficit, sino que más bien, obtenga un excedente para la realización de nuevas empresas productivas. Esta es la solución fundamental (Varga, *Ibidem*, p. 147).

3. El dominio sobre el productor por parte del aparato productivo

En la práctica, la «definición de los precios» consiste en esto, es decir, en la realización por parte del Estado, de «una política de precios».

Sin duda, Varga ve en esto una política de clase, ya que quiere aplicar impuestos no tanto a los géneros de primera necesidad para los trabajadores, como el pan y el azúcar, sino a los productos «de lujo». A esta diferencia de tasación le otorga más un valor de la propaganda que un valor económico, porque sabe muy bien, que las enormes sumas devoradas por el Estado, provienen a fin de cuentas de las masas, esto es del proletariado.

Esta «política de clase», por muy buena voluntad que encierre, desvela hasta el fondo la podredumbre a que llega la distribución en el comunismo de Estado. Muestra claramente que, mediante su trabajo, el trabajador no determina automáticamente la parte de producto social a la que tiene derecho, ya que esta parte se fija en las altas esferas y en base a decisiones *personales*. Si se da este paso, la antigua lucha por ocupar posiciones de mando proseguirá bajo nuevas formas. Está claro que quienes detentan el poder político del Estado, tienen también el poder de disponer del conjunto del producto social, y pueden dominar la distribución, mediante la «política de precios». Se trata de la antigua lucha por las posiciones de poder, que se desarrolla sobre las espaldas de los consumidores. Añadamos que los salarios están también determinados por el Consejo Supremo de la Economía (cifr. Varga *Ibid.* p. 75), y así se completa el cuadro de la esclavización de masas del comunismo de Estado. La facultad de hacer inútiles los aumentos de salarios con la política de precios, está en manos de la dirección central de la producción. Queda claro pues, que la clase obrera, con la construcción del comunismo de Estado, crea un aparato productivo que se eleva por encima de los productores y que crece hasta convertirse en un aparato opresor todavía más difícil de combatir que el aparato capitalista.

Esta relación entre dominadores y dominados queda velada mediante las formas democráticas de la organización de la distribución. El 20 de Marzo de 1919, en Rusia, se dio un decreto que obligaba a toda la población rusa a asociarse en cooperativas de consumo.

«Todas estas cooperativas, que en sus zonas de pertenencia

tenían facultad para decidir, fueron después fundidas en un conjunto orgánico, y los consumidores, mediante reuniones y congresos, determinaban la marcha de la producción: eran «dueños de su propia casa». Si bien, la fuerza estimuladora para asociarse y formar cooperativas era el Estado, después de la fundación de la organización, la distribución de los productos fue dejada totalmente en manos de la misma población». («Correspondencia rusa», 20 enero 1920, Varga, *Ibid.* p. 126).

Según la «Correspondencia rusa», la actividad organizadora del Estado había puesto en pie en sólo 5 meses el enorme aparato distributivo. Es cierto que la dictadura del partido comunista en Rusia ha realizado en este sentido un trabajo gigantesco, y ha dado un espléndido ejemplo de cómo, en poco tiempo, los consumidores pueden construir su aparato para la distribución. Pero una vez que los consumidores son «dueños de su propia casa», la cuestión que el comunismo plantea, es la relación entre productor y producto, cuestión que no se resuelve. Esta decisión corresponde a las oficinas de la dirección central. Los consumidores pueden distribuir después los productos de manera independiente, pero según las normas definidas por la política de precios.

VI
EL TRABAJO SOCIAL GENERAL

1. Las empresas por TSG

Hasta ahora, hemos tomado en consideración solamente aquellas empresas que dan productos tangibles o medibles. Hemos dicho también que en otras empresas no existe un verdadero producto, aunque sean indispensables para la vida social. Hemos hablado, por ejemplo, de los Consejos económicos y políticos, de la organización escolar y hospitalaria, en general de todas las instituciones «culturales y sociales». Estas no dan origen a ningún producto propiamente dicho. Su actividad tiene como resultado el usufructo inmediato por parte de la sociedad de los servicios que ofrecen, realizando así su producción al mismo tiempo que la distribución. Otra característica de estas empresas, es que, en la sociedad comunista producen «gratuitamente», y están a disposición de quien las necesite. En este tipo de empresas, se realiza el principio de «tomar según las propias necesidades». La distribución se hace sin ninguna medida económica: las definiremos como empresas por Trabajo Social General (TSG) o bien *Empresas públicas* en contraposición a las empresas que producen obteniendo directamente algo a cambio, y que llamaremos *Empresas productivas.*

Está claro que esta diferencia produce complicaciones en la administración comunista. Si todas las empresas dieran origen a productos tangibles, habría poco que decir sobre la producción comunista. Bastaría distribuir las empresas teniendo en cuenta los medios de producción, las materias primas, y la fuerza de trabajo, y la producción sería muy simple; a cada uno le correspondería

dentro de la empresa un salario correspondiente al *valor completo de su fuerza de trabajo*. De esta manera, el tiempo de trabajo daría la medida directa de la parte del producto social que a cada uno le corresponde consumir. Pero las cosas no son así. Las Empresas Públicas consumen medios de producción, materias primas y medios de subsistencia para los obreros que trabajan en ellas, no aportando ningún nuevo producto a la masa general de estos. Por tanto, todo lo que se consume en las empresas públicas debe ser sustraído de la masa de productos provenientes de las empresas productivas. Esto, sin embargo, lleva a la consecuencia de que los trabajadores *no* obtienen el «fruto íntegro de su trabajo» en las empresas y que el tiempo de trabajo no puede ser la medida directa de la parte de producto social que cada cual puede consumir; en efecto, deben consignar una parte de lo que producen a favor de las empresas públicas. Esto parece que rompe la relación exacta entre productor y producto social, y aquí está el problema que da tantos quebraderos de cabeza a los economistas.

La cuestión es, pues, cómo puede resolverse esta dificultad. Para todos los economistas que se han ocupado de la economía comunista, este es un punto delicadísimo. De esta dificultad, entre otras, es de la que nace el proyecto de Neurath de la central de producción-distribución, con la tarea de asignar a cada uno la parte de producto social que le corresponde, conforme a su «nivel de vida». Otros desarrollan este punto de vista de manera no tan consecuente y quieren resolver el problema por medio de impuestos indirectos (Rusia); pero en todas estas soluciones, la determinación de la parte que se asigna a los productores para el consumo individual queda en una gran oscuridad. Sin embargo, todos están de acuerdo en un punto: para resolver la cuestión se impone la necesidad de una direción y una administración centrales de la economía, y ya no se puede hablar de relación exacta entre productor y producto. En esto se encuentra la razón de que en un «comunismo libertario» a lo Sebastián Faure, se opte por una economía dirigida desde arriba.

Ya que en la solución de este problema están las más profundas raíces del comunismo de Estado, es necesario ocuparse de este punto con particular atención. En efecto, sería concebible una solución tan sólo después del período revolucionario de 1917-23, cuando fue posible realizar de manera concreta, mediante el sistema de los Consejos, el pensamiento de Marx y de Bakunin de

que «no es el Estado sino la alianza de libres asociaciones en la sociedad socialista», quien construye el comunismo.

2. La política de precios de Leichter

El primero que se acercó a la solución de este problema fue Otto Leichter, precisamente porque fue el primero en alentar la economía comunista sobre el terreno del «cálculo de los costes». Pero ni siquiera él llega a una solución satisfactoria, al no ser capaz de usar de manera correcta la categoría del tiempo de trabajo socialmente medio en la producción y distribución. Leichter concebía toda la economía como un cártel gigante, el «cártel general» de Hilferding.

Se trata de ver cómo abordar el tema de los servicios (para nosotros definidos como empresas públicas). No queriendo seguir la vía de los impuestos indirectos, busca otros medios. Y los encuentra, pero a costa del concepto de tiempo de trabajo socialmente medio. Como Kautsky, tampoco sabe resolver el contraste entre la media de cada empresa (¿valor medio?) y la media social. Pero no por esto renuncia al cálculo del tiempo de trabajo. No calcula la media social de toda una «corporación», sino que establece el «precio» de un producto en base a la empresa peor estructurada, donde los costos son por tanto, los altos. Con esto consigue que las otras empresas trabajen con un beneficio que se mete en la caja general de toda la sociedad. A propósito de las empresas que obtienen beneficio, dice:

«Estas obtienen una diferencia, o sea —hablando en términos capitalistas— superbeneficios, que naturalmente no deben corresponder sólo a estas fábricas, si no que —usando de nuevo un término capitalista— deben ser destinados a otra cosa». (Leichter, *op. cit.*, p. 31).

Si bien Leichter considera evidente valorar el flujo de los productos por medio del tiempo socialmente necesario, no razona en consecuencia, desconociendo, como ya hemos podido constatar, el tiempo de trabajo socialmente medio. Veremos que en seguida tratará de obviar esto, pero la ambigüedad permanece. Además, para Leichter esta fuente de ingresos es insuficiente y no es, ni siquiera la principal. Indagando posteriormete sobre el problema, llega a plantearlo de manera exacta, lo que supone un notable progreso con respecto a todo lo que se había dicho en este campo.

Lo primero que hace es sumar todos los gastos públicos, y después establecer cuántas horas de trabajo se han empleado globalmente a lo largo de un año por todos los productores (está claro que esto implica una contabilidad social global). De esta manera, obtiene dos números que puestos en relación dan una proporción. Ya que todos los cálculos se basan en el tiempo de trabajo, el número que resulta, corresponde al número de horas de trabajo que deben prestarse para obtener los servicios públicos. Así se logra saber cuánta fuerza de trabajo, gastada directamente en las empresas productivas, debe ser añadida a los precios de los productos para cubrir los gastos generales.

Cada lugar de producción deberá establecer todos los años, en la redacción del balance general, o por hablar de manera socialista, en la redacción del plan económico, una cifra para la organización de toda la fábrica». (Leichter, *Ibid.*, p. 65). «La suma total de los gastos de organización que recaen sobre la producción se ponen en relación con otra cantidad, quizá la más adecuada a la del número total de horas de trabajo empleadas en la producción y distribución. La relación resultante se adjuntará a la suma de los salarios pagados, de tal forma que en el precio de las mercancías estarán comprendidos los gastos sociales. Sería, sin embargo, una injusticia y resultaría casi un impuesto indirecto si se quisiese adjuntar por igual no la tasa de los gastos a todas las mercancías, tanto a las más primarias como a las más lujosas, a las más simples como a las más complejas, a las que son imprescindibles como a las más superfluas. Será una de las tareas principales del parlamento económico o de la Dirección Suprema de la Economía, el establecer para cada rama de la industria, o para cada producto, la tasa de gastos de organización; siempre, sin embargo, de tal manera, que los ingresos sean igual al total de los gastos. De esta manera, habrá también la posibilidad de influir en la política de precios desde un punto de vista centralizado...» (Leichter *Ibid.* p. 66).

Esta concepción de Leichter es muy extraña. Para evitar posibles críticas a los impuestos indirectos, no quiere que todos los miembros de la sociedad paguen lo mismo por los organismos escolares, por la cura de los enfermos, por la distribución, etc. Evidentemente, el peso mayor se caerá sobre quienes obtienen ingresos más altos, mas bien que sobre los trabajadores, quienes tienen el «placer» de subsistir gracias a los principios de los

fisiólogos de la nutrición. Debemos decir claramente que, para nosotros, este procedimiento adquiere precisamente el carácter de impuestos indirectos. Se trata de sostener los gastos de subsistencia de todas las organizaciones sociales. ¿Por qué los «ricos» deben pagar más que los que se nutren con el «mínimo fisiológico»?

¿No habla aquí quizás, la mala conciencia de Leichter, sucia causa de la desigual distribución del producto social?

Dejemos lo superfluo de su disertación y preguntémonos concretamente: ¿de qué forma afronta Leichter los gastos generales? La respuesta es: «Por una parte, por medio de los beneficios de las empresas, y por otra, por medio de impuestos indirectos». Da la impresión de querer imponer la misma tasa a todos los productos, pero en la práctica, la cifra a añadir define «para cada rama de la industria o para cada producto». A cual producto más, a cual menos es algo que se establecería mediante las relaciones de poder de la sociedad de clases, que Leichter nos propone. Se definiría también, en función de la fuerza que los trabajadores estuvieran en condiciones de oponer a su «dirección suprema». Constatamos por tanto, que Leichter no es capaz de resolver el problema. Su «relación exacta» salta en pedazos en la práctica.

3. La distribución

No era necesario, ni siquiera en una distribución desigual de los productos, seguir la vía de los impuestos indirectos y la política de precios. El problema estaba planteado correctamente en lo referente a la cuestión central. Los costos sociales pueden ser soportados solamente por la fuerza de trabajo proporcionada directamente. Todo esto resulta claro si se mira «desde arriba» todo él, económico en su simplicidad, y formulándolo lo más sencillamente posible, puede ser expresado con las siguientes palabras:

La sociedad da origen mediante la producción a miles de productos distintos, en los cuales está expresado el número de horas socialmente necesarias para su producción. Lo que se saca de esta masa de productos sirve en primer lugar para la renovación de los medios de producción y las materias primas de las empresas productivas; lo mismo vale para las empresas públicas, mientras que los productos son consumidos por todos los trabajadores. De esta manera, todo el trabajo social es absorbido por la sociedad.

Se tiene, por tanto que primeramente las empresas productivas extraen de la masa de productos sus gastos, bajo la forma de medios de producción y materias primas. Esto no significa sino que todas las empresas, después de haber calculado cada una por su cuenta el consumo de medios de producción y materias primas, y al haber tenido en cuenta en el cálculo los costos de sus productos, pueden renovar este material precisamente en la medida establecida por los cálculos anteriores. Formulemos una vez más el esquema de produción del total de las empresas; así se obtiene:

MP + MAT. PR. + FT = Masa de los productos
100 mil + 600 mil + 600 mil = 1.300 mil de horas de trabajo

En este caso, el conjunto de todas las empresas consume 700 mil de horas de trabajo (en mp y mat. pr.). Estas son sustraídas del total del producto social, y queda una masa de productos que contiene 600 Mil de horas de trabajo.

Así, las empresas públicas sustraen de esta masa de productos sus medios de producción y sus materias primas, y lo que queda sirve para el consumo de los trabajadores.

Para poder definir concretamente este tipo de distribución es necesario conocer el consumo total de las empresas públicas. Llamando mp. p. a los medios de producción, mat. pr. p. a las materias primas y ft. p. a la fuerza de trabajo necesaria para estas empresas públicas (p., como abreviatura de público) se puede representar la composición de las empresas públicas, por ejemplo, así:

(MP. p. + MT. PR. p.) + FT. p. = Servicios públicos
8 M. + 50 M. + 50 M. = 108 M. de horas de trabajo

Así podemos dar otro paso adelante. Del producto constituido por los 600 mil de horas de trabajo de las empresas productivas, se sustraen 58 mil, para los medios de producción y las materias primas en las empresas públicas, de forma que quedan aún 542 mil para todos los trabajadores. La pregunta que aparece ahora es qué significa esto para cada trabajador. Para responder a esta pregunta deberemos establecer primeramente cuál es la cantidad de fuerza de trabajo absorbida por las empresas públicas. Después de esto, el problema estará resuelto.

En las empresas productivas se han desarrollado 600 mil de horas de trabajo, y en las empresas públicas 50 mil. El total para todos los trabajadores es, por tanto, 650 mil. Pero sólo 542 mil de estas horas están disponibles para el consumo individual; sólo una parte del importe de la fuerza de trabajo está a disposición del consumo individual, y esta parte, para cada trabajador, viene dada por 542 : 650 = 0,83. Se tiene por tanto que *a ningún trabajador le corresponde en las empresas, el fruto íntegro* de su trabajo, sino sólo una parte, en este caso el 0,83. El número así obtenido, es la parte remunerada en las empresas, mediante dinero-trabajo, de la fuerza de trabajo individual, al que llamaremos *factor de pago* («factor de consumo individual» = FIC). En nuestro ejemplo es 0,83, lo que significa que si un trabajador ha trabajado 40 horas, obtiene sólo 0,83 X 40 = 33,2 en dinero-trabajo, que corresponden a la parte de producto social de la que puede disponer libremente. Poniendo, en forma general lo que hemos dicho, resulta la fórmula mediante la cual se obtiene el FIC. Se trata de la composición de la FT. De ésta se sustraen los MP p. y las MAT. PR. p.;queda por tanto FT —(MP.p. + MAT. PR.p.). Este resto se distribuye entre las horas de trabajo de las empresas productivas y las públicas, esto es FT + FT.p., y de aquí sale lo que está a disposición de cada trabajador:

$$\frac{FT-(MP.p. + MAT.\ PR.\ p.)}{FT + FTP.}$$

Para mayor claridad sustituiremos las letras de la fórmula con los números de nuestro ejemplo, y determinaremos el factor de consumo individual FIC.

$$FIC = \frac{600\ Mil - 58\ Mil}{600\ Mil + 50\ Mil} \quad \frac{542\ M.}{650\ M.} = 0,83$$

Este cálculo es posible si todas las empresas llevan una buena contabilidad de su consumo de mp., mat. pr., y ft. La contabilidad general de la sociedad, que registra el flujo de los productos, (simplemente con operaciones de giro) dispone de manera sencilla, de todos los datos que son necesarios para la determinación del

factor de pago. Se trata de los valores, en horas de trabajo, de FT. FT, MP.p., MAT. PR.p., y FT.p., calculadas por medio de simples sumas efectuadas en cada ejercicio.

En este tipo de producción y distribución, a nadie concierne la tarea de «asignar» la parte de producto social que le corresponde a cada uno. No existe una distribución dirigida por personas, sino que la distribución resulta del desarrollo real de la producción. Precisamente porque la relación entre productor y producto está contenida en el mismo producto, nadie debe «asignar» nada. Y esto explica también el secreto de por qué el aparato estatal no tiene nada que ver con las cuestiones económicas. Toda la producción y la distribución se apoya en un terreno real porque, gracias a esta relación, son precisamente los productores y consumidores quienes pueden decidir todo el proceso.

En diversas conferencias que hemos dado a propósito de estas cuestiones, ha aparecido entre los asistentes la duda de si la contabilidad social general podría desarrollarse de forma tal que se convirtiese en un nuevo organismo de explotación, al tener la tarea de determinar el FIC. Por ejemplo, podría calcular este factor haciéndolo aparentar inferior a lo que realmente fuese.

En realidad, no existe ninguna base para la explotación. En la sociedad comunista existen sólo las organizaciones de empresa. Sean cuales sean las funciones que puedan tener, se mueven dentro de los límites de su presupuesto. La contabilidad general no es otra cosa que una organización de empresa (del tipo TSG), y sólo puede actuar dentro del terreno de sus competencias. No puede ejercitar ningún poder sobre el conjunto del aparato económico, porque la base material del funcionamiento económico de la sociedad está completamente en manos de la sociedad misma. Por el contrario, en toda economía en que la relación entre productores y producto no sea exacta, sino que sean *personas* las que la determinen, forzosamente se desarrollará un aparato de explotación, incluso una vez eliminada la propiedad privada de los medios de producción.

4. La socialización de la distribución

En nuestras consideraciones sobre el factor de pago examinaremos ahora un tema que se encuentra directamente relacionado: *se*

trata del proceso de crecimiento en la dirección del comunismo puro.

Una de las características esenciales de las empresas públicas reside en el hecho de que en éstas se realiza el principio de «tomar según las propias necesidades». En efecto, la medida de la hora de trabajo no tiene ningún valor en su tipo de distribución. Con el crecimiento del comunismo, este tipo de empresa se desarrollará cada vez más, de modo que el aprovisionamiento de víveres, el transporte de personas, la asignación de viviendas, en pocas palabras, la satisfacción de todas las necesidades sociales, se irán asentando en estas bases. Este tipo de desarrollo es un proceso que, desde el punto de vista técnico, podrá ser llevado a cabo rápidamente. Cuanto más se desarrolle la sociedad en esta dirección, mayor será el número de productos que se distribuyan según este principio y menor será la importancia del tiempo de trabajo individual como medida para el consumo individual. Aunque el papel del tiempo de trabajo consista en ser la unidad de medida de la distribución individual, esta medida desaparecerá con el paso del tiempo. Recordemos lo que dice Marx a propósito de la distribución:

«El carácter de la distribución cambiará junto al carácter específico de la organización de la producción social, y al correspondiente nivel de desarrollo histórico de los productores. Es sólo para establecer un paralelo con la producción de mercancías, por lo que ponemos la condición de que la parte de medios de sustento que corresponde a cada productor esté determinada por su tiempo de trabajo». Lo que nuestras observaciones demuestran es que, de esta manera, se define claramente la vía hacia una forma superior de distribución. Mientras la distribución sea progresivamente socializada, el tiempo de trabajo sigue siendo la medida de la parte de producto social a distribuir individualmente.

El proceso de socialización de la distribución no se produce automáticamente, sino que está ligado a la iniciativa de los trabajadores. Y también existirá espacio para esto. Una vez que la producción esté organizada de tal forma que una rama específica de ésta, que da origen a un producto acabado para el consumo individual, funcione perfectamente, nada impide que esta empresa pase a formar parte de las empresas públicas (TSG). Todos los cálculos en estas empresas siguen siendo los mismos, y los trabajadores no tienen necesidad de esperar a que resulte cómodo para

los señores o a que estos señores piensen que está suficientemente controlado el susodicho ramo de la producción. Ya que cada empresa y cada complejo de empresas son una unidad cerrada en lo que se refiere a los cálculos, son los productores mismos quienes pueden realizar la socialización.

La producción, gracias a la autogestión, es muy móvil, hecho que acelera y no obstaculiza el desarrollo del proceso. Así, por ejemplo, es evidente que el desarrollo de la socialización se verificará con distintos ritmos según los lugares, ya que en una empresa la necesidad de organizaciones culturales puede ser más apremiante que en otra.

Gracias a la movilidad de la producción, también estas diferencias en el crecimiento son posibles. Si, por ejemplo, los trabajadores de un distrito quieren abrir un número mayor de bibliotecas públicas, pueden hacerlo sin ningún problema. De esta forma, se añaden al conjunto de las empresas por TSG nuevas instituciones que tienen un valor local, de modo que los gastos necesarios deben correr por cuenta del distrito interesado. El FIC, cambiará para el distrito de que se trate, quedando inalterada la relación entre productor y producto social. Así serán los mismo trabajadores quienes articulen su propia vida según miles de posibilidades diferentes.

El proceso de crecimiento del «tomar según las propias necesidades» se mueve dentro de límites fijos, siendo una operación consciente de la sociedad, mientras que la velocidad de este crecimiento está determinada principalmente por el *nivel de desarrollo* alcanzado por los consumidores. Cuanto antes aprendan estos a usar con parsimonia del producto social, o sea a no despilfarrarlo inútilmente, antes se podrá socializar la distribución. En el cálculo de la producción global no hay mucha diferencia por el hecho de que existan muchas o pocas empresas por TSG. Una vez que una empresa, que antes ponía en circulación sus productos para el uso privado a cambio de dinero-trabajo, decide convertirse en una empresa por TSG, se tiene que el presupuesto por TSG aumenta, mientras que la masa de medios de sustento obtenibles por medio del dinero-trabajo, decide convertirse en una empresa por TSG, se tiene que el presupuesto por TSG aumenta, mientras que la masa de medios de sustento obtenibles por medio del dinero-trabajo disminuye progresivamente. El factor de pago disminuye pues, progresivamente con el crecimien-

to del comunismo. Probablemente no desaparecerá nunca del todo, porque está en la naturaleza de las cosas que sólo aquéllas empresas que produzcan para satisfacer las necesidades de todos, puedan convertirse en empresas públicas. Las necesidades más particulares, que nacen de las características particulares, que las distintas personas, no podrán, con toda probabilidad, integrarse en la distribución social.

Estas, sin embargo, son cuestiones accesorias; lo principal es que la vía hacia la socialización esté definida con claridad y de antemano.

Los «marxistas» oficiales definen estas observaciones como «puro utopismo» que no tiene nada que ver con Marx. Respecto a la acusación de utopismo, la consideraremos en nuestras conclusiones. En lo que respecta a la concepción de Marx, a propósito de esto, podemos decir que concuerda perfectamente con la nuestra. En efecto, sobre la fase superior del comunismo que nosotros consideramos la de la distribución socializada, Marx dice:

«En una fase más avanzada de la sociedad comunista, después de desaparecer la subordinación servil de los individuos a la división del trabajo, y por tanto también la contradicción entre trabajo intelectual y manual, cuando el trabajo se haya convertido no sólo en un medio de vida, sino en la primera necesidad de la vida; después de que con el desarrollo completo de los individuos aumenten también sus fuerzas productivas, y todas las fuentes de riqueza colectivas corran en abundancia, sólo entonces podrá ser sobrepasado el estrecho horizonte jurídico burgués, y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡A cada cuál según su capacidad, a cada cual según sus necesidades!». (C. Marx, *Crítica del Programa de Gotha*).

También Marx piensa que esto es el resultado de un proceso de desarrollo.

«Aquélla con la que tenemos que tratar es una sociedad comunista, no como si se hubiese desarrollado sobre su propia base, sino al contrario, como aparece, fuera de la sociedad capitalista: que lleva aún en cada resultado económico, moral y espiritual las impresiones maternas de la antigua sociedad de la cual salió, por esto cada productor recibe, después de las retenciones, lo que él

ha dado. Lo que él da a la sociedad, es su parte de trabajo individual. Por ejemplo, la jornada de trabajo social es la suma de las horas de trabajo individual. El tiempo de trabajo individual de cada productor es la parte de la jornada de trabajo social que ha prestado, su participación en ella. El recibe de la sociedad un documento que acredita que ha efectuado tanto trabajo (después de la retención del trabajo para los fondos comunes) con este documento retira del fondo social tantos medios de consumo, como trabajo ha efectuado. La misma cantidad de trabajo que él ha dado a la sociedad en una forma la recibe, a cambio, en otra». (C. Marx, *Crítica al Programa de Gotha, p. 378*).

5. Empresas mixtas

Nuestras observaciones respecto al factor de «consumo individual» (FIC) se basan en el hecho de que las empresas *productivas* se reproducen completamente por sí mismas, mientras que los gastos de las empresas *públicas* corren a cargo de la fuerza de trabajo de las empresas *productivas*. De esta forma continúa a disposición del consumo individual el equivalente de las horas de trabajo correspondiente FT — (MP.p. + MAT. PR.p.). Con el posterior desarrollo del comunismo los cálculos cambian, porque existen varias empresas que trabajan en parte para el consumo individual y en parte para el resto de la producción. Esto es válido, por ejemplo, para las empresas eléctricas. La iluminación y la calefación de las casas privadas responde a una necesidad individual, pero este producto también se emplea en forma de iluminación y fuerza eléctrica, como materia prima en el resto de la producción. Sin embargo, una vez que la sociedad ha madurado, tanto desde el punto de vista productivo como social, hasta el punto de dar gratuitamente la electricidad para el consumo *individualmente necesario*, aparece un nuevo tipo de empresas que son en parte de tipo *productivo* y en parte *público*. Estas empresas las definimos como *Empresas mixtas*. Con el crecimiento de la socialización de la distribución, este tipo de empresas se extenderá cada vez más. Está claro que esto aparecerá en la contabilidad, y que influirá en el FIC.

En la contabilidad, el tipo de empresa mixta puede ser considerada indistintamente productiva o pública. No importa en

qué categoría se incluya. En la contabilidad se puede considerar el conjunto de todas las empresas mixtas junto a las productivas o bien junto a las públicas; se pueden, incluso meter más en un grupo y otras en el otro, según las exigencias. La contabilidad no es pues, un obstáculo para la movilidad de la producción y de la distribución. Estudiemos primero el caso de la empresa mixta considerada como empresa *productiva* y sus consecuencias en lo que respecta al FIC.

Nuestra empresa eléctrica aparecía al principio como empresa totalmente productiva para todos los kilovatios distribuidos, y por tanto, estaba en condiciones de reproducirse sin problemas. Al pasar a la distribución individual gratuita, aparece en sus cuentas un déficit que corresponde exactamente al consumo individual. Las horas de trabajo que son empleadas en la empresa eléctrica en producir luz y corriente para el consumo individual, deben pues sustraerse del FIC. Este déficit se deja notar en el balance de las empresas por TSG y pesa sobre el FIC. Sumando todos los déficits debidos a las empresas mixtas se obtiene el déficit total, que debe ser reducido a cero incidiendo sobre el FIC. Llamando D al déficit, se puede escribir la siguiente fórmula:

$$FIC = \frac{FT - (MP.p. + MAT.\ PR.p.) - D}{FT + FT.p.}$$

Consideremos ahora la empresa eléctrica como empresa *pública.* Las empresas públicas no tienen entradas propias, y por tanto, su reproducción recae por entero sobre la fuerza de trabajo de las empresas productivas. La empresa mixta obtiene sin embargo, al consignar medios de consumo y materias primas a las otras empresas un *crédito* en sus cuentas. Esto significa que las empresas mixtas pueden reproducirse parcialmente por sí mismas, el empleo de (mp. p. + mat. pr.p.) + ft.p. no recae por entero sobre las empresas productivas porque pueden, en parte procurarse autónomamente sus medios de producción, y sus materias primas. Llamamos a la parte por la que se reproduce autónomamente, crédito (C); se tiene entonces que la parte que recae sobre la fuerza de trabajo de las empresas *productivas* está constituída sólo por: (mp.p. + mat. pr.p.) + ft.p. — C. Si se consideran pues, todas

las empresas mixtas, el FIC debe poner a su disposición (MP.p. + + MAT. PR.p.) + FT.p. — C. Resulta por tanto:

$$FIC = \frac{FT - (MP.p. + MAT.\ PR.p.) - C}{FT + FT.p.}$$

Como tercer y último caso, existe la posibilidad de que algunas empresas mixtas sean consideradas —en la contabilidad— empresas productivas, y otras no productivas o públicas, caso que se presentará frecuentemente. Las empresas mixtas consideradas productivas tienen, en la contabilidad general, un déficit (D) de horas de trabajo, mientras que las empresas mixtas consideradas públicas tienen un crédito (C) de horas de trabajo. El gravamen sobre el FIC es por tanto D—C. El factor de consumo individual queda por tanto:

$$FIC = \frac{FT - (MP.p. + MAT.\ PR.p.) - (D-C)}{FT + FT.p.}$$ [24]

Hemos elegido esta fórmula para simplificar... Para posteriores indagaciones matemáticas sobre el problema de la contabilidad, es necesario expresar D y C en MP y MAT. PR., lo cual se puede hacer sin dificultad.

[24] Según los autores de los *Principios Fundamentales*, la Empresa Mixta, que ya no es solo "empresa productiva" pero tampoco es aún estrictamente "empresa pública" (y ésta es la que desarrollará cada vez más, hasta llegar a la socialización de la distribución), expresa —al difundirse y madurar— la tendencia propia del período de transición entre capitalismo y socialismo superior o comunismo.

Así, la disminución progresiva del factor de pago expresa la reapropiación activa y consciente, por parte del hombre *social*, de toda la riqueza *social*.

VII
LA DISTRIBUCION COMUNISTA

1. La relación entre productor y producto

Después de lo dicho anteriormente, hay poco que decir en relación con la distribución. Lo esencial sigue siendo la relación exacta entre productor y producto. Hemos visto cómo todos los economistas que se ocupan del problema de la distribución de los bienes en la sociedad comunista, no quieran dejar que sea la producción misma la que determine esta relación, y por el contrario, pretenden hacer de ella la reivindicación central de la lucha económica y política de los consumidores. Sin embargo, significa que la lucha por el poder estatal, por el dominio de la relación entre productor y producto, estallará de la manera más violenta en la sociedad, trayendo posteriormente su efecto corruptor. Si quien produce determina *directamente*, a través de su trabajo, la naturaleza de su relación con el producto social, no hay ninguna posibilidad de que exista una política de precios.

Sólo entonces se dan las condiciones para la «extinción» del Estado y sólo entonces podremos decir:

«La sociedad que organiza la producción mediante la asociación de productores libres e iguales, enviará la máquina estatal al puesto que le corresponde: el museo. En lugar del gobierno sobre las personas estará la organización y la dirección de los procesos productivos. El Estado no es limitado, se extingue a sí mismo». (*Anti-Dühring*)

Después de fijar la decisiva relación entre productor y producto, es necesario aún realizar la coordinación entre las empresas en sentido vertical y horizontal, para estructurar el proceso producti-

vo de la forma más racional. Esta coordinación, es un proceso que parte de los productores. También hoy día la coordinación capitalista dentro de la producción se hace partiendo de los lugares de producción. Pero en esta sociedad son los intereses capitalistas los que llevan a la fusión de las empresas en trusts, cártels u organizaciones similares. En el comunismo donde el interés por el beneficio no existe ya, se trata de coordinar las empresas de tal forma que circule un flujo regular de productos de unas empresas a otras o a las cooperativas. El cálculo exacto de lo que entra y sale de las empresas, expresado en horas de trabajo, asegura el funcionamiento regular de todo el proceso, que puede correr a cargo de los productores sin que el Estado tenga que meterse por medio. La distribución de la mayor parte del producto social total, es decir, los nuevos medios de producción que sustituyen a los viejos en cualquier empresa, corresponden sin más a los productores.

Si ahora consideramos la distribución de productos para el consumo individual, es necesario ante todo poner el acento en la dependencia recíproca entre produción y distribución. Así como la dirección central de la economía necesita de indicaciones dadas por una o más personas, también la asociación de productores libres e iguales hace necesaria la asociación de consumidores libres e iguales. Así pues, la distribución se realiza también de manera colectiva por todo tipo de formas de cooperación. Ya hemos hecho notar cómo Rusia ha dado un ejemplo brillante en este campo. Como los consumidores se han asociado en un tiempo muy breve para poder distribuir los productos autónomamente, es decir, con independencia del Estado. Ya hemos dicho que la autonomía rusa es una farsa, porque la relación entre productor y producto ha sido predeterminada por las altas esferas; pero a pesar de esto se puede considerar la forma de distribución como una victoria.

No es tarea nuestra describir la organización de las cooperativas de consumo. Esta cambiará con la variación de las condiciones locales, y con el tipo de producto a distribuir. Pero sí debemos indicar los principios fundamentales que resultan del carácter de la contabilidad económica social. Esto es necesario, porque debemos demostrar que no es el proceso de distribución en sí mismo el que rompe la relación exacta entre productor y producto.

En nuestro estudio del trabajo social general, hemos visto cómo esta relación se realiza independientemente de los gastos generales

de la sociedad, y cómo a los trabajadores les corresponde «el fruto íntegro de su fuerza de trabajo». Pero con esto queremos decir además, que los gastos generales que la sociedad debe soportar para la distribución deben considerarse en el presupuesto general por TSG. *La distribución del producto es una función social general de la sociedad.*

Los gastos de distribución no pueden, por tanto correr a cargo de cada cooperativa de consumo, porque ello rompería la relación exacta entre productor y producto. La dirección de la organización de distribución tendría que hacer, en su caso, una «política de precios» para cubrir los gastos, y así se interferiría nuevamente una decisión *personal*. Si consideramos a una organización de distribución como consumidora de mp y de ft, entonces resulta también una organización de empresa del tipo TSG. El producto o el servicio que proviene de su actividad es precisamente la distribución de los productos.

Esta caracterización nos lleva a dar a estas organizaciones las mismas reglas que hemos visto para las empresas por TSG. Estas, contabilizan la cantidad de mp, mat.pr. y ft que consumirán en un período de trabajo, y también la cantidad de producto que distribuirán. El esquema de su producción, igual a todos los demás es: (mp. + mat. pr.) + ft = servicios (horas empleadas en la distribución de los productos). Dentro de este esquema la organización de distribución tiene completa libertad de movimiento, es «dueña de su propia casa» y la distribución no infringe tampoco la relación directa y exacta.

2. El mercado

Una vez establecida la base y la forma de la distribución, queda aún un problema importante: se trata de si de cada producto hay una cantidad que corresponda a la demanda, en otras palabras, si la producción responde a las *necesidades* de la población. Ante todo, es necesario pues, conocer las necesidades y sólo después las empresas podrán funcionar armónicamente. Este argumento es un punto débil ya que precisamente aquí es donde los opositores han planteado su crítica. Estos sostienen que el comunismo, cuya pretensión consiste en sustituir una economía basada en el beneficio por una economía basada en las necesidades reales, no tiene

sin embargo ningún medio para saber cuáles son estas necesidades reales. En el capitalismo, la cuestión se resuelve automáticamente. Apenas crece la necesidad de determinados productos, repercute enseguida en el aumento de los precios en el mercado. Atraídos por los altos beneficios que puedan obtener, los empresarios aumentan la producción y la mayor necesidad se satisface rápidamente. Una disminución de la necesidad de un producto tiene el efecto contrario sobre la producción. Así pues, el mecanismo del mercado se convierte en un instrumento para medir las necesidades.

Está bastante claro que este mecanismo no es tan inocente como parece. Efectivamente, en él se encuentra la causa de las enormes crisis de la producción que exponen a miles de personas al hambre y la causa de la expansión imperialista que lleva a millones de personas al campo de batalla y a la muerte. No obstante, el mercado es, y sobre todo era, el instrumento de medida de las necesidades en el capitalismo. El comunismo desconoce el mercado, e incluso la determinación de los precios por medio de la oferta y la demanda, y por tanto hará desaparecer este mecanismo tan exaltado. El burgués Mises, que se come a los comunistas, se gana aquí sus laureles al demostrar entre los ensordecedores aplausos de buenos burgueses la imposibilidad económica del comunismo. «Donde falta el libre intercambio del mercado, falta también la formación de los precios, y sin formación de los precios no existe cálculo económico para la sociedad» (Mises, *Die Gemeinwirtschaft*, Jena, 1922, p. 120).

También para Block el asunto está oscuro:

«Una vez superado el trueque individual, es necesaria una producción social, y los productos se hacen socialmente necesarios. Sobre los métodos para definir las necesidades sociales, ciertamente Marx no se rompió la cabeza. Hasta que no se muestre de qué manera se puede sustituir el mecanismo del mercado, no se puede pensar en una valoración económica para la economía comunitaria, esto es, en un socialismo racional». (Block, *op. cit.* pp. 121-22).

Block no ve ninguna solución; las que dan Neurath y compañía las considera irrealizables y en esto le damos la razón. Estas soluciones del problema llevan todas al mismo punto. Están basadas en la receta de Hilferding que resuelve las cosas «con todos los medios de una organizada estadística del consumo», cosa

que nuevamente provoca el derecho central a disponer del producto social.

Antes de ocuparnos de tal problema, debemos considerar el distinto carácter que tiene la distribución en el capitalismo y en el comunismo. Antes hemos admitido que en el capitalismo el mercado es el instrumento de medida de las necesidades. Si se va al nudo de la cuestión se ve que esto es verdad sólo en pequeña medida. La verdad es que la fuerza de trabajo es una mercancía con un precio de mercado determinado o indeterminado. Este precio oscila en torno al mínimo necesario para la existencia del trabajador: con que el salario sirva para reproducir su fuerza de trabajo basta. El producto social puede crecer hasta el infinito, pero el trabajador obtiene siempre sólo el mínimo necesario para su existencia. Sin duda, sus necesidades son mucho mayores, precisamente son avivadas por la masa de productos que para él son inalcanzables hasta con una proeza. El capitalismo puede indicar el mecanismo del mercado como instrumento de medida de las necesidades, pero *en verdad las desconoce*. Y más aún aquéllos que pretenden sustituir el mercado por un aparato estadístico. Para el capitalismo no es necesario siquiera conocer el mercado, precisamente porque no produce para las necesidades, pero *en verdad las desconoce*. Y más aún aquéllos que pretenden sustituir el mercado por un aparato estadístico. Para el capitalismo no es necesario siquiera conocer el mercado, precisamente porque no produce para las necesidades, sino en busca de beneficios. Todo este magnífico mecanismo del mercado se mueve en lo que respecta al proletariado, dentro de los restringidos límites del mínimo para la supervivencia, y sin ningún interés en estudiar las necesidades en sentido comunista. Los economistas burgueses lo saben muy bien. Block dice:

«El proceso de formación de los precios se preocupa sólo de satisfacer las necesidades más apremiantes, esto es, aquellas necesidades para las cuales es necesario un tope de poder adquisitivo». (Block, *op. cit.* p. 122).

El comunismo conoce solamente la distribución equitativa del producto social entre todos los consumidores. Con esto la fuerza de trabajo deja de ser una mercancía que tiene un precio. Con el crecimiento del producto social, la parte individual crece automáticamente, una vez que en cada producto esté expresada la relación entre productor y producto, y por tanto los precios no tienen

ningún sentido. El fijar la hora de trabajo como unidad de medida tiene como único sentido asegurar la reproducción material del aparato productivo y ordenar la distribución de los bienes de consumo.

Después de estas notas a propósito de la distribución de los productos en el capitalismo y en el comunismo, resulta claro que en el comunismo efectivamente falta un *mercado* en el cual se definan los precios y por medio del cual se expresen las necesidades. *El comunismo deberá crear los organismos* que respondan a los deseos y exigencias de los consumidores. Lo que el capitalismo no conoce, las necesidades de los trabajadores, será determinante para la producción en el comunismo.

Así pues, si Block pregunta por medio de qué será sustituido el mecanismo del mercado, nosotros respondemos: no será sustituído en absoluto. El comunismo pone en marcha, mediante las organizaciones de distribución, los organismos que permiten la expresión colectiva de los deseos individuales.

Las formas de relación y colaboración entre las organizaciones de distribución y las empresas productivas se irán encontrando a consecuencia de la evolución de los acontecimientos. La iniciativa de los productores y consumidores encuentra así su completo desarrollo. Así como la liberación de los trabajadores puede ser obra solamente de los mismos trabajadores, también debe ser obra de los mismos productores-consumidores toda la parte organizativa de la cooperación entre la producción y las organizaciones de distribución que expresan las necesidades reales.

Los economistas que afirman que es imposible funcionar sin el mecanismo de mercado, sostienen que sin él no es posible tampoco conocer las necesidades. Estas necesidades son un factor variable que puede cambiar de forma bastante imprevista, porque la volubilidad del hombre se expresa también en la volubilidad de sus necesidades. De repente, puede aparecer una nueva necesidad, así como desaparecer otra. Los cambios repentinos en el terreno de la «moda» son un ejemplo significativo. El *mercado* da la posibilidad al aparato productivo de seguir todas estas variaciones y satisfacer consecuentemente las necesidades.

Estos críticos tienen argumentos válidos contra el comunismo cuando señalan que éste rigidiza la vida y tienen razón cuando polemizan contra la pretensión de conocer las necesidades por medio de «una estadística del consumo», tal como es característica

de una dirección central de la producción y distribución. Pero la verdad, es que el curso de la vida concreta no se deja condensar estadísticamente, y su riqueza está en su variabilidad. Querer definir estadísticamente las necesidades no tiene sentido. La estadística define sólo aquello que es muy general, pero no llega a las cuestiones particulares. Por tanto, podemos decir que una producción hecha conforme a estadísticas de consumo no es una producción en función de las necesidades, sino una producción según normas específicas que la dirección central prescribe para la sociedad en base a las directrices de los fisiólogos de la nutrición. Las objeciones de nuestros opositores desaparecen como el humo en el viento una vez que la producción y distribución estén basadas en la acción consciente de los mismos productores. La fusión de los consumidores en cooperativas directamente relacionadas con la producción permite una movilidad completa, que tiene en cuenta las necesidades individuales cuyos cambios inciden inmediatamente sobre el aparato técnico. Esta relación directa sólo es posible porque no existe ningún aparato estatal que, al tener que elaborar una «política de precios», se interponga entre productor y consumidor. Todos los productos en su circular por la sociedad llevan consigo el tiempo de su reproducción; la forma en que un producto debe realizarse está determinada por las organizaciones de distribución de las empresas. Y en esto, reside todo el secreto de cómo la producción y la distribución, organizadas de manera comunista, hacen superfluo todo mecanismo de mercado.

Si ahora intentamos imaginarnos la distribución como un todo, vemos que todo el producto social (P.T. = producto total) se distribuye por sí solo entre los diversos grupos de consumo. La misma marcha del proceso productivo es la que determina la forma en que el producto social entra en la sociedad. Dejando aparte de momento la acumulación, los consumidores de todos los grupos toman su parte precisamente en la misma medida en que han colaborado en la realización del producto total social. Esto puede hacerse sin dificultad porque cada producto va acompañado del tiempo necesario para su producción.

En la producción cada empresa calcula sus gastos mediante la fórmula de producción (mp. + mat. pr.) — ft. El conjunto del proceso productivo se expresa en la fórmula (MP. + MAT. PR.) + FT = P.T. Esto, que es válido para cada empresa, vale también para todo el proceso productivo. Cuando en cada empre-

sa y en cada caso se calcula el tiempo de producción socialmente medio, en el conjunto del producto debe estar expresada la suma de todos los tiempos de producción. En lo que se refiere a la distribución del conjunto de los productos, es válido lo siguiente: cada empresa *productiva* o por TSG, toma al principio el equivalente al consumo de mp, contenido en su fórmula de producción. Una vez que esto ha sido hecho por todas las empresas, el consumo de mp está cubierto y con esto MP se ha distribuído en proporciones absolutamente exactas.

Después cada empresa toma del PT el equivalente de las mat. pr., y entonces el equivalente de MAT.PR. se ha distribuído también exactamente y reintegrado en el proceso productivo. Finalmente cada empresa tiene todavía derecho a una parte del conjunto del producto social correspondiente a la ft, esto es, a lo que ha repartido a los trabajadores (dinero-trabajo).

De esta forma el PT ha sido asumido completamente por la sociedad, y la relación entre los distintos grupos de consumidores, y la medida de la distribución, han sido *determinadas solamente por el mismo proceso productivo*. Y todo esto sin la intervención de personas o instancias, que tengan la facultad de dirigir la producción y la distribución desde posiciones centrales.

VIII
PRODUCCION A ESCALA AMPLIADA O ACUMULACION

1. La acumulación, una función social

Hasta ahora hemos visto la producción social como simple reproducción. La distribución del producto social se hace de tal forma que todos los medios de producción y las materias primas, después de su empleo, son renovadas, quedando el remanente para el consumo individual. En este tipo de distribución, la producción social de bienes es siempre igual, siempre se produce la misma cantidad de bienes, es decir, la sociedad no se enriquece. Pero, la perspectiva de «tomar según las necesidades» y el aumento de la población, traen consigo la exigencia de extender la producción. De esto se deduce que la cantidad de bienes considerados hasta ahora, no pueda estar totalmente a disposición del consumo individual: una parte debe estar disponible para la ampliación del aparato productivo, es decir, el productor *no* obtiene *el fruto íntegro de su trabajo.*

En el capitalismo, la ampliación de la producción, la acumulación, es una función individual del capitalista. En qué medida y si debe o no ser renovado el aparato productivo, es una decisión que toma él solo. Con la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, la ampliación del aparato productivo se convierte en una *función social.* La sociedad decide cuánto producto o cuántas horas de trabajo, deben ser dedicadas en el siguiente período de producción, a la ampliación del aparato productivo.

Nos encontramos pues, frente al problema de cómo debe realizarse esta sustracción. La solución general, que ha sido adoptada

en la práctica en Rusia y en la Hungría de los Consejos, y que en teoría ha sido y sigue siendo propuesta por la literatura teórica, es la política de precios, y se realiza mediante un aumento del precio de los productos en favor de la acumulación. Anteriormente hemos demostrado ya cómo una política de precios rompe la relación entre productor y producto, igual que en el capitalismo, y cómo oculta el verdadero estado de las cosas; así resulta que tanto el cálculo de la producción como la acumulación están envueltos en la mayor oscuridad. Si se quiere decidir la cantidad de trabajo que la sociedad debe poner a disposición de la extensión del aparato productivo, se necesita saber por lo menos qué cantidad de trabajo absorbe la reproducción simple.

Leichter se acerca a la solución del problema, en la medida en que sitúa la producción sobre la base del tiempo de trabajo y propugna el cálculo exacto del tiempo de trabajo para todo proceso productivo. Pero lo estropea todo, haciendo vacilar todos los cálculos, con la introducción de la política de precios. Por muy exactos que sean, los cálculos hechos en las empresas, responden todos a procesos parciales, y por mucho que se hayan tenido en cuenta el desgaste, las materias primas, etc, la dirección superior delegada para el estudio de la «ciencia de los precios» celebra sus orgías, y nuevamente la sociedad se queda sin saber cuántas horas de trabajo han sido efectivamente empleadas en los distintos procesos productivos. No se está por tanto al corriente de cuántas horas de trabajo absorbe la reproducción simple. Luego es imposible establecer cuántas horas de trabajo son necesarias para una ampliación de la producción. Si se quiere hacer de la acumulación una operación consciente, es necesario sobre todo conocer el tiempo necesario para la reproducción simple, cosa que en nuestras observaciones se puede hacer de manera exacta por cada empresa mediante la fórmula (mp. + mat. pr.) + ft y para el conjunto del proceso productivo mediante la fórmula: (MP + + MAT. PR.) + FT.

La cuestión de la ampliación del aparato productivo será en el futuro una de las más importantes en la sociedad, porque será un factor para la determinación de la jornada de trabajo. Si los congresos económicos de los Consejos de empresa deciden ampliar el aparato productivo en un 10% de la masa de productos para el consumo individual, la fórmula de la producción resulta una vez realizada la acumulación, 1,1 (MP + MAT. PR.) + FT. Hay que

ver ahora de qué forma concreta se puede alcanzar en general un 10% para la acumulación; en otras palabras, como se hará la sustracción del consumo individual. En nuestro análisis de la reproducción simple hemos demostrado que el producto social es completamente asumido por la sociedad cuando la fórmula del consumo individual es:

$$FIC = \frac{FT - (MP.\ p. + MAT.\ PR.\ p.)}{FT + FT\ p.}$$

(Para simplificar no hemos considerado en la fórmula las empresas mixtas, pero en principio esto no conlleva diferencias). El consumo individual debe ser disminuído en un 0,1 (MP + MAT. PR.). Queda por tanto FT — 0,1 (MP. + MAT. PR) — (MP.p. + + MAT. PR.p.). El factor de consumo individual FIC por tanto a consecuencia de una ampliación del 10% del aparato productivo:

$$FIC = \frac{FT - 0{,}1\,(MP + MAT.\ PR.)}{FT + FT.p.} - \frac{(MP.\ p. + MAT.\ PR.\ p.)}{FT + FT\,p.}$$

y la acumulación queda incluída así en el factor de consumo individual naciendo un fondo social general que corresponde exactamente a 0,1 (MP + MAT. PR.) horas de trabajo; así se realiza la decisión del congreso de los Consejos.

2. Empleo del fondo de acumulación

Las consideraciones hechas tienen el único significado de reflexiones teóricas, en el sentido de que es posible regular la acumulación de manera perfectamente consciente e incluirla en el factor de consumo individual. Si no está comprendida en éste no es posible evitar un aumento de los precios, y los tiempos reales de producción son ocultados. Además, en un año la acumulación puede por ejemplo ser superior al 10%, mientras en el siguiente puede ser sólo del 5%, permaneciendo intactas las condiciones de producción. Esto lleva a tiempos de producción oscilantes, con imprevisibles complicaciones en el cálculo de la producción y en la distribución de los productos. La forma en que se realiza la *sustracción* para la *acumulación* está comprendida en la marcha de la economía; sigue las leyes que gobiernan la marcha de la producción, y ésta se mueve pues, dentro de cauces fijos.

La determinación de la medida de la acumulación no depende

de la marcha material de la producción misma, sino que puede ser hecha de formas diferentes. En nuestro caso hemos considerado una ampliación general del aparato productivo del 10%. Por tanto se encuentra a disposición de cada empresa un 10% de (MP + + MAT. PR.) del fondo general de acumulación para la expansión. No es necesaria una asignación particular por parte de ninguna autoridad. La producción real muestra inequívocamente la parte del fondo de acumulación a la que cada empresa tiene derecho.

Una ampliación generalizada del aparato productivo es, sin embargo, un presupuesto irreal. Se demuestra con facilidad que algunas ramas de la producción no tienen necesidad de expansión, mientras que otras deben «acumular» en mayor medida de lo que permite la tasa de acumulación. En consecuencia, será útil que sólo las empresas para las que sea necesaria una expansión real, hagan incluir en la contabilidad de las empresas por TSG un presupuesto para la acumulación.

Las condiciones políticas y económicas al comienzo del comunismo hacen que nos debamos atener a una irracional determinación y distribución de la acumulación por parte del proletariado. Es esencial que, además de no haber una dirección central de la producción, no exista una dirección central para la *acumulación*. A este respecto, la dirección debe estar también en manos de los productores.

En la irracional distribución de la acumulación, cada empresa podría obtener, por ejemplo, un 10% de (mp + mat. pr.) sin ninguna consideración de sus necesidades particulares en ese período. Sin embargo, si cada empresa pertenece a un grupo productivo o a una «corporación», la conducta práctica para las diversas empresas será la de formar un fondo de acumulación común para la «corporación». Las organizaciones competentes de empresa determinarán de qué manera y en qué empresas debe ser empleado. Así, mientras unas veces podrán ser mejor estructuradas empresas de baja productividad, hasta que alcancen la productividad media, otras veces será más racional no gastar nada y prepararse para desmantelarla del todo. Pero todas estas decisiones deben estar en manos de los productores, si no se quiere que el aumento de la productividad se oriente contra los productores, como en Hungría. En todo caso, la extensión de la producción y el aumento de productividad que lleva, deben ser consecuencia de la

intervención consciente de los productores. En realidad, incluso es posible que todo el ramo productivo no necesite ampliación, porque satisfaga perfectamente las exigencias sociales. En este caso, las organizaciones de empresa podrán tomar la decisión de poner todo su fondo de acumulación a disposición de empresas que necesiten ampliaciones fuera de lo común.

La renuncia a la propia acumulación es frecuente al comienzo de una economía comunista. El comunismo necesita un reagrupamiento de las empresas, diferente del que nosotros conocemos. Muchas empresas serán superfluas, mientras otras necesitarán una ampliación. Con la fundación de la sociedad comunista aparece en primer plano, la necesidad de ligar la producción a las necesidades, un enorme trabajo técnico-organizativo que no puede ser hecho sin fricciones ni sacudidas. Gracias precisamente al bendito mecanismo del mercado tantas veces santificado, que, como se dice, debería haber adecuado la producción a las necesidades, el proletariado en el momento de tomar el poder, se encuentra atado a un aparato productivo que desprecia por lo menos la mitad de la fuerza de trabajo de manera improductiva, y que no está estructurado según las necesidades de millones de personas, sino según su poder adquisitivo.

«De todos aquellos obreros que se ocupan de la producción de artículos de consumo que sirven únicamente para gastar los ingresos, la mayor parte produce artículos que sirven para gastar los ingresos de los capitalistas, de los propietarios de tierras y de su séquito (funcionarios estatales, eclesiásticos, etc.), mientras sólo una pequeña parte produce artículos que sirven para gastar los ingresos de la clase obrera. Esto cambiaría inmediatamente con el cambio de la relación social entre obreros y capitalistas, con la transformación revolucionaria de las relaciones de producción capitalistas. Una vez que la clase obrera esté al timón y tenga el poder de producir para sí, elevará el capital (por hablar como un economista vulgar) a la altura de sus necesidades, sin mucha dificultad y muy rápidamente». —C. Marx, *Theorien über den Mehrwert* (Teorías sobre la plusvalía) cit. por Varga en la p. 49 de su obra—[25].

[25] Varga citaba a Marx muy libremente. En la edición M.E.W. (*Marx Engels Werke:* Obras de Marx y Engels) al cuidado del Instituto para el Marxismo-leninismo del CC del Partido Socialista Unificado, volumen

La adaptación de la producción a las necesidades lleva consigo una transformación completa del aparato productivo. Las empresas que trabajan exclusivamente para satisfacer los lujos de la burguesía, deben ser reducidas a la inactividad o rápidamente ser transformados para satisfacer necesidades de los trabajadores. La velocidad con que se puede verificar esta transformación la podemos ver bastante claro en la última guerra y en los años inmeditamente posteriores. Al principio todo el aparato productivo fue transformado para producir material de guerra, después de 1918 fue reestructurado para proporcionar «productos de paz». Entre otras cosas es notable que el mismo capitalismo aboliera provisionalmente su famoso mecanismo de mercado cuando organizó la producción para sus necesidades reales, en este caso, de material de guerra.

La transformación organizativa hacia la sociedad comunista puede realizarse muy rápidamente a pesar de las enormes dificul-

---

26.2, Dieta Verlag, Berlín, 1972, II; K. Marx, Teorías sobre la plusvalía (IV libro del Capital), parte segunda, del cap. 8 al 18 se lee en la p. 583: "Igualmente: la mayor parte de los obreros ocupados en la producción de artículos de consumo, que se intercambian con la renta en general, producirán artículos para el consumo –expenditure of revenue of capitalists, landlords and their retainers (state, church, etc.)– (el gasto de la renta de los capitalistas, terratenientes y de sus servidores (estado, iglesia, etc.)– y una parte menor producirá los artículos dedicados a la renta de los obreros. Pero esto es a su vez efecto y no causa. Si cambiaran las relaciones sociales entre obreros y capitalistas, si se revolucionaran las relaciones que dominan la producción capitalista, todo eso cambiaría inmediatamente. The revenue would be "realized in different commodities" to use an expresion of Ricardo (la renta se "realizaría en diferentes mercancías", por usar una expresión de Ricardo). En las llamadas condiciones físicas de la producción no hay nada que haga que este hecho sea necesario. The workmen, if domineering, if allowed to produce for themselves, would very soon and without great exertion, bring the capital (to use a phrase of the economic vulgarians) up to the standard of their wants (Los obreros, si dominasen, si pudiesen producir para sí mismos, enseguida y sin grandes esfuerzos aumentarían el capital (por usar una expresión de los economistas vulgares) al nivel de sus deseos".(*)

(*) En castellano existe una edición reciente de las *Theorien über den Mehrwert* en Comunicación, Madrid, 1874.

tades, y en tal caso las necesidades que orientarán la reestructuración serán el vestido, la alimentación y la vivienda. Buena parte de la producción será transformada inmediatamente para proporcionar materiales empleados en la construcción de viviendas. En síntesis: toda la producción sufrirá un cambio radical según las necesidades, que serán expresadas en las cooperativas de consumo.

El primer estadio de la producción comunista estará pues, caracterizado por un notable desarrollo de algunas ramas de la producción, y por la reducción de otras. No se puede hablar ciertamente de *acumulación homogénea*. Pero sin preocuparse de la confusión causada por las transformaciones que se verificarán a velocidad febril, el proletariado no deberá dejarse conducir fuera de su camino, cediendo su *derecho de primogenitura*, esto es, dejándose arrebatar de las manos su derecho a dirigir la producción y la *acumulación*.

3. La acumulación particular

Fuera de la normal ampliación del aparato productivo que se realiza retirando partes del fondo de acumulación, según decidan las organizaciones de empresa, existen además otros trabajos: fabricación de puentes y ferrocarriles, mejora de las redes viarias, construcción de diques, saneamiento de tierras no cultivadas, etc. Estos trabajos sólo duran algunos años. Durante todo este tiempo se sustraen a la sociedad los más variados productos, desde materiales de construcción hasta medios de subsistencia para los trabajadores empleados, sin que al mismo tiempo se fabrique ningún producto que dar a la sociedad como contrapartida. Este ramo de la producción absorbe una parte no despreciable del producto social, por lo que una importante parte de las decisiones en los congresos económicos tenga que referirse a la medida en que deben emprenderse tales obras. La sociedad recorre aquí en su conjunto la vía del desarrollo, porque cuanto mayor es la productividad del aparato productivo, tanto más fácilmente y en mayor medida se pueden satisfacer las necesidades.

«A partir de la producción social, debe definirse una medida

mediante la que puedan ser efectuadas estas operaciones —que durante algún tiempo sustraen fuerza de trabajo y medios de producción, mientras no ofrecen poductos como contrapartida— sin dañar aquellas ramas productivas que no sólo sustraen fuerza de trabajo y medios de producción, sino que proporcionan también medios de producción y de subsistencia varias veces al año. Tanto en la producción capitalista como en la comunista, los trabajos en los ramos de la producción con períodos de elaboración más breves sustraen productos sólo durante poco tiempo, para dar nuevamente productos; mientras que los ramos de la producción con períodos más largos sustraen durante un tiempo mayor antes de dar algo a cambio. Este hecho nace de las condiciones reales de cada proceso productivo, y no de la forma de la sociedad.» (*El Capital*, vol. II)

«Si pensamos en una sociedad comunista y no capitalista, para empezar desaparece el capital financiero, y en consecuencia también desaparece la cobertura de las transacciones que se hacen mediante éste. El asunto se reduce simplemente a calcular de antemano la cantidad de trabajo, medios de producción, y medios de subsistencia que la sociedad puede emplear sin complicaciones en los ramos productivos que, como por ejemplo, la construcción de ferrocarriles, no dan útiles del tipo de los medios de producción o de subsistencia, pero que los sustraen al conjunto de la producción anual. En la sociedad capitalista, en cambio, en la que el raciocinio social se hace siempre sentir post-festum, pueden y deben surgir necesariamente grandes complicaciones.» (*El Capital*, vol. II).

En estas citas se expone el problema claramente, y al mismo tiempo se muestra la solución general. Se trata sin embargo, sólo de una solución general, que por tanto debe ser aún formulada para su uso concreto. Y aquí nuevamente se dividen las opiniones. Por una parte los socialdemócratas y moscovitas que apoyan o la estatalización o nacionalización y dirección central de la economía tanto para la programación de los gastos sociales, como para la solución del problema antes expuesto.

Según la visión socialdemócrata de Moscú, la solución es ésta: una dirección central de la economía decide la marcha de toda la producción, y por tanto considera este problema también de su competencia. Este argumento es la prueba principal que aduce para demostrar la necesidad de una dirección central de toda la economía, mediante el Estado. Sostiene que las complicaciones

que aparecen en el capitalismo sólo se pueden evitar dominando y tomando decisiones determinantes sobre toda la producción. La situación es indudablemente ésta. Para marxistas de tal calibre está demostrado que el Estado debe regir toda la sociedad desde el punto de vista técnico, organizativo y económico. Los métodos que el Estado debe adoptar para determinar la producción y la distribución, y por tanto resolver el problema partiendo de cuestiones colaterales, los encontramos en la receta de Hilferding ya muchas veces citada:

«Cómo, dónde, en qué medida y con qué medios deben ser obtenidos nuevos productos, sobre la base de las condiciones productivas existentes, naturales o artificiales, debe ser decidido por los comisarios comunales, regionales o nacionales de la sociedad comunista; los cuales, sea por experiencia directa de las necesidades sociales, o bien por haber alcanzado, gracias a los múltiples medios ofrecidos por los más organizados estudios estadísticos sobre la producción y el consumo, una visión global de las exigencias de la sociedad socialista, con cautelosa previsión organizan toda la vida económica según las exigencias de la comunidad que ellos conscientemente representan y guían». (Hilferding, *El capital financiero*, p. 1)

Ya antes hemos hecho notar los límites de estas estadísticas, y como éstas en teoría no aciertan a superar el comunismo de cuartel, y están por tanto destinadas a hundirse en la práctica. Prescindiendo de ésto, está claro que solamente tienen sentido si se basan en una unidad de medida. Un tipo de estadística que muestre la cantidad de carbón, de grano o de hierro, los números de los precios, el peso o la masa de cualquier material que haya sido consumido, no tiene valor en absoluto para una regulación social de la producción y la distribución. Por muy refinadas que sean las fórmulas y los mecanismos, si la medida de base no es social, y no expresa la relación entre productor y producto, toda estadística para la reglamentación de la producción y la reproducción es completamente absurda. El significado de la revolución social es precisamente el de cambiar totalmente la relación entre productor y producto. Marx ha visto esta relación en sentido histórico y ha elaborado una teoría científica de la sociedad capitalista. Con el cambio de la ordenación social, la relación entre productor y producto cambia, y el nuevo ordenamiento necesita igualmente una nueva explicación de esta relación social.

La revolución social fija la nueva relación, dando al trabajador un derecho sobre el producto social que coincide con su tiempo de trabajo, realizando ésto por medio del cálculo del tiempo de trabajo.

Los señores de la estadística no piensan ni por un momento en una nueva relación social, y no pueden por tanto pensar en calcular el tiempo de trabajo. Se sirven pues, según los viejos métodos, de las categorías capitalistas, como el mercado, los precios, la mercancía y el dinero, mediante los cuales es imposible establecer la entidad de la reproducción simple. El capitalismo de Estado desconoce cuánto tiempo de trabajo se emplea en una rama de la producción, y más aún ignora cuánto trabajo absorbe la reproducción simple.

Para la sociedad no existe ninguna posibilidad en el comunismo de Estado, o mejor, en el capitalismo de Estado, de calcular de antemano «la cantidad de trabajo, medios de producción y de subsistencia que la sociedad puede emplear sin complicaciones en las ramas productivas que, como por ejemplo, la construcción de ferrocarriles, no dan útiles del tipo de los medios de producción o de subsistencia». Debe resolver estos problemas como en el capitalismo, esto es, como sea. Los daños que de esta forma se acarrean a otras ramas de la producción se ocultan si se puede; está claro que esto no es una solución del problema y que significa dejar las cosas como estaban.

El comunismo no puede ni debe adoptar este método. Por medio de cálculos exactos podemos conocer perfectamente el tiempo necesario para la reproducción de cada cosa; se trate de una libra de azúcar o de una representación teatral, de todo un ramo de la producción o de toda la vida económica; y del mismo modo la *acumulación* normal se mueve dentro de cauces fijos. Así la sociedad puede establecer exactamente cuánto tiempo de trabajo puede poner a disposición de los trabajos de interés social, sin que entre en esta decisión ningún elemento «personal». Y así también se resuelve este problema, dando una base exacta de la relación entre productores y producto, mediante el cálculo del tiempo de trabajo en las organizaciones de empresa.

Si aparece como necesaria la construcción de un nuevo ferrocarril, antes de comenzar se hace un presupuesto de las horas de trabajo que exigirá, y en cuántos años serán distribuídas éstas. Si el congreso de los Consejos decide que debe hacerse esta obra, la

sociedad deberá poner a su disposición lo necesario para su realización. Esta obra es del tipo TSG, con toda probabilidad durará tres o cuatro años, y durante este tiempo consumirá todo tipo de productos, sin ofrecer nada a cambio. Sin embargo, una vez que el número de horas de trabajo que vaya a utilizar cada año se haya incluído en la contabilidad de las empresas públicas, mediante una sustracción del FIC, la sociedad ha puesto a disposición el producto necesario en horas de trabajo para la acumulación particular. De esta forma no se interfiere en otros ramos de la producción, ni se da una alteración de la relación entre productos y producto.

Desde el punto de vista económico la cuestión queda pues resuelta; queda aún el lado técnico-organizativo, la justa distribución del *material humano*. A este respecto sólo se pueden hacer consideraciones de tipo general, ya que la solución no es una cuestión de teoría de la economía comunista, sino que depende de las variables situaciones prácticas que se estructuran de mil maneras distintas. No se puede anticipar por tanto la particularización de lo general.

Así pues, sólo haremos una consideración general: cuando la sociedad decide efectuar obras extraordinarias como la construcción de ferrocarriles, etc, y ha puesto a disposición el producto social necesario bajo forma de horas de trabajo incluyendo éstas en la contabilidad de las empresas por TSG, opera también un reagrupamiento diferente de las fuerzas trabajadoras.

Para comprender este concepto, es bueno pensar, para comenzar, en una economía con reproducción simple. Partiendo de las exigencias de las organizaciones de distribución, que expresan las necesidades individuales unificándolas, se obtendría un aparato productivo orientado hacia la satisfacción de estas necesidades. Excluyendo las alteraciones del aparato productivo determinadas por causas naturales en las condiciones de producción, la coordinación recíproca de las empresas daría como resultado un aparato productivo estacionario. En tal caso, resultaría estacionaria también la distribución de las fuerzas de trabajo dentro de la sociedad, lo que no excluiría cambios individuales del puesto de trabajo.

Este estado de la producción social es, sin embargo, solamente imaginario. De hecho la realidad se aleja cada vez más de ese modelo. Esto acaece incluso en el caso de la acumulación normal,

que en principio consideramos constante. Se verifican además alteraciones en el aparato productivo, y por tanto alteraciones en la distribución de la fuerza de trabajo. En el caso de la acumulación variable tales alteraciones asumen un carácter oscilante; a pesar de esto no debemos suponer que constituyan una dificultad para la distribución de las fuerzas de trabajo.

Las provisiones que el capitalismo toma de su ejército industrial de reserva, el comunismo las obtiene mediante el empuje y la iniciativa de los productores libres, y es también esto lo que justifica que supongamos que trabajos extraordinarios, como los citados más arriba, no causarán a la sociedad comunista las dificultades que causan a la sociedad capitalista. Nos referimos a la disponibilidad de los productores para realizar trabajos extraordinarios, cuando ellos mismos los han establecido en sus organizaciones.

Otra cuestión es si, en términos capitalistas, existe una fuerza de trabajo suficiente para tales obras extraordinarias. Intencionadamente decimos lo de «en términos capitalistas», porque la sociedad capitalista recoge su ejército de reserva de las fuerzas trabajadoras superfluas, mientras que la existencia de un ejército industrial de reserva es impensable en el comunismo. Por tanto, cuando en el comunismo se quieren efectuar determinadas obras, hay que llevar la fuerza de trabajo de un sitio a otro, en otras palabras, hay que dar un tipo de reagrupamiento distinto a la fuerza de trabajo. La medida de este cambio y el tipo de producción al que deben sustraerse las fuerzas productivas, son definidas ya en la decisión del congreso de los Consejos, de emprender dicha obra y disminuir en consecuencia el factor de consumo industrial. La producción para el consumo individual disminuye la misma cantidad de horas de trabajo que son necesarias para la realización de esta obra extraordinaria. De esta forma se liberan las fuerzas de trabajo necesarias para la construcción del ferrocarril programado.

Para terminar, diremos además que las obras extraordinarias, en lo que se refiere a su extensión y su orientación productiva, se convertirán finalmente en regla. Una vez que esto haya sido realizado no existirán ya notables desplazamientos en el seno de los grupos de producción y habrá fuerzas de trabajo para las obras extraordinarias constantemente disponibles.

IX
LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL COMO RESUMEN IDEAL DEL PROCESO ECONOMICO

1. La hora de trabajo como base del cálculo de la producción.

Ya hemos considerado varias veces, la visión de Hilferding de la concentración del aparato productivo, del cártel general, realizada ya durante el capitalismo. La volvemos a examinar porque en ella tenemos la más ejemplar representación de la producción social como unidad organizada después de la supresión de la propiedad privada, como se ve en las enseñanzas de los economistas social-demócratas y de los defensores del comunismo de Estado. El texto en cuestión es el siguiente:

«Toda la producción capitalista es regulada conscientemente por un organismo, que decide el volumen global de la producción en todos los sectores. Así, la determinación de los precios se convierte en algo puramente nominal, y en adelante implica solamente la distribución del producto total entre los magnates del cártel por una parte, y la masa de todos los demás miembros de la sociedad, por otra. El precio no es ya, pues, la resultante de una relación entre cosas, soportada por los hombres, sino un simple método de cálculo para la distribución de cosas de persona a persona. El dinero pierde toda función. Incluso puede desaparecer del todo, ya que se trata de atribución de cosas y no de atribución de valores. Junto con la anarquía de la producción, desaparece el signo objetivo, la objetividad, el valor de la mercancía y por tanto el dinero. El cártel distribuye el producto. Los elementos concretos (cosas) de la producción, son reproducidos y utilizados para la nueva producción. Una parte del nuevo producto se distribuye

entre los trabajadores y los intelectuales, y el resto queda a disposición del cártel que lo utiliza como mejor cree. Nos encontramos pues, en una sociedad conscientemente gobernada de forma antagónica. Pero este antagonismo es un antagonismo en la distribución. La distribución, por otra parte, está regulada conscientemente, y por esto mismo la necesidad del dinero desaparece. El capital financiero, ultimado el desarrollo, se desplaza del terreno que lo ha nutrido. La circulación del dinero se convierte en algo superfluo. Su incesante rotación ha alcanzado su objetivo —la sociedad regulada— y el perpetuum mobile de la circulación se para finalmente». (Hilferding, *El capital financiero*)

Esta es, en pocas palabras, una genial construcción de la economía organizada unitariamente. Producción y reproducción se ligan mediante una única organización. Hoy está dirigida por un consorcio de magnates del capital, ¿qué impide que mañana sea el Estado quien tome el mando? Hilferding dice incluso que las categorías de la economía capitalista —valor, dinero, precio, mercado— son eliminadas y ya no tienen sentido, una vez introducida la organización de la economía; pero no dice nada sobre cómo se sustituirán sus funciones. El dice que mientras en el «cártel general» durante el capitalismo, son los magnates de la industria los que establecen y determinan la marcha de la economía, en el comunismo son los *comisarios de Estado* «con todos los medios de la estadística»(cfr. *Ibid.*, p. 1). Sobre la misma estadística, que debe sustituir el valor, el precio, el dinero y el mercado, tampoco nos dice nada. Si bien Hilferding, no se expresa claramente al respecto, lo incluímos dentro de la escuela de la «economía natural», como Neurath, Varga, etc., los cuales quieren guiar la marcha, la producción y de la distribución, mediante la estadística del consumo y de la producción, sin ninguna unidad de medida. La imagen de este «Socialismo» la hemos dejado clara cuando hemos discutido *Le bonheur universel* de Faure. No es necesario insistir nuevamente sobre la imposibilidad de una economía de este tipo; constataremos solamente que incluso «el cártel general» necesita una unidad contable. Habiendo demostrado Hilferding claramente que en la economía organizada, el dinero desaparece, solamente la hora de trabajo puede hacer las funciones de unidad contable. La economía comunista debe estar basada sobre el cálculo del tiempo de trabajo; toda otra unidad de medida debe ser excluída. La sociedad, pues, debe calcular «cuán-

to» trabajo es necesario para la producción de cada objeto». (Engels, *Antidühring*).

Esto es imposible de realizar en las oficinas de una dirección central, cosa que Kautsky ha demostrado suficientemente. El cálculo del tiempo de trabajo debe pues realizarse a través de las organizaciones de empresa. El cálculo del tiempo de reproducción socialmente medio, hecho sobre poductos *tangibles* o sobre *servicios*, constituye la base sólida sobre la cual toda la vida económica de los productores-consumidores es construída, guiada y dirigida.

La severa realización de la categoría del tiempo de producción socialmente medio que, como se ha desarrollado en este texto, se mueve sólo en el terreno de la economía marxiana, lleva a una ligazón orgánica de toda la vida económico-social. El organismo económico aparece como un mecanismo en el cual todas las tendencias antagónicas de la producción capitalista de mercancías son abolidas y permanecen como aparato de la lucha de todos los hombres contra la naturaleza. Dentro de este aparato, el flujo de productos se mueve según la ley del equivalente de trabajo: «una cantidad de trabajo en una forma es cambiada por la misma cantidad de trabajo en otra forma distinta». De esta manera al final de la cadena de producción, el producto acabado viene a costar a los consumidores el tiempo de producción «desde su inicio».

Las operaciones de contabilidad para el flujo de los productos no superan la contabilidad de la empresa y de la «corporación», y se refieren principalmente a lo que entra y lo que sale, a lo que pasa a través de la empresa. Subrayemos de paso, que esto no debe ser confundido con esa contabilidad empresarial que en los últimos años se ha convertido en una ciencia para sí misma. Para esta son necesarios particulares conocimientos del proceso productivo en cada empresa; ésta pone a disposición el material para la contabilidad en el sentido del crédito-débito. Una vez sin embargo, que los técnicos han definido los tiempos de producción, a los empleados no les queda más que la tarea de establecer los débitos y los créditos.

El modo en que se efectúan los cálculos entre las empresas aparece prefigurado en el capitalismo, se trata de simples transferencias bancarias o contables. Leichter dice a propósito de las operaciones de cálculo en la sociedad comunista:

«Todos los presupuestos materiales de la producción, todos los productos semielaborados, todas las materias primas, que son

consignadas desde otros lugares de producción a la empresa que los trabaja, son calculados y facturados. El problema de si es mejor pagar en efectivo las horas de trabajo o una circulación sin pagos en efectivo y basada en cambio, en la contabilidad, se resolverá mucho mejor en la práctica». (*Op. cit.*, p. 68)

En efecto, la práctica será determinante. Pero en principio, un pago en efectivo con bonos en horas de trabajo, es fundamentalmente erróneo. Primero porque no tiene sentido, y segundo porque el *pago en efectivo* obstaculiza notablemente el control sobre la producción.

El dinero-trabajo es completamente superfluo para las relaciones entre las distintas empresas. Cuando una empresa consigna su producto acabado, ha añadido (mp + mat. pr) + ft, en horas de trabajo, a la cadena de trabajo parcial. Estas horas, sin embargo, deben ser rápidamente restituidas en la misma medida a la empresa bajo la forma de nuevos mp, mat. pr y ft, para poder dar comienzo al período de trabajo siguiente. La regulación de la producción en este sentido necesita simplemente un registro del flujo de productos que recorre el conjunto de las empresas. La única función del dinero-trabajo es ser el instrumento que hace posible el consumo individual en toda su variedad, en base a la medida del tiempo de trabajo. Una parte del importe del valor de trabajo es consumida cotidianamente por la distribución socializada, mientras que en manos de los consumidores sólo puede haber una cantidad de dinero-trabajo que corresponda al tiempo de producción de bienes de consumo individual. Ya hemos hecho notar que este importe disminuye constantemente con el avance de la socialización, de la distribución, acercándose tendencialmente a cero.

Determinar el factor de consumo individual constituye la contabilidad social en el verdadero sentido de la palabra. Por un lado, en el *crédito* de la sociedad aparece el importe de las horas distribuídas directamente en las empresas *productivas* (FT). Este número se encuentra inmediatamente en el conjunto de los cálculos de la contabilidad general de la sociedad. Por otro lado, aparece como débito MP. p., MAT. PR p, y FT. p; *la sociedad obtiene así la contabilidad general de la producción y del consumo.*

De esta manera se realiza la siguiente frase de Marx:

«La contabilidad como control y resumen general del proceso

(El proceso económico) se hace tanto más necesaria, cuanto más se desarrolla el proceso sobre un plan socializado y pierde su carácter individual: por tanto más necesaria en la producción capitalista que en la fragmentaria sociedad basada en el artesanado y el campesinado, más necesaria en la producción comunista que en el capitalista». (*El Capital,* vol. II).

Esta contabilidad es únicamente contabilidad y nada más que contabilidad. Si bien es el punto central en el cual confluyen todos los radios del proceso económico en su conjunto, no tiene ningún poder sobre éste. La contabilidad social generalizada es ella misma una organización empresarial de tipo público o TSG que entre sus funciones tiene la de regular el consumo individual mediante el cálculo del FIC. Esta no tiene ni la dirección ni el derecho de disponer del aparato productivo. «Estas funciones están únicamente en manos de los productores-consumidores. La organización de la empresa que se ocupa de la contabilidad social general puede intervenir únicamente en su empresa. Esto, sin embargo, no es el resultado de un decreto, y no depende de la buena voluntad de los trabajadores de la contabilidad, sino que se determina dentro de la misma marcha de la producción. Y es así porque cada empresa o «corporación» se reproduce así misma, porque el trabajador determina con el trabajo su relación con el producto social.

X
LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL COMO CONTROL DEL PROCESO ECONOMICO

1. El control personal

Hasta ahora hemos considerado como funciones de la contabilidad social el registro del flujo de productos, la determinación del FIC y la emisión de dinero-trabajo. Añadamos ahora el control de la producción y la distribución.

Está claro que la forma de control ejercida está en estrecha conexión con el fundamento de la economía. En el comunismo de Estado, donde toda la vida económica está determinada por personas mediante la estadística, también el control aparece como una función personal. En la asociación de productores, los libres e iguales, donde el cálculo del tiempo de trabajo es la base de la producción, y donde la distribución de todos los productos está determinada por la marcha real de la producción, este control tiene también una expresión exacta. Este, considera por separado todos los elementos de la producción, reproducción, acumulación y distribución y, en un cierto sentido, funciona automáticamente.

En su libro *Die wirtschaftspolitischen Probleme der proletarischen Diktatur*, Varga describe cómo se realiza el control en el comunismo de Estado:

«Al campo de acción de la dirección organizativa central pertenece el control de la dirección de las empresas y la programación de las tareas en relación con las posibilidades del Estado; este problema ha traído bastantes dificultades en Rusia...

El manejar con ligereza los bienes del Estado, los bienes expropiados a la burguesía, es consecuencia sobre todo de la tendencia capitalista a la avidez propia de toda la sociedad cuya moral ha

sido sepultada por una larga guerra. Sin embargo, juega también su papel, en todo esto, una cierta falta de claridad a propósito de las nuevas relaciones de propiedad. Los proletarios que administran las empresas expropiadas, demasiado fácilmente empiezan a creer que las empresas son propiedad suya y no de toda la sociedad. Esto hace particularmente necesario un control que funcione bien, ya que además es un excelente método educativo...

En Hungría el problema del control se resolvió excelentemente (cursiva de Varga. N. d. A.). Los funcionarios, que antes estaban al servicio de los capitalistas, fueron multiplicados preparando para esta profesión a abogados y maestros de escuelas medias, y fueron reunidos como empleados estatales en una sección particular del Consejo de Economía. La sección estaba dividida por grupos profesionales, de tal forma que los mismos funcionarios controlaban constantemente los mismos ramos de la industria. El control no se limitaba al dinero y a las partidas de material, sino que se extendía al justo empleo de las fuerzas de trabajo, a la verificación de las razones de un mal empleo del trabajo, o mejor, y más en general, de los resultados insatisfactorios.

El funcionario competente controlaba, en intervalos regulares, la contabilidad y la empresa, y escribía un informe que no contenía sólo los errores descubiertos, sino también las propuestas de modificaciones. Los funcionarios no tenían ningún derecho de disponer de las empresas sobre las cuales ejercitaban su control, simplemente exponían sus informes a las autoridades competentes. De esta forma se produjo rápidamente una notable colaboración entre revisor, comisario de la producción y Consejo de empresa. Las sugerencias del revisor eran, a menudo, espontáneamente seguidas. Incluso apareció un periódico, «la hoja de los revisores», que fue enviado a todas las empresas expropiadas, y que era una notable ayuda para los trabajadores en la aclaración de cuestiones organizativas referentes a la nueva dirección de las empresas. El control sistemático se ejercitaba no sólo en todas las empresas, sino también sobre el aparato de los comisarios del pueblo. (*Op. cit.* pp. 67-68)

Esto que Varga llama control de la producción es la confusión entre dos cosas bien distintas. Una se refiere al control sobre la contabilidad, sobre los libros de cuentas, es una cuestión de débitos y créditos. Y algo completamente distinto es el control técnico que se ocupa de la progresiva racionalización de la producción

para alcanzar el máximo nivel de eficacia en las empresas.

En Varga las dos funciones, esencialmente distintas, se unifican en el mismo organismo de control, algo totalmente erróneo en el comunismo. Los resultados de aparear en el control sobre la producción las medidas de racionalización y la verificación de la contabilidad, no necesitan comentarios y muestran claramente el carácter de la República de los Consejos húngara, descrita por Varga. Pasquines de control, timbres de control horario, taylorismo, y cadenas de montaje son los indicadores de esta racionalización que es al mismo tiempo control; el control de una fuerza que se alza por encima de los trabajadores y los coloca en condiciones serviles. En este caso control de la producción significa controlar que los trabajadores trabajen de forma suficientemente rentable, y que produzcan un salario suficiente a los ojos de los dirigentes de la economía. Este control se caracteriza por el dominio sobre los productores.

2. El control objetivo

El control de la producción en la sociedad de los productores libres e iguales es fundamentalmente distinto. También se hará el cálculo del tiempo empleado en las operaciones que componen el trabajo, y se tenderá a mecanizar el proceso de trabajo (como por ejem. con las cadenas de montaje), pero se tratará de medidas para poner en marcha y realizar técnicas de trabajo mejores, con el consentimiento de los trabajadores de la empresa. Y será así porque detrás de estas medidas no estará el látigo del poder ejecutivo central interesado en los beneficios, sino el interés de los mismos productores que con el aumento de su productividad incrementarán la reserva de bienes de toda la sociedad, sobre la cual todos los trabajadores tienen el mismo derecho. Y es aquí donde comienza la tarea del control social sobre la producción. La contabilidad social que es el organismo que calcula todas las entradas y las salidas de cada empresa, debe controlar que el flujo que entra y sale de cada empresa corresponda a la productividad establecida para ella. Dado que en el comunismo ya no existirán negocios secretos, y serán públicas las relaciones sobre la contabilidad y la marcha productiva de cada empresa, el problema del control queda resuelto, ya no es un problema.

El definir qué organismos deberán intervenir después que se haya verificado un error o un alejamiento de las reglas, y qué medidas deberán tomarse en estos casos, es una cuestión aparte, pertenece al terreno técnico-organizativo

El control de la producción en la sociedad de los productores libres e iguales no admite, por tanto, la intromisión de personas o instancias, si no que se realiza mediante el registro público de la marcha material del proceso productivo. Esto significa que la producción está controlada mediante la reproducción.

Queremos probar a continuación las formas de control común sobre la contabilidad de una manera esquemática. Consideremos primeramente la producción según el tiempo de producción socialmente medio. Hemos dicho que la concretización de esta categoría se obtiene por medio de la cooperación horizontal de empresas del mismo tipo. Llamando a las empresas que pertenecen a un «cártel» de producción 1, 2, 3,... n, y al conjunto total T, la productividad global se obtiene como sigue:

Empresa 1 (mp1 + mat. pr1) + ft1 = X1 kg de producto.
Empresa 2 (mp2 + mat. pr2) + ft2 = X2 kg de producto
Empresa 3 (mp3 + mat. pr3) + ft3 = X3 kg de producto.
Empresa n (mpn + mat. prn) + ftn = Xn kg. de producto
Productividad total (MP + MAT. PR) + FT = XT kg. de producto

El tiempo de producción socialmente medio para un kg. de producto es:

$$(MP + MAT.\ PR) + FT\ XT\ Kg.\ de\ producto$$

Aunque una empresa produzca distintos tipos de productos, estos se pueden calcular con la contabilidad de los costes.

El tiempo de producción socialmente medio sirve como unidad de medida de la productividad, y el factor de productividad respecto a la media social se calcula en cada empresa, (v., cap. IV). De la fórmula antes citada se pueden extraer varios datos, así por ejem., el consumo socialmente medio de mp, mat. pr. y ft., lo que permite ya consideraciones sobre la *racionalidad* en los diferentes sectores productivos. El cártel productivo no tiene por tanto necesidad de un control estatal, porque los factores a indagar caen

dentro del terreno que compete a los mismos productores asociados. El tiempo de producción socialmente medio es el controlador «dentro de la cooperativa de producción».

Se trata de ver ahora si los productores, dando lugar a una cooperativa de producción no pierden el derecho de disponer de la producción, y si no se corre el riesgo de que una dirección central de cártel se arroje el poder sobre la producción. Sin duda existe un gran peligro en esto porque del modo capitalista de dirigir la economía proviene una fuerte tendencia a poner el poder de decisión dentro de una central. En la cooperativa de producción se verificará seguramente este intento de convertir en un derecho de la central, p. ej., el poder de disponer del fondo de acumulación. Si esto ocurriese las organizaciones de empresa ya no tendrían nada más que decir. Es también posible el intento por parte de la Dirección General del cártel de distribución, de concentrar las distintas tareas en las empresas asociadas, arrogándose el derecho de disponer del producto global.

Las organizaciones de empresa se convertirían así en organismos ejecutivos de la dirección central y a éstas les quedaría solamente la contabilidad empresarial. Que se llegue o no a este resultado depende de la previsión y energía de los productores. No se podrá hacer nada sin luchar contra estas tendencias. *Dirección y administración autónomas* es y será el imperativo que los productores, a pesar de toda las frases bellas, no deben dejarse arrancar. La empresa aparece como unidad autónoma que decide por sí sola las relaciones con las otras empresas y cooperativas de consumo. Son los productores los que tienen toda la responsabilidad; hay espacio para las fuerzas constructivas y para la iniciativa que nace de las masas.

La coordinación horizontal está ante todo basada en los cálculos para la determinación del tiempo medio de producción, y al mismo tiempo, del grado de productividad de cada empresa. Cierto que no se puede limitar a esto, sino que es necesario llegar a la colaboración técnica. Pero ésta debe estar siempre subordinada a las decisiones de la dirección autónoma. Sobre esta situación se puede decir igual que Leichter: «A primera vista parecerá que cada lugar de producción es muy independiente; observando más de cerca se apreciará el cordón umbilical por medio del cual cada empresa está ligada a la producción global». (*Op. cit.*). La gran relación que domina toda la producción, es la fórmula de

producción y reproducción. Esta coloca a todas las empresas en el mismo terreno; la producción para la reproducción de la empresa constituye la misma base para todos.

3. Control mediante el registro del flujo de productos

Volvamos ahora al control social de la producción.

En la revolución social es abolida la propiedad privada de los medios de producción, y éstos se convierten en propiedad común. La *relación jurídica* que las organizaciones de empresa tienen frente a la sociedad, está determinada por su capacidad para disponer de la dirección de los medios de producción. Las organizaciones de empresa hacen por tanto su *inventario*, y dan cuenta de cómo usan los medios de producción; esto es como decir que éstas consignan a la contabilidad de toda la economía un presupuesto de producción, en la forma (mp + mat. pr) + ft = Kg. de producto. Del conjunto de los planes productivos se ve realizada la previsión de Marx sobre la contabilidad social: «Su inventario (el de la sociedad N. d. R.) contiene la indicación de los medios de uso que posee, de las distintas obras que necesita para la producción y, finalmente, del tiempo de trabajo que en promedio le cuesta determinada cantidad de distintos productos».

Una vez obtenido con el presupuesto de producción el inventario social, las organizaciones de empresa quedan automáticamente bajo control social. La producción en la empresa es un proceso fluído. Por una parte entran productos (también bajo la forma de fuerza de trabajo), por otra salen productos en forma diferente. Cada transferencia de productos es registrada por medio de la contabilidad social y de esta forma está constantemente a disposición de la sociedad la situación de la empresa en la forma de haber y deber: todo lo que la empresa consume en medios de producción, materias primas, o dinero-trabajo se adscribe a su débito, todo lo que la empresa da a la sociedad, a su crédito. Estos deben ser equivalentes cuando los productos fluyen; y así siempre se puede verificar en qué medida la producción se desarrolla regularmente.

Si se descubre un supuesto excedente, la contabilidad social debe enseguida informar a aquellos a quienes compete (por ejemplo, a la comisión del cártel). El excedente no puede ser debido al

hecho de que la organización de empresa, al consignar el producto, haya calculado un tiempo de producción superior al socialmente medio, ya que éste último es conocido públicamente. Debe haber por tanto un error en el presupuesto de producción. Probablemente se ha consumido una cantidad inferior a la calculada en el plan de la empresa, en mp, mat. pr, ó ft. Si se verifica que el error está ahí, resulta que la empresa es más productiva de lo que se había estimado: su factor de productividad es por tanto revisado.

Puede ocurrir lo contrario. La contabilidad social registra un déficit en una empresa. Del mismo modo esto lleva a una nueva estimación del factor de productividad de la empresa, de todos los elementos de la producción, mp, mat. pr, ó ft. Es también posible que la intensidad media de trabajo de una empresa haya sido inferior a la normal, o que la dirección de la producción sea incapaz. En qué medida influyen estos cambios en la sociedad es algo que se puede calcular en gran parte mediante la fórmula:

$$(MP + MAT.\ PR) + FT\ X\ T$$

en la relación con la contabilidad de cada empresa. Si se encuentra una trasgresión en la producción se intervendrá sobre la dirección de la empresa según las concepciones legales de la sociedad.

Además de este control simple, basado en la contabilidad, que nace de manera directa del proceso productivo, existe aún otro tipo de control que funciona muy rígidamente —el proceso de reproducción—. Si una comunidad de producción ha calculado el tiempo de producción socialmente medio por debajo de la realidad, las empresas sobreproductivas pueden reproducirse, pero no están en condiciones de cubrir el déficit de las empresas de baja productividad. Estas, por tanto, no pueden reproducirse y la sociedad debe recurrir a los fondos que estaban programados para cualquier empresa por TSG, hasta que el tiempo de trabajo socialmente medio sea revisado con nuevos datos.

Al contrario, si a causa de una estimación excesiva del tiempo medio de trabajo en las empresas, existe un excedente, este error no se percibirá hasta bastante tiempo después, pero aparecerá bastante velozmente, precisamente porque funciona un flujo contante de entradas y salidas. Por largos espacios de tiempo éstas deben coincidir perfectamente con aquéllas, pero durante tiempos

más breves esto se verificará dentro de ciertos límites, que pueden determinarse fácilmente en la práctica; en todo caso, sin embargo, permanece el control automático de la reproducción.

Después de haber visto cómo la contabilidad social general ofrece una visión inmediata de conjunto del proceso productivo, veamos ahora de qué forma tiene bajo control cada uno de los términos de la fórmula de producción.

El control sobre la fuerza de trabajo, o sea el término Ft de la fórmula de producción, se realiza de forma muy simple. Sólo a cambio de la fuerza de trabajo empleada directamente las organizaciones de empresa dan dinero-trabajo. Consideremos ahora que también de la contabilidad social viene hecho el balance de la producción y que, por tanto, resulta evidente: primero, si los importes en dinero-trabajo son iguales dentro de los distintos presupuestos; segundo, si la relación entre dinero-trabajo y cantidad de materia prima, o de producto acabado, declarado en el presupuesto de producción es efectivamente exacto. En efecto es conocido el número, por ejemplo, de toneladas de carbón que son producidas por cada trabajador, esto es cuántas horas de trabajo corresponden a una unidad de producción.

El control sobre los medios de producción es más difícil, porque es necesario distinguir entre medios de producción fijos y circulantes, entre mp.y mat. pr. Como es sabido los medios circulantes están totalmente incluidos en el producto, mientras que los fijos lo están sólo parcialmente. Los mismos bienes pueden ser considerados en un caso mp, y en otro mat. pr. Por tanto, si una empresa ha incorporado bienes para su producción, existe la dificultad de cómo considerarlos si mp, o mat. pr. No es tarea nuestra decir cómo resolver el problema, porque es un aspecto particular de la técnica contable. Sin embargo esta dificultad sería anulada simplemente si por ejemplo, se indicara al facturar por mp o por mat. pr, igual que hoy día, al transferir el dinero se suele declarar la razón de la transferencia.

Esto, sin embargo, no es tarea nuestra, sino de «la organización de empresa para la contabilidad social». Para nosotros basta con que los términos de la fórmula de producción (mp + mat. pr.) + + ft puedan ser registrados fácilmente, y así cada uno de ellos pueda ser juzgado y considerado particularmente. El término mat. pr. debe estar siempre incluído en el presupuesto de producción, y encontrarse el producto en la justa relación con ft. Un desperdicio

de mat. pr. puede ser descubierto no sólo por la corporación, sino también por la contabilidad social.

Si consideramos ahora el término mp. encontramos una nueva dificultad. Las máquinas, las construcciones, etc., son pagadas sólo después de 10 ó 20 años mediante los productos, y durante todo este tiempo se mantienen a base de reparaciones. Si su utilización completa se realiza en 10 años, se estima 1/10 de su tiempo de producción, y éste se integra anualmente en la fórmula (mp + mat. pr.) + ft. Después de la consigna del producto obtenido, ft y mat. pr. entran de nuevo completamente en la producción, mientras mp. sigue en el *crédito* de la organización de empresa. En 10 años los medios de producción fijos están completamente pagados y pueden ser renovados.

Parece que el control del mp. es posible sólo después de 10 años, y que solamente entonces se puede verificar si para mp. se ha calculado un factor demasiado grande o demasiado pequeño. Pero esto sólo es una apariencia. En la marcha real de la producción, las distintas máquinas tienen tiempos de empleo distintos, y por otro lado su puesta en funcionamiento ha tenido lugar en tiempos distintos. Cada año, viejos medios de producción son sustituídos por nuevos. Por tanto no son sólo ft. y mat. pr. los que «pasan como un río a través de la empresa», sino también los mp, aunque en tiempos más largos. La empresa por tanto consumirá cada año la parte calculada de mp.

Si consideramos ahora brevemente el carácter del control social, podemos notar que la producción por lo que respecta a las empresas productivas, se controla por sí misma de varias maneras. Lo primero que aparece es la verificación de la fórmula de producción (mp + mat. pr) + ft, su grado de exactitud o error, y si cada término se mueve dentro de los límites del presupuesto. En segundo lugar el control se efectúa sobre la cantidad de producto del tiempo medio de producción en la sociedad, y con él de los distintos factores de productividad.

Todo el funcionamiento del control consiste en el hecho de que las distintas transferencias de bienes y el empleo de dinero-trabajo, o sea *la producción real*, controla en general la fórmula de la producción. Después, el producto obtenido, resultado de la producción real, define la media empresarial, la media social y la productividad, bajo la supervisión de la misma sociedad. Además con las transferencias de bienes y el empleo del dinero-trabajo, es

decir, con la marcha real de la producción se efectúa un control sobre cada témino aislado de la fórmula (mp + mat. pr) + ft. En fin, el proceso de reproducción, o sea *la producción real en su conjunto,* lleva a cabo el último y más severo control.

Si el tiempo de producción socialmente medio era demasiado bajo, la cooperativa de producción como unidad de cálculo no puede reproducirse; si el cálculo era demasiado alto, aparecen excedentes, no comprendidos en la producción.

XI
EL CONTROL SOCIAL DE LAS EMPRESAS POR TSG O EMPRESAS PUBLICAS

El control en las empresas públicas se efectúa de forma análoga al de las empresas *productivas*. Sobre todo en el cálculo de los distintos términos de la fórmula de producción (mp + mat. pr) + + ft, que se obtiene registrando las transferencias de bienes y el empleo de dinero-trabajo. Hasta aquí tenemos el control sobre la producción material. Los productos proporcionados por estas empresas pasan inmediatamente a la sociedad, y por eso no tienen asignado ningún crédito, ni en sus libros de contabilidad, ni en la contabilidad social. Aquí no aparecen como factores de control automático sólo en un sentido: en el sentido material de la producción. Naturalmente se puede pensar en innumerables métodos para tener constantemente bajo control las empresas, para que se usen los bienes comunes del modo más sobrio posible. No se trata sin embargo de inventar métodos de control ligados a las características particulares de cada empresa, se trata de un control relacionado con el carácter de la producción social.

Al comienzo de la sociedad comunista serán probablemente de carácter público sólo aquellas empresas que no dan origen a productos *tangibles*, como por ejemplo los Consejos económicos y políticos, los hospitales, las escuelas, etc. El desarrollo posterior llevará probablemente a formar parte del consumo gratuito al transporte de personas y mercancías, hasta llegar en el estadio posterior caracterizado por el «tomar según las necesidades» a los productos *medibles y tangibles* del consumo individual. Al hacer la revolución social no se trata por tanto de poner en práctica en primer lugar el principio de «a cada cual según sus necesidades», extendiéndolo lo más posible, sino de llegar a una administración

autónoma de la empresa y a un cálculo autónomo de la producción. Una vez que la producción esté asegurada bajo este aspecto, el alcanzar el libre consumo es una cosa fácil.

En todas las empresas en las que el control automático constituye sólo una parte, se podrá llegar al control permanente mediante observaciones y verificaciones. Así por ejemplo, se comprobarán los distintos números de horas que absorve la enseñanza en distintas comunidades, los diferentes números de horas que se tarda en construir un km. de transportes públicos en una ciudad o en otra, etc. Si el producto socialmente distribuído se puede medir (electricidad), se vuelve al tiempo de trabajo socialmente medio como factor de control. Tenemos así que el control no se verifica automáticamente al nivel de la contabilidad social, sino que proviene de las distintas contabilidades empresariales.

Como apartado del control de las empresas públicas, se considera también el control de la distribución de bienes de consumo. Los consumidores, a través de sus cooperativas, distribuyen sus productos autónomamente, son «dueños de su propia casa». Ya que los deseos individuales tienen así una expresión social, éstos deciden qué debe ser distribuído, y en qué medida. Su órgano ejecutivo es una organización empresarial del tipo TSG que elabora un presupuesto empresarial para el consumo de (mp + mat. pr) + ft teniendo en cuenta el hecho de que el servicio realizado corresponde a la distribución de x horas de trabajo.

El control sobre la fórmula de producción se verifica nuevamente en un solo sentido: en concreto, si la organización de la empresa está dentro de los límites del presupuesto y si los distintos términos son respetados; se ve entonces que la fórmula de la empresa se había calculado correctamente.

El control sobre la cantidad de producto distribuído es igualmente simple, precisamente porque todas las transferencias de bienes se registran en la contabilidad social y los productos entran en el consumo sobre la base de su tiempo de producción. Es perfectamente conocido en la contabilidad social qué cantidad de producto, o mejor, cuántas horas de trabajo, ha tomado la cooperativa de consumo, y por tanto deben consignarse en la contabilidad los bonos equivalentes correspondientes a las horas de trabajo empleadas.

Aquí surgen ciertamente dificultades técnicas, porque la organización de la distribución debe tener en cuenta que una parte de

los productos se pierden o estropean. Por tanto, en la práctica nunca se consignará una cantidad de dinero-trabajo correspondiente al débito en la contabilidad social. Sin embargo los límites en los que se mueven estos déficits pueden ser deducidos fácilmente de la práctica, pueden por ejemplo variar dentro del presupuesto de producción de la organización de distribución. Se tiene así, en principio, que el control sobre la producción no está impedido por estas inevitables pérdidas de producto, y que la relación exacta entre productor y producto, permanece inalterada.

El control sobre la producción y la distribución de esta manera es completo. Cada término de la fórmula de producción y reproducción puede ser conocido exactamente por la sociedad. El control está llevado a su expresión más simple y la marcha de la economía es tan clara que la contabilidad *abierta* hace posible un control directo por parte de los miembros de la sociedad.

Mientras producción y distribución estén en manos de los productores-consumidores, el funcionamiento económico alcanza su expresión ideal más alta, que sólo se realiza con la colaboración de las fuerzas productivas.

La sociedad se convierte así en *la asociación de productores libres e iguales*, que encuentra su expresión más perfecta, desde el punto de vista político, en el sistema de los Consejos y desde el punto de vista económico en la contabilidad social general.

XII
EL TRABAJO SOCIALMENTE NECESARIO Y EL TIEMPO DE REPRODUCCION SOCIALMENTE MEDIO

1. t.s.n. = trabajo socialmente necesario. t.r.s.m. = tiempo de reproducción socialmente medio

Si se estudia la categoría del t.s.n. más de cerca, se nota como se confunden dos hechos completamente distintos. Por un lado, se constata simplemente en la realidad que un determinado trabajo satisface cierta necesidad social y por esto es socialmente necesario; y por otro, se quiere expresar un elemento aritmético. Así, Kautsky habla del t.s.n. contenido en un producto «desde su comienzo hasta su acabado, junto a los transportes y otras operaciones colaterales» (*op. cit.*, p. 318), y que no puede ser valorado ni siquiera con «el más gigantesco y completo aparato estadístico» (*op. cit.*, p. 321). El cálculo del t.s.n. es teóricamente posible, pero no es realizable prácticamente: por tanto esta categoría, en el sentido aritmético que le atribuye Kautsky es rechazada.

También Varga considera el t.s.n. como algo aritmético. El pretende expresar esto, incluso en el nombre que da al concepto, al hablar de «precio de los costos sociales de producción». «*Este comprende el precio de los costos de la producción, más un plus suficiente para cubrir los costos de subsistencia de quienes no trabajan, más otro plus que haga posible la acumulación real.* Esta es la solución de principio». (Subrayado de Varga, *op. cit.* p. 147).

Esta solución de principio es atractiva en verdad. Esquematizando la «fórmula de los costos de producción» de Varga, se obtiene

$$(MP + MAT.\ PR) + FT + T.\ S.\ G. + AC.$$

Lo malo es que Varga no dice, cómo deben ser determinados los pluses correspondientes a las empresas por TSG y a la acumulación, y en qué medida piensa relacionarlos. Por esto, no se puede estudiar mejor la fórmula. En general, se nota que existen las mismas dificultades que con Kautsky, y que para la realización de esta «fórmula de los costos de producción» sería necesaria una mente gigante; en otras palabras, esto quiere decir que esta «fórmula de los costos de producción» es completamente absurda. Por eso no debemos maravillarnos de que tal «solución mejor» no haya podido encontrar ningún uso en Hungría y que la práctica haya decidido de otro modo. La *política de precios* vino a sustituir a la *fórmula de los costos de producción*, y con esto constatamos que también en este caso la categoría de los costos sociales de producción debe ser rechazada como *inutilizable*.

Está claro que los economistas han hecho del t.s.n. un concepto muy amplio, y que en general no han incluído en el cálculo del t.s.n. (Varga) los gastos generales de la dirección ligada a la producción (v. *Randglossen* en la crítica de los programas, p. 24). Si acaso se considera solamente el producto social acabado y se confunden los distintos tiempos de producción de cientos de productos acabados (Kautsky). Efectivamente la categoría de t.s.n. no se puede utilizar en la fórmula arriba citada. De hecho todo el trabajo de producción y distribución es socialmente necesario y debe por tanto ser reproducido. Por ello, la solución sólo puede ser que cada grupo económico se reproduzca, con lo que todo el t.s.n. es reproducido.

La categoría de t.s.n. sólo puede emplearse en el sentido de trabajo que produce valores de uso, y no en sentido matemático. La reproducción del t.s.n. está basada en la reproducción de cada actividad productiva, y por tanto la categoría de t.s.n. no es la determinante, sino la del tiempo de reproducción socialmente medio para cada actividad. Esta se puede realizar por todos los «productores» en el sentido más amplio, y de esta forma se encuentra también la solución para el t.s.n.

2. Tiempo de producción y de reproducción

Es necesario aclarar todavía por qué se debe hablar de tiempo de reproducción y no de tiempo de producción; y determinar en

qué medida coinciden estos conceptos y en qué medida contrastan.

A propósito de esto, recordemos nuestras observaciones sobre cómo cada empresa, con la fórmula (mp + mat. pr) + ft calcula el tiempo de producción de sus productos, y establece cuántas horas de trabajo social están contenidas en cada producto. Hemos aclarado además, cómo se ha llegado al cálculo del tiempo de producción socialmente medio, considerando el conjunto de los lugares de producción coordinados como un simple grupo de producción. La forma en que se calcula el tiempo de producción socialmente medio asegura la reproducción de todo el grupo productivo, y por tanto en vez de tiempo de producción socialmente medio asegura la reproducción de todo el grupo productivo. Los dos conceptos vienen, pues, a coincidir. La diferencia entre los tiempos de producción en las distintas empresas y el tiempo de reproducción socialmente medio se supera mediante el factor de productividad.

3. El desfase («obsolescencia») de los medios de producción

Una ley no escrita de las empresas capitalistas es que éstas deben mantener la productividad socialmente media, porque si no, son marginadas del *mercado*. Tienden por tanto, a mantener los salarios de los trabajadores lo más bajo posible y a adquirir siempre las máquinas productivas. Por esta razón, se explica que máquinas todavía en óptimas condiciones de uso sean apartadas como hierros viejos. Este es uno de los enormes despilfarros de bienes del modo de producción capitalista. En términos económicos, esto significa que en una empresa con medios de producción anticuados el tiempo de producción es superior a la media social, o bien, que desde la creación de una empresa capitalista el tiempo de producción socialmente medio de sus medios de producción ha disminuído y por tanto estos mismos medios se han devaluado.

La progresiva disminución del tiempo de producción socialmente medio, que comporta una disminución general del tiempo de reproducción, es una tendencia consciente de la producción comunista. En sentido capitalista, esto significa que los medios de producción de cualquier empresa, están desfasados. Veamos ahora cómo esto incide en la sociedad comunista.

Si por ejemplo una empresa ha calculado que las horas de trabajo contenidas en sus medios de producción fijos son 100.000, y si se supone que se consumirán en 10 años, hay que tener en cuenta esto cada año, integrando 10.000 horas de trabajo en el producto. Sin embargo, si el tiempo de reproducción socialmente medio de los medios de producción disminuye, la empresa —en su reproducción— puede dotarse de máquinas mejores o en número mayor, con lo que su productividad aumenta, y esto significa acumulación, ampliación del aparato productivo sin añadir nuevas aportaciones de trabajo.

Para esta empresa, la disminución del tiempo de reproducción, socialmente medio de los medios de producción modifica su tiempo de producción, y con esto también su factor de productividad, porque a fin de cuentas, el tiempo de reproducción socialmente medio debe ser mantenido. El tiempo de producción socialmente medio de todo el grupo productivo permanece igual al tiempo de reproducción socialmente medio, porque también los medios de producción pasan a través de las empresas como una corriente ininterrumpida. Hoy se renueva o se mejora *ésto*, mañana *aquéllo*. Los tiempos de reproducción social más bajos se integran continuamente en el proceso productivo.

El tiempo de reproducción socialmente medio es pues la categoría determinante de la producción comunista. Así como el concepto de valor en el punto central de la economía capitalista, el concepto de «tiempo de reproducción» es el punto en torno al cual gira la vida socioeconómica en el comunismo.

La base del t.r.s.m. es la hora de trabajo socialmente medio. Esta categoría ya tiene validez en el capitalismo. Las diferencias individuales tampoco se expresan ahora en las mercancías, porque en el mercado el producto se transforma en dinero, es decir, en una mercancía equivalente general, en la cual son eliminadas las diferencias individuales. En el comunismo es el t.r.s.m. el que comprende en sí mismo todas las diferencias individuales, las que hay entre trabajadores lentos y expertos, capaces y menos capaces, entre trabajo intelectual y trabajo manual. El t.r.s.m. es por tanto una cosa que como tal, como particular, no existe. Así como las leyes de la naturaleza expresan sólo lo que es general en las diferentes manifestaciones, sin existir como tales, la hora de trabajo socialmente medio, que no tiene una existencia concreta, incorpora en lo general la enorme diversidad de cambios de la materia en la sociedad.

XIII
LA DICTADURA ECONOMICA DEL PROLETARIADO Y LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL

¡Qué horrible espectro es la dictadura del proletariado para el buen pequeño-burgués (p-b), y también para buena parte del proletariado!. Estos, sin embargo, se olvidan que la clase de los capitalistas mantiene su dictadura con la más brutal falta de escrúpulos. Pero la historia no cambia por el miedo de los p-b, y sigue siendo una historia de luchas de clases, y por esto la clase obrera, cuya existencia se ve amenazada, se sublevará contra la dictadura capitalista para imponer su ordenación social, la ordenación del trabajo, contra la oposición de todos los elementos burgueses. La fuerza de choque necesaria para esto, nacerá de las masas compactas de trabajadores de las grandes y medianas empresas. Estos llevarán a cabo una violencia abierta dentro de la sociedad e impondrán un nuevo orden al resto de la sociedad. Esto no puede realizarse simplemente por medio de decretos y bayonetas sino que debe expresar la actividad organizativa de las más amplias masas de trabajadores. En Europa occidental sucederá así: el proletariado destruirá el Estado y se apropiará de las empresas declarándolas propiedad social. Pero después necesitará decidir si quiere seguir el ejemplo ruso creando, según las enseñanzas de los socialdemócratas, un nuevo aparato opresor en la figura del Estado, que dirige y dispone la producción, o bien si el elemento comunista en la clase obrera será suficientemente fuerte como para imponer en las empresas su dirección con la ayuda de las organizaciones de empresa o Consejos. La realización de la segunda hipótesis es posible sólo si en la base del circuito interno de la producción se encuentran los principios que hemos expuesto para una economía comunista. Así se quita a la circulación libre e

incontrolada, o sea, al *mercado*, la parte principal del conjunto del producto social. La otra parte de la producción social, las pequeñas empresas y las empresas agrícolas, son obligadas de esta forma a asociarse a la industria organizada de manera económicamente comunitaria. Esta es la «dictadura económica», el arma más importante y fuerte del proletariado triunfante.

La realización de la revolución social en este terreno, es en buena parte tarea de la contabilidad social general. Esta tarea estará reglamentada por las nuevas leyes económicas entonces vigentes.

La vida económica comunista no conoce la circulación monetaria ni el mercado; el flujo de débitos y créditos se regula mediante la contabilidad general. Así todos los productores que no estén asociados, se encuentran en ella en una posición forzada. No pueden proveerse de materias primas y medios de producción para sus empresas. Si sus empresas quieren continuar trabajando, la circulación de bienes que les afecta debe pasar por la contabilidad general. Deben atenerse a la reglamentación común de la producción social, basando su producción en el cálculo general de la fórmula (mp + mat. pr) + ft, y así su producción está sujeta al control social.

De esta forma las pequeñas empresas disgregadas son obligadas por vía económica, a regular su producción. La consecuencia necesaria es que, sucesivamente, las empresas del mismo tipo se coordinan formando un cártel de producción. Esto es además necesario para determinar el tiempo medio de producción y el particular factor de productividad, y además para un reabastecimiento ordenado de materiales, etc. Esta es también la única vía para sacar a las pequeñas empresas de su atraso. Para esta cartelización no es necesario en absoluto eliminar la autodeterminación de las pequeñas empresas; más bien, por el contrario, se verá que la estructuración de la producción por parte de los mismos productores se desarrollará de forma ejemplar.

«La asociación de productores libres e iguales» ejerce por tanto una dictadura económica. Esta no reconoce el derecho a la explotación y excluye de su comunidad a todos aquellos que no reconocen este primer principio del comunismo. Las pequeñas empresas son efectivamente obligadas a sujetarse a las reglas de la producción comunista, pero precisamente en este acto de sujeción, la dictadura se convierte en su opuesto. Una vez que los produc-

tores mismos han tomado en sus manos la dirección de la producción por medio de las organizaciones de empresa, y han puesto la producción bajo control social, la dictadura se extingue y los productores forman parte de la asociación con iguales derechos.

XIV
LA CUESTION AGRARIA Y LOS CAMPESINOS

1. El desarrollo hacia la producción de mercancías

Es notoria la frase que dice, que cualquier nueva sociedad nace del regazo de la vieja. El capitalismo, en su desarrollo rápido y frenético, crea un gran aparato productivo cada vez más imponente y concentrado de manera creciente; en consecuencia, por un lado disminuye el número de burgueses que tienen control sobre este aparato, y por otro, el ejército de proletarios crece hasta el infinito. Este desarrollo crea al mismo tiempo las premisas para la caída del capitalismo. La condición necesaria para este crecimiento del proletariado es una explotación cada vez más intensiva y la inseguridad de la existencia que camina al mismo paso (v. Marx, *Trabajo asalariado y capital*). En estas condiciones sólo existe una vía de salida para el proletariado: el comunismo.

Si comparamos el desarrollo industrial con el desarrollo agrícola, el cuadro es distinto. A pesar de todas las profecías que aseguraban que la agricultura se concentraría y los pequeños y medios campesinos serían arrollados por grandes consorcios agrarios, este tipo de desarrollo puede, en realidad, notarse muy poco. No sólo el campesino medio, sino también el pequeño se han consolidado, no pudiéndose hablar de desarrollo en el sentido antes dicho. Más bien se constata un notable aumento de la pequeña empresa en la agricultura.

Este hecho es extremadamente desolador para los teóricos del comunismo de Estado. El trabajo en la industria asume caracteres cada vez más colectivos, mientras que, según ellos, la economía agraria permanece bloqueada. Empleando su terminología, las

empresas industriales se hacen cada vez más maduras para el comunismo, mientras en la agricultura la producción no «madura» para una administración estatal.

A ojos de los defensores del comunismo de Estado, la agricultura, es uno de los obstáculos principales para la realización del comunismo. En cambio, según nuestro parecer, el capitalismo ha llevado a cabo brillantemente las condiciones efectivas para el comunismo, también en la agricultura. Depende simplemente del modo de ver las cosas: si se quiere poner la dirección de la producción en las manos de oficinas directivas centrales, o si la dirección debe estar en manos de los productores.

Comencemos considerando la situación actual de la agricultura. Sin duda en ésta no vemos la gran concentración de la producción que vemos en la industria. Pero a pesar de esto ha adquirido un marcado carácter capitalista.

La producción de mercancías es el dato característico del modo de producción capitalista. Las mercancías son bienes de uso que el productor, en las condiciones de propiedad privada de los medios de poducción, produce no para el consumo personal, sino para el consumo de los demás. El productor de mercancías da origen precisamente a cosas que él no usa, y consume precisamente aquello que no produce. El intercambio general de mercancías tiene lugar en el mercado. Ya que el productor de mercancías no produce para sí, sino para otros, su trabajo es el trabajo social. En el proceso social del intercambio de productos; todos los productores de mercancías están pues, relacionados entre sí, viven en completa dependencia recíproca y forman un conjunto cerrado.

La antigua empresa agrícola conocía la producción de mercancías sólo como un hecho secundario. El sistema de economía doméstica cerrada de los campesinos satisfacía casi por entero sus necesidades con productos de su poducción. El campesino trabajaba para su familia. Su producción no estaba socialmente relacionada con otras. El ámbito de su producción se limitaba casi exclusivamente a su dominio, en tanto que su producto le proporcionaba los elementos para su producción. Sólo aquello que él no consumía personalmente, el excedente de su producción, llegaba al mercado, y sólo estos productos tomaban la forma de mercancías. La empresa agrícola no formaba por tanto parte del trabajo social; esto explica la existencia independiente de los campesinos.

La producción industrial de mercancías ha roto este cerco. Si

por un lado ha sido capaz de esparcir en el mercado una avalancha de productos a bajo precio, por otro, a causa de los efectos del capitalismo, los impuestos se elevaron, mientras el Estado exigía tasas cada vez más altas. Sin embargo, no es nuestra tarea estudiar el proceso de disolución de la economía doméstica cerrada. (v. R. Luxemburgo, *Die Akkumulation des Kapitals* (la acumulación del capital)). Queremos únicamente constatar los resultados que hoy son patentes para todos. *El campesino tenía necesidad de una cantidad de dinero cada vez mayor para poder cumplir sus propias obligaciones.* La única forma de procurarse dinero era convertirse en un productor de mercancías y llevar al mercado una cantidad mayor de productos. Para alcanzar este resultado tenía dos vías: o consumir personalmente menos a igual productividad, o aumentar la productividad de su trabajo. El consumir personalmente menos, como hacían los viejos campesinos, era imposible. Por tanto la única posibilidad era el aumento de la productividad.

Este es el punto donde los economistas, en sus observaciones sobre el futuro, se han equivocado. En efecto, éstos han supuesto el mismo desarrollo para la empresa agrícola que para la industrial. En la industria la creciente productividad fue alcanzada mediante la confluencia de capitales, con máquinas nuevas y cada vez más productivas que sólo se podían emplear en empresas gigantes. Por estas razones pensaban que la misma concentración debía verificarse también en la agricultura, que el pequeño y medio campesino debían desaparecer, mientras los consorcios agrarios desarrollarían la parte fundamental de la agricultura.

Nuestros economistas por tanto se han equivocado a este respecto. Por otra parte se trata de un error muy comprensible, ya que sólo se podían basar en unas determinadas condiciones. Es, sin embargo, extraño que el desarrollo industrial, que debiera haber conducido a una concentración en la agricultura, haya preparado el terreno para un desarrollo totalmente distinto del campo. Han sido principalmente los abonos químicos, la mecanización y la ciencia agraria, los que han aumentado enormemente la productividad de la agricultura. Gracias a los modernos métodos de abono, la composición del terreno juega un papel secundario; la cosecha por hectárea crece enormemente, y el campesino, gracias a esto, está en condiciones de llevar al mercado una cantidad mayor de mercancías que en el pasado, y el comercio

moderno le ha posibilitado el transporte a cualquier parte. Al mismo tiempo que el crecimiento de la cosecha por hectárea, aparece algo de gran importancia. Apenas la producción se empieza a asentar sobre bases científicas, aparece la *especialización*, que cobra cada vez una mayor importancia. «El especialista es un hombre de las cavernas; de todo el universo sólo ve una pequeña parte, pero con mucha claridad». Vemos pues, que el campesino se organiza para producir sólo un producto específico, alcanzando, sin embargo, en la producción de éste, el máximo consentido por la ciencia y... por sus medios financieros. Según el tipo de especialización, organiza su empresa, se procura los instrumentos necesarios para el producto específico.

Este es el estado de la economía agrícola de gran parte de Europa occidental. En Holanda y Dinamarca ésto se verifica en grado máximo, mientras Francia, Inglaterra y Alemania recorren velozmente la vía de la especialización. En estos países se han producido cambios en la cría de ganado y en el cultivo de legumbres en las cercanías de las grandes ciudades. Así el campesino se ha convertido en un productor de mercancías en el verdadero sentido de la palabra. Ya no lleva al mercado el *sobrante* de su producción, sino *todo* su producto. Produce aquello que no usa y usa aquello que no produce. No trabaja por tanto para sí, sino para la sociedad, y de esta forma su trabajo pasa a formar parte del tipo trabajo social.

La economía doméstica cerrada es aniquilada por la especialización. La agricultura se incorpora a la producción industrial.

Para el campesino, en cuanto sigue siendo propietario de su trozo de tierra, la situación ha empeorado terriblemente.

Esta incertumbre que alcanza a la vida misma, vale también para las empresas industriales, pero no dependen tan directamente de la naturaleza. La productividad se eleva de tal modo que la acumulación tiene lugar sólo gracias al uso de máquinas cada vez más productivas, cosa que ha llevado a la concentración. Para los campesinos el incremento de la productividad ha tomado una vía completamente distinta, que a su vez está determinada por la situación de la técnica y de las condiciones de producción en la empresa agrícola. La acumulación ha tenido lugar gracias a los abonos químicos, motores, tractores y a la especialización.

Otro hecho aparece indisolublemente ligado a éste. Para tener la mayor influencia posible en el mercado, los campesinos se

asociaron en cooperativas agrícolas, para poder determinar mejor los precios y obtener colectivamente la maquinaria para el cultivo del campo y la transformación de lo recolectado. Así, por ejemplo, los campesinos que criaban ganado, fueron capaces de hacer ellos solos queserías, y así, esta industria aumentó directamente la cría de ganado. Las queserías son ahora el punto central que controla amplias comarcas. Así, los campesinos han creado un organismo que los liga indisolublemente a todos. Con todo esto, tanto el cultivo como la cría de ganado o la horticultura, se han concentrado fuertemente, aunque no se habla de unión de las empresas en sentido industrial.

Resumiendo lo dicho, subrayemos que la moderna agricultura está caracterizada por la especialización y que, por tanto, está completamente transformada en producción de mercancías. Con las técnicas modernas se ha obtenido un aumento de la productividad, sin necesidad de concentrar las empresas bajo una única dirección. Al mismo tiempo tenemos el desarrollo de las cooperativas que formadas por comunidades de intereses, ligan las pequeñas haciendas campesinas, privando a los campesinos de su libertad (a menudo, por ejemplo, del derecho de disponer de sus productos).

XV
LOS CAMPESINOS Y LA REVOLUCION

La vía de desarrollo antes apuntada impide la formación de un proletariado agrícola numeroso. Aunque, de hecho, es mucho más numeroso que los campesinos propietarios, no se da la relación en la que se encuentran las masas oprimidas del proletariado industrial frente a la burguesía. Hay que añadir, además, que las diferencias de clase no aparecen tan claras en el campo, porque el pequeño y medio campesino trabaja la tierra junto a sus familiares. Mientras en la ciudad la propiedad ha conducido a un auténtico parasitismo, en el campo no. Una revolución de campesinos en el campo, es por tanto, bastante menos probable que en la ciudad. Pero la situación no es tan desesperada como parece, a primera vista. Es cierto que en el campo existe una gran cantidad de *poseedores*, pero éstos saben muy bien que no son sino los encargados de negocios del capital a préstamo, mientras que el peso de la incertidumbre de la existencia recae gravemente sobre ellos. Sin duda se puede afirmar que el campesino poseedor no será nunca vanguardia del comunismo. Sin embargo, su posición económica le sitúa con los grupos sociales que se ponen al lado de los vencedores. La condición para esto es que no sea expulsado de su casa y de sus tierras, y que nadie se entrometa en la dirección de su producción. La revolución proletaria no puede mantener las rentas de la tierra o los débitos hipotecarios, porque se basa solamente en el cálculo del tiempo de reproducción socialmente medio de los productos y, por tanto, la demanda de los campesinos de «asociaciones de productores libres e iguales», no es más difícil de alcanzar que el comunismo en las empresas «maduras».

Que el campesino se convierta en un productor de mercancías es de importancia fundamental para la revolución y el «miedo frente a los campesinos» proviene en su mayor parte, del hecho de que hoy su posición se valora de forma errónea. Así por ejemplo, se sigue manteniendo que el proletariado depende de los campesinos por lo que se refiere a su nutrición y que por tanto se puede hacer bien poco contra ellos.

Esta advertencia se basa en el estado de la economía agrícola tal como se podía ver en el período pasado. La cuestión se consideraba en términos de que el campesino no era más que campesino de siempre, y no el productor de mercancías que es hoy, que lleva al mercado todo lo que produce. En la situación actual, que el proletariado dependa de los campesinos no es más cierto que lo contrario. Si los campesinos no dan al proletariado sus productos, se enfrentan al hambre igual que éste, por paradójico que parezca. A pesar de todo, el campesino debe vender sus productos porque *produce* solamente aquello que *no* consume y *consume* aquello que *no* produce.

Se repite a menudo que el campesino antes que vender forzosamente sus productos, se los da de comer a sus animales. Esto es también un malentendido que se basa en la antigua visión de la economía doméstica cerrada. El ganadero posee sólo ganado, (aparte de los productos colaterales) y nada más. El cultivador posee sólo grano pero no tiene ganado, el que cría gallinas tiene algunos centenares de gallinas, el cultivador de legumbres tiene sólo un determinado tipo de éstas. Todos son especialistas.

También se expresa el temor de que el campesino rechace el continuar cultivando sus tierras, es decir, que... vuelva a la economía doméstica cerrada. Pero esto no lo puede hacer. Ni siquiera un campesino puede retroceder un siglo y fabricar él todo lo que le hace falta, porque no dispone de las capacidades ni de los intrumentos necesarios para hacerlo. Nadie puede escapar a la socialización del trabajo una vez que ésta se ha puesto en marcha. El retorno es imposible. Por muchas vueltas que se le dé, los campesinos están en la barca de la socialización y deben moverse según su rumbo.

XVI
LA REVOLUCION AGRARIA EN RUSIA Y EN HUNGRIA

1. Rusia

La solución de la cuestión agraria en Rusia aporta pocas enseñanzas para el desarrollo de una revolución campesina en Europa occidental. En efecto, la agricultura presentaba allí todavía relaciones feudales latifundistas (a menudo de economía doméstica cerrada). La consigna capitalista «la tierra para los campesinos» significó en Rusia alcanzar la libertad y la igualdad... que los campesinos franceses habían obtenido en 1789. Se apropiaron de tierras privadas que podían cultivar como querían. El campesino ruso pretendió entrar en la escena comercial como capitalista y productor de mercancías, y por esto reaccionó contra la dirección de los soviets y aspiró a la libertad del comercio.

Así comenzó en Rusia el desarrollo capitalista de la agricultura, que nosotros ya hemos experimentado sobradamente en Europa occidental. Los rusos señalan grandiosamente el crecimiento del comunismo en el campo, entendiendo por esto el que los campesinos se asocien en cooperativas, para aprovechar la técnica moderna, para determinar colectivamente los precios y para comprar y vender conjuntamente. El campesino ruso es llevado, como su colega de Europa occidental, a asumir una fuerte posición en el mercado, para obtener beneficios, posiblemente más altos. De aquí se deduce que el comunismo tan cantado por los bolcheviques está más avanzado en Europa occidental que en Rusia.

No hay pues ninguna duda de que no podemos aprender mucho de los rusos sobre la cuestión de la dirección de las empresas agrícolas, en sentido comunista. No podemos hablar de organiza-

ciones de empresa con experiencia de administración y dirección porque allí todo es propiedad privada.

2. Hungría

La Hungría de los Consejos ofrece un cuadro completamente distinto, del proceso revolucionario. La pequeña propiedad quedó intacta, mientras que las propiedades medias y grandes fueron expropiadas por decreto, sin que los campesinos se repartieran la tierra. Esto fue posible, porque no tenían nada que ver con la revolución y les cogió de improviso. A propósito de esto, Varga narra lo siguiente:

«En Hungría no se hizo una revolución en el verdadero sentido de la palabra. De la noche a la mañana el poder cae en manos del proletariado. En el campo hubo un movimiento revolucionario casi despreciable y no hubo ninguna resistencia armada. Por tanto la expropiación jurídica pudo realizarse sin ningún obstáculo y sin la abolición de la gran empresa...» «Recalcamos el término *jurídicamente* porque admitimos abiertamente que la expropiación, en la mayor parte de los casos, se realizó sólo bajo forma jurídica, y que desde el punto de vista social fueron tan pocos los cambios que la población agrícola a menudo no tenía ni siquiera ideas claras sobre la expropiación»... «Como el terrateniente permanecía como empleado estatal en la propiedad expropiada, al principio no existió ningún cambio social. El terrateniente continuaba viviendo en la misma casa, continuaba viajando en coche de caballos y seguían llamándole los trabajadores «noble señor». Todos los cambios se reducían a que ya no podía disponer libremente de su capital sino que debía acatar las disposiciones de la central de empresas agrícolas. El trabajador agrícola se daba cuenta bien poco de todo esto; para él, el único resultado de la revolución era que obtenía un salario muy superior al que tenía antes».

Pero no en todas partes las cosas eran así. Algunas grandes granjas fueron declaradas asociaciones productivas, y la dirección central común. Todas las cooperativas de producción eran a su vez agrupadas en la «central de las empresas agrícolas de las cooperativas de producción agrícola» que dependía directamente de la sección agrícola del Consejo Supremo de la Economía. La fórmula de las cooperativas fue elegida a causa del atraso social de

los trabajadores del campo. Si las grandes propiedades hubieran sido declaradas simplemente propiedad del Estado, las pretensiones salariales de los trabajadores no hubieran tenido límite, y la intensidad del trabajo hubiera sido mínima. De esta manera, en cambio, era posible jalear el hecho de que la disciplina en el trabajo y su intensidad merecían la pena puesto que las ganancias netas de la granja pertenecían a los trabajadores. Además así se satisfacía en cierta medida el deseo de los trabajadores de poseer tierras propias... Desde el punto de vista material estas concesiones significaban bien poco, ya que la contabilidad tenía un carácter centralizado. El objetivo era declarar expropiados los latifundios después de haber aclarado qué significaba ésto, o sea, bienes del Estado, y considerar a los trabajadores como trabajadores estatales, igual que a los trabajadores de la industria». (Varga, *op. cit.*, p. 105).

3. Resultados

¡Todo esto no merece la pena siquiera criticarlo! Vargas dice a pecho descubierto: «Basta con dar a los trabajadores la impresión de que disponen y dirigen la producción; pero en verdad esto significa bien poco, porque somos nosotros los que tenemos la dirección central, y los beneficios netos están determinados por ésta a través de la *política de precios*. Aquí aparece de forma muy clara hasta qué punto es necesario que la relación entre productor y producto social esté determinada por la *producción real*, con el fin de que no aparezca un nuevo dominio bajo las máscara de la democracia.

No vamos a adentrarnos en los aspectos particulares de la agricultura de la Hungría de los Consejos. Constataremos simplemente que Rusia y Hungría eran y son horribles ejemplos de producción comunista. En Rusia los campesinos actuaron en forma capitalista. «Los campesinos subdividieron las tierras y se apropiaron de los medios de producción, y así no los más pobres sino los más ricos, se llevaron la parte mayor» (Varga, *Ibid.*, p. 103). En Hungría ni siquiera actuaron: esto significa que hasta ahora no tenemos ningún ejemplo de cómo el proletariado campesino, y los pequeños y medios campesinos, afrontarían una revolución proletaria en las condiciones de Europa occidental.

¿Cuál será su ideología mayoritaria? ¿Se organizarán en la revolución? ¿De qué forma? No lo sabemos. Lo único que podemos hacer es estudiar cuál ha sido su comportamiento en las revueltas proletarias de 1918 a 1923.

XVII
EL PROLETARIADO RURAL Y LOS PEQUEÑOS Y MEDIOS CAMPESINOS EN LA REVOLUCION ALEMANA

1. Los comienzos

Cuando, en Noviembre de 1918, cayó el poder del Kaiser en Alemania no ocurrió gracias a la actividad revolucionaria proletaria de las masas. El frente había sido despedazado y los soldados desertaban a millares. En esta situación, la marina alemana quería intentar el último esfuerzo, atacando masivamente en el mar del Norte. Los marineros pensaron, con razón o sin ella, que morirían todos, y éste fue el punto de partida para un amotinamiento de masas en los navíos de guerra. Una vez en esta situación los marineros debieron seguir adelante, de lo contrario los navíos amotinados serían echados a pique por las tropas «leales». Izaron la bandera roja, y esto condujo a una sublevación general de los marineros. El acto determinante se había hecho y ahora sí que debían seguir adelante. Forzados por la necesidad, sus acciones eran consecuencia unas de otras. Marcharon pues sobre Hamburgo para pedir ayuda a los trabajadores. ¿Cuál fue la acogida? ¿Fueron tal vez cazados de nuevo?

No hubo ni un gesto de oposición. A centenares de miles los trabajadores se solidarizaron con los marineros, la actividad revolucionaria desembocó en los Consejos de trabajadores y soldados y la marcha victoriosa de la revolución atravesó toda Alemania. Y en esto estaba lo extraño de la situación. Aunque la censura militar había tenido bajo control todas las noticias sobre la revolución rusa de 1917, aunque no se había hecho por tanto ninguna propaganda de la idea de los Consejos, aunque la estructura consejista de Rusia era completamente ignorada por los

trabajadores alemanes, en pocos días, en toda Alemania apareció una red de Consejos.

2. El desarrollo

La guerra civil que siguió a esto, se desarrolló bajo la enseña del socialismo. Por un lado la socialdemocracia, que concebía el socialismo como continuación de la concentración del capitalismo por medio de la *nacionalización legal* de la gran industria, y que por tanto debía destruir el movimiento de los Consejos en tanto que expresión de la autonomía de las masas; y por otro lado el comunismo recién nacido, que consideraba que la *nacionalización* sólo se podía alcanzar por la vía *ilegal*, y que tenía por tanto sus raíces en la autonomía de las masas. El objetivo era el mismo, pero la forma de alcanzarlo distinta.

Si bien durante todo el período revolucionario las fábricas estuvieron ocupadas por el proletariado, en ninguna parte se llegó a una «toma de posesión en nombre de la sociedad». Las empresas eran dirigidas por los viejos patronos, continuaban siendo de su propiedad, aunque bajo el control de los trabajadores.

3. La tregua

La razón por la cual no se procedió de otro modo, encuentra su explicación en el hecho de que la parte revolucionaria del proletariado empleó todas sus fuerzas en mantener la correlación de fuerzas frente a la contrarrevolución que, bajo la guía de la socialdemocracia, se oponía al *caos* y a la nacionalización *directa*. La revolución proletaria era pues muy débil. Gran parte de los grupos sociales fue implicada en la revolución y, bien o mal, debía ponerse de parte de los vencedores. Pero esta parte fue empujada hacia la contrarrevolución porque el proletariado estaba aún dividido en su interior y debía todavía ocuparse de sí mismo.

Aunque éste no es el lugar apropiado para describir el desarrollo de la guerra civil alemana, hemos tenido que adentrarnos un poco en ella porque evidentemente las posturas asumidas por el proletariado rural y los pequeños y medios campesinos dependían de su desarrollo.

4. Los campesinos

Lo primero que resalta es el hecho de que los campesinos no hayan sido un factor esencial en la revolución. No se llegó en absoluto a Consejos, si se excluye Baviera donde fue declarada la dictadura. Los campesinos tuvieron sin embargo que expresarse, y resultó la misma situación que en el proletariado: no se impusieron como formación unitaria. Una parte de los campesinos apoyó la revolución, la otra se opuso. Por desgracia no tenemos datos sobre el carácter de las formaciones campesinas y ni siquiera informes numéricos precisos.

Si se excluye Baviera, los campesinos no participaron casi para nada en la revolución. De hecho, se hablaba de apoyo directo y la posición general era claramente de hostilidad. La consigna «la tierra para los campesinos» aquí no tenía sentido, porque en su mayoría se trataba de pequeños y medios campesinos. En una situación de atraso de la agricultura como en Rusia es suficiente obtener la propiedad privada de una pequeña parcela de tierra, pero las exigencias de la moderna agricultura de Europa occidental son diferentes. Además de la tierra es necesario poseer un notable capital en forma de medios de producción fijos y materias primas para poder alcanzar la productividad socialmente media. Si ésta no es alcanzada, la empresa no es rentable y debe ser abandonada. En una situación donde la agricultura está altamente desarrollada, la consigna que en Rusia pudo liberar fuerzas inmensas, no tiene sentido para los pequeños campesinos.

Sin embargo en Alemania existen aún vastas zonas en las que prevalecen los latifundios, y por tanto se plantea la cuestión: ¿en qué medida el proletariado agrícola de estas zonas tendió a seguir el ejemplo ruso de subdividir la tierra? Aclaremos enseguida que no se pudo notar nada semejante. Las relaciones de producción de los latifundios alemanes no ofrecían ninguna posibilidad a esta alternativa. Si en una situación de atraso de la agricultura los pensamientos del campesino sin tierra se centran naturalmente en el reparto de ésta, en una situación con grandes granjas caracterizadas por un cultivo intensivo, hecho sobre bases científicas, la única ideología que se podrá desarrollar será la de la propiedad común y el cultivo colectivo.

Se podría objetar que el desarrollo técnico puede no llevar inmediatamente a cambios ideológicos en la población campesina

porque las tradiciones inveteradas tienen un gran peso. Sin embargo a nosotros nos parece clara la relación entre relaciones de producción e ideología en el tema que hemos planteado.

En los latifundios alemanes la agricultura es una industria porque está organizada según la ciencia y la técnica moderna. Las grandes extensiones de tierra cultivada de trigo son trabajadas con máquinas modernas; el trigo se conserva en grandes graneros y su posterior tratamiento se hace mecánicamente. En las zonas donde se cría ganado existen enormes praderas, establos de centenares de cabezas, y la leche se elabora en queserías propias. En los grandes campos de patatas del norte, existe una especialización en este tipo de cultivos y las destilerías están directamente unidas a éstos. La misma situación se puede encontrar en Sajonia, donde todo el cultivo de la remolacha está orientado hacia las vecinas azucareras de Magdeburgo, Aken, etc.

En esta situación la consigna «la tierra para los campesinos», en el sentido de la división de las tierras según el modelo ruso, no puede ser aceptada. Los trabajadores no sabrían qué hacer con los pedacitos de tierra. En el campo de la cría podrían efectivamente tener un trozo de tierra y un par de cabezas, pero al no tener sus viviendas con los aperos de una *granja*, como antiguamente, no podrían convertirse en criadores de ganado ni trabajar en el campo de la leche. Además faltarían instrumentos y aperos para poder hacer productivas estas pequeñas propiedades. Esta situación es válida para todas las grandes explotaciones de Alemania, y se puede por tanto decir que el estadio de desarrollo de la agricultura, impide una subdivisión de la tierra.

Los que trabajan en estas grandes posesiones constituyen el verdadero proletariado campesino. El problema que se les plantea es igual que el de los trabajadores industriales, cómo efectuar «la apropiación general en nombre de la sociedad». Si el proletariado industrial ha sido demasiado débil como para tomar seriamente en consideración el problema del comunismo, por parte del proletariado agrícola ni siquiera se ha planteado. Las relaciones de producción agrícola no ponen a miles de proletarios en condiciones de desarrollar la solidaridad en un espacio restringido, y por esta razón existen grandes dificultades para la formación de un frente de lucha. En efecto, el proletariado campesino casi no constituyó Consejos, y no jugó ningún papel en absoluto en la revolución.

La posición del llamado *semi-proletariado* agrícola fue extraña. En Alemania está particularmente extendido un tipo de industria en el campo, que por otra parte está asumiendo notables proporciones también en otros países. Este hecho puede depender tanto del bajo precio de la fuerza de trabajo como de los bajos costos del terreno y de las tasas. Ya que los trabajadores necesarios son reclutados entre la población campesina de los alrededores y en su tiempo libre cultivan su pedazo de tierra, vienen a ocupar una posición intermedia, que se define como *semi-proletariado*. El carácter de su agricultura es el de una economía doméstica cerrada, y no tienen ninguna influencia sobre el mercado.

Lo extraño es que precisamente este semi-proletariado fue durante la revolución, una fuerza que no retrocedía ante nada. A menudo eran semiproletarios agrícolas, la vanguardia del movimiento; participaron en la sublevación y extendieron la lucha a las ciudades circundantes. La Turingia fue un ejemplo claro de esto. Además jugaron un papel esencial en el abastecimiento de trigo a las ciudades. Al principio de la revolución, cuando el poder estaba aún en manos de los Consejos, los campesinos bloquearon el suministro para encarecer los precios. Los Consejos de las ciudades se pusieron entonces en contacto con los de las fábricas agrícolas y los semi-proletarios que conocían perfectamente la situación y *obligaron* a los campesinos a poner precios estables a sus productos (Hamburgo).

Concluyendo, podemos decir que ni el proletariado agrícola alemán ni los campesinos participaron en la revolución. Aunque en el proletariado agrícola podían ya estar presentes ideologías comunistas, éstas eran todavía muy débiles, y no las expresaron de ninguna forma.

Parece que los campesinos, ante una revolución proletaria, adoptan una actitud de expectativa. Su posición está determinada en cualquier caso por la fuerza de la revolución y por la posibilidad que tengan las grandes empresas agrícolas de adecuarse al modo de producción comunista.

XVIII
LOS CAMPESINOS BAJO LA DICTADURA PROLETARIA

La revolución proletaria que no considera la realización de comunismo como la «nacionalización» de las «empresas maduras» sino como la realización del principio según el cual son los mismos trabajadores quienes tienen que adecuar su trabajo al modo de producción comunista, sienta con esto las bases para considerar la agricultura como un sector de la producción global. Este principio es la creación y la determinación de una unidad que haga homogéneo el flujo de productos que recorre la sociedad: se trata de la determinación del tiempo de reproducción socialmente medio de los productos. Cada empresa se convierte así en una célula activa del comunismo en la cual se puede libremente desarrollar la actividad autogestionada de los proletarios.

Dado que la fuerza del proletariado industrial está sólidamente unida al sistema de los Consejos se deben trasladar al campo los mismos principios organizativos. La producción depende siempre funcionalmente de su estructura organizativa; cómo funcionarán los Consejos en el campo es sin embargo una cuestión que sólo puede resolverse en el futuro. Aunque los principios generales del sistema de los Consejos sean los mismos para la industria y la agricultura, muchas condiciones establecerán diferencias particulares. Por ejemplo, ocurrirá que la conciencia proletaria estará mucho más desarrollada entre los trabajadores de la industria que en el proletariado del campo, mientras que uno de los temas de reflexión del movimiento de los Consejos será la diferencia en las condiciones naturales de producción que aparecen en la industria y en el campo.

En cualquier caso, lo importante es que los campesinos formen

comunas comarcales, que a fin de cuentas no son sino la unión de las organizaciones de empresa de las granjas. *Por si solos* los campesinos no lo harán nunca, y por tanto será una tarea a realizar, con una inmensa propaganda, por la dictadura del proletariado. Esta hace que los instrumentos para la agricultura (simientes, abonos, gasolina, petróleo, etc...) se consignen solamente a las comunas comarcales, o a las organizaciones de empresa agrícolas. Cuanto mejor gobierne la industria el proletariado, más rápidamente se desarrollará la organización autogestionaria de los campesinos.

Igual que los trabajadores de la industria, los campesinos deben calcular el tiempo de producción socialmente medio de sus productos, con la ayuda de la fórmula (mp + mat. pr) + ft. El que esto se pueda realizar se lo debemos al capitalismo, que ha convertido a los campesinos en productores de mercancías. La posibilidad de efectuar este cálculo se demuestra por el hecho de que ya hoy se usa el llamado «cálculo de los costos de producción» tanto como en la industria, en la agricultura (v. J. King, *Costaccounting applied to agriculture*). Aunque en este campo se está en los comienzos. Si se considera que esta joven ciencia ha empezado a emplearse en 1922, hay que maravillarse de lo rápido que cambian las bases generales de la producción agrícola e industrial. Esto demuestra que el carácter de estos dos campos de la producción es el mismo, y que la producción agrícola ha pasado al modelo industrial. La tradición constituye aquí un freno, pero los malos resultados financieros de la agricultura en Europa occidental la sepultarán rápidamente. El que está en estrecho contacto con los campesinos aprende rápidamente que las viejas verdades se abandonan fácilmente para sustituirlas por las nuevas. Esto no se refiere al modo de producción comunista, sino a la racionalización a una dirección más moderna de la empresa, a la formación de cooperativas. Para el modo de producción comunista esto significa un rápido crecimiento de las condiciones para el empleo generalizado del tiempo de producción socialmente medio.

Naturalmente sigue habiendo una notable diferencia entre la producción industrial y la producción agrícola que depende, en su mayor parte, de las condiciones naturales de producción. En efecto la lluvia, la sequía, las enfermedades de las plantas y los animales influyen notablemente en la producción agrícola, por lo

que no es posible determinar de antemano la productividad de estas empresas, cosa posible en cambio en la industria.

Pero lo que sí es posible y ya hoy se efectúa, es la comparación de la productividad entre las distintas empresas (v. por ejem. J. King) Y esta es la prueba del nueve para la realización de las granjas. Por lo que se refiere al tiempo de reproducción medio, no es nuestra tarea «inventar» métodos de cálculo para cada producto. Está claro, sin embargo, que realizar esta categoría lleva a una reorganización de toda la agricultura. Además se impondrá la necesidad de valorar el tiempo de reproducción no sobre la base de un período productivo sino, por ejemplo, sobre un período de 10 años. Las variaciones naturales puden hacerse tender a la uniformidad considerando períodos de tiempo más largos. De esta forma se pueden evitar las oscilaciones debidas a variaciones naturales, y en el cálculo del tiempo de reproducción socialmente medio existirá sencillamente una disminución correspondiente a una productividad en progresivo aumento.

XIX
CONCLUSIONES

1. Los «Randglossen» de Marx (Glosas Marginales)

Es hora de que el proletariado revolucionario se haga una idea exacta de la ordenación social que quiere poner en lugar del capitalismo. No se puede retrasar más esta tarea, sosteniendo que la clase obrera victoriosa desarrollará fuerzas jamás imaginadas, una vez que se libre de sus cadenas. Esto es una incierta hipoteca sobre el futuro y además, fundamentalmente erróneo. Es al revés. La economía capitalista recorre a paso de gigante la vía de la concentración, cosa que se confirma de nuevo cada día, y cualquiera que no sea ciego se da cuenta que antes o después, Estado y clase dirigente vendrán a coincidir. Vamos pues, hacia la concentración de poder del capital y hacia las alianzas de todos los estratos dominantes tradicionales —que comprenden también a los jefes de las organizaciones obreras tradicionales— contra el proletariado. Este es el desarrollo al cual tiende la propaganda de la socialdemocracia y los sindicatos, en nombre de la democracia socio-económica; para ser más claros, las direcciones de las organizaciones tradicionales pretenden dominar la economía pasando a través del Estado. El viejo movimiento obrero revela su programa económico; sin embargo está claro que se trata simplemente de un nuevo desarrollo del dominio sobre el trabajo asalariado. Y ahora se puede afirmar con seguridad que el llamado comunismo de Estado ruso es sólo una realización radical de esta nueva forma de dominio. Nosotros, proletarios revolucionarios, no tenemos, pues, opción. Hoy, se muestra a las amplias masas trabajadoras la vía que pretende conducirles al socialismo o al

comunismo, a su liberación. Y es a estas mismas masas trabajadoras a las que debemos convencer y mostrar su verdadera meta, porque sin ellas no existe revolución ni comunismo. Y esto sólo lo podemos hacer si nosotros tenemos una idea clara y concreta de la forma y la estructuración de la producción en el comunismo.

Pero hay más. Los mismos científicos burgueses reconocen que la catástrofe se acerca y preparan la aceptación por parte del capital, de la idea de una economía comunitaria. Estos reconocen que los días de la empresa privada están contados, y se trata, por tanto, de mantener la explotación en una nueva situación social comunitaria. Una muestra de esto es el escrito del economista burgués. E. Horn, *Die ökonomischen Grenzen der Gemeinwirtschaft* (Los límites económicos de la economía comunitaria), *donde* se dice que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción no tiene por qué coincidir con la abolición del modo de producción capitalista. Por tanto, no se opone a la abolición de la propiedad privada, sino, en todo caso, a la desaparición del intercambio de mercancías; el modo de producción capitalista con su mercado y la formación de plusvalía, se mantienen. Para él, la cuestión no es *si* debe, sino *cómo* debe ser abolida la propiedad privada de los medios de producción.

Un economista burgués como E. Horn, debe naturalmente demostrar la imposibilidad del comunismo. Cosa que hace puntualmente gracias a la teoría marginalista de Böhm Bawerk. Ahorrémonos exponerla. A nuestro parecer, Bujarin lo ha hecho suficientemente, demoliéndola en su libro *Politiceskaja ekonomija* rant'e (La economía política del rentista)[26]. Es, sin embargo, notable la forma en que Horn critica la teoría oficial de la sociedad comunista. La define como una ordenación social de signo negativo, porque se dice lo que no es, pero nunca se exponen las categorías que regulan este tipo de sociedad. Las características de la sociedad comunista serían la inexistencia de *precios* ni de *dinero*. Por tanto, todo *negativo*.

Neurath responde que este espacio negativo será rellenado por el productor distribuidor general; Hilferding asigna esta tarea a los comisarios de Estado con su estadística de la producción y el consumo, y llega incluso a consolarse echando al ruedo la fuerza creativa del proletariado victorioso, que resolverá jugando este tipo

[26] Primera edición: Moscú, 1919.

de problemas... Aquí encuentra sentido la frase: «*donde faltan los conceptos, se inserta a tiempo una palabra*».

A primera vista puede parecer extraño que los llamados economistas marxistas se hayan ocupado tan poco de las categorías de la economía comunista, cuando el mismo Marx, en forma bastante completa ha aclarado su visión sobre esto, aunque de manera restringida, en los *Randglossen*. Los «discípulos» de Marx no sabían qué hacer con su grandiosa visión, porque creían haber descubierto que las condiciones esenciales para la dirección de la sociedad se desarrollaban de manera completamente distinta de como pensaba Marx. La «asociación de productores libres e iguales» se convirtió en sus manos en la «estatalización»; parecía en efecto que el proceso de concentración del capital y de la economía trabajaba decididamente en esta dirección. Los años de la revolución comprendidos entre 1917 y 1923 muestran cuáles son las formas en que el proletariado se apodera de los medios de producción, y la revolución rusa ha demostrado que el dominio o está en manos de los Consejos o está en manos de la organización económica central del Estado. Luego aparecen exactamente de nuevo las líneas de orientación para el comunismo, expuestas por Marx. Cuanto sigue es a propósito de los *Randglossen*. En 1875 debían unificarse la *Allgemeine deutsche Arbeiterverein* (Unión obrera general alemana) (Lasalle) y el *Sozialdemokratische Arbeiterpartei* (Partido obrero socialdemócrata) y con este objeto fue esbozado el programa de unificación de Gotha. Tanto Marx como Engels hicieron una crítica radical de éste. Marx escribe su crítica en una carta a Bracke llamando a este manuscrito «Glosas marginales al programa de coalición». Este se hizo más conocido después de 1891, cuando Engels lo hizo imprimir.

«Si consideramos ante todo la palabra 'renta del trabajo' en el sentido del producto del trabajo, entonces la renta colectiva del trabajo es el producto social global.

Pero de este se debe quitar:

Primero: la cobertura para sustituir los medios de producción consumidos.

Segundo: una parte suplementaria para extender la producción.

Tercero: un fondo de reserva o de seguro contra los infortunios o perturbaciones causadas por la naturaleza, etc...

Estas detracciones de la «renta integral del trabajo» son una necesidad económica, y su entidad debe determinarse según los

medios y las fuerzas disponibles con un cálculo de probabilidades, pero es absolutamente imposible que puedan calcularse sobre la base de la justicia. Queda otra parte del trabajo global, destinada a los medios de consumo. Antes de llegar a un reparto individual es necesario sustraer:

Primero: los gastos generales de administración que no están relacionados directamente con la producción. Esta parte disminuye considerablemente desde el principio con respecto a la sociedad de hoy, y crece en la medida en que se desarrolla la nueva sociedad.

Tercero: fondos para aquellos que no pueden trabajar, etc., en otras palabras: lo que hoy podría ser la asistencia social a los pobres.

Sólo entonces llegamos a la distribución —que, mezquinamente el programa de Lassalle pone como objetivo— a la parte de los medios de consumo que se divide entre los productores de la comunidad.

«La 'renta integral' se ha transformado, mientras tanto, se ha 'reducido', si bien lo que se ha tomado al productor en su calidad de individuo privado, se le devuelve directa o indirectamente como miembro de la sociedad». (C. Marx, *Crítica al programa de Gotha*)

Durante años no se ha vuelto a oír nada, hasta que se hicieron nuevas ediciones en 1920, en 1922, y ahora en 1928.

Sólo al final de nuestro estudio llegan estos *Randglossen*.

Estos coinciden casi completamente con la exposición aquí hecha; en cierto sentido nuestro trabajo puede parecer una elaboración actual de la concepción de Marx. Comenzaremos a demostrar estas coincidencias, en el punto en que Marx polemiza contra el programa de Unificación, a propósito de la afirmación de que todo trabajador otendrá el fruto íntegro de su trabajo.

En la concepción de Marx, salta directamente a la vista, lo que no podemos encontrar en ningún economista marxista oficial. En el comunismo también él ve la economía como un proceso cerrado, que se verifica en el interior de un marco, según sus leyes. La base de la cual se parte en la distribución del producto general es la de la necesidad económica de la reproducción y la de la ampliación de los medios de producción consumidos. Y Marx nunca habría soñado regular esta producción mediante comisarios de Estado, haciéndola por tanto una cuestión personal. Se trata de un proceso

objetivo, cuya medida debe depender de la misma producción. Además, no se advierte nada en Marx —respecto a los costos sociales, que satisfacen las necesidades colectivas y subvencionan a los inhabilitados para el trabajo, disminuyendo «el fruto íntegro del trabajo»— que haga suponer la necesidad de estadísticas; se trata simplemente de una sustracción del producto para el consumo individual. Si además se recuerda que él sugería, como medida de esta distribución, el tiempo de trabajo que ha prestado cada uno, el cuadro está completo. Creemos por tanto poder decir con razón que nuestras observaciones son consecuencia de un empleo lógico del pensamiento de Marx.

2. Del cálculo del dinero, al cálculo del tiempo de trabajo

En las discusiones verbales a propósito de los principios de producción y distribución, la crítica expuso principalmente dos argumentos. El primero se refiere al cálculo del tiempo de trabajo. El segundo sostiene que las bases de la sociedad, expresadas en este estudio, son utópicas. Queremos demostrar que estos dos argumentos han sido ya superados por la historia.

La abolición del dinero y su sustitución por el tiempo de trabajo socialmente medio (dinero-trabajo), es una tarea revolucionaria y puede ser realizada, si la clase obrera tiene el poder suficiente, después de un par de meses de dictadura proletaria. Es por tanto una cuestión de poder que *sólo puede estar* al alcance de *todo el proletariado.*

Una dictadura de partido no está en absoluto en condiciones de hacer esto. Una dictadura de partido es el resultado de acciones encaminadas a instaurar el comunismo de Estado.

La dictadura proletaria necesita en el primer período de su existencia, de una enorme cantidad de dinero, que probablemente se procurará de la misma forma que los estados capitalistas de Europa Central en el período de la postguerra, imprimiendo billetes de banco. La consecuencia de ésto es una fuerte inflación de dinero, una subida de precios de todos los productos. No se trata de establecer si esta inflación es deseable o no; si fuese posible evitarla la dictadura proletaria se opondría a ella. El fenómeno de la desvalorización del dinero aparece siempre que se

verifica un proceso revolucionario. De cualquier modo que se desarrolle la revolución, tanto si lleva a la asociación de productores libres e iguales como al comunismo de Estado, que llegue un partido a apropiarse de la dictadura o que ésta sea ejercida por la clase proletaria por medio de los Consejos, en cualquier caso aparece la inflación. Luego vendrá una cierta estabilización de las relaciones comerciales, y con ésta llega la estabilización de la moneda.

La vieja unidad de medida ha sido destruída, y sustituída por una nueva. Así ocurrió en Rusia, donde como nueva unidad de medida se puso el tschernowetz, en Austria fue el chelín, en Bélgica, la belga, en Alemania el marco oro. Lo mismo hicieron Francia e Italia, aunque mantuvieron los viejos nombres.

El pueblo alemán ha sufrido una lección respecto a la introducción de una nueva unidad de medida. En efecto, en Alemania se estableció sencillamente que a partir de una fecha fijada, un billón de la vieja moneda correspondiera a un marco-oro. La vida económica se adecuó brillantemente a la nueva situación, y se pasó a la nueva unidad de medida casi sin ninguna dificultad.

Una medida que hizo que todos los pequeños propietarios fueran expropiados.

Con la introducción de la hora de trabajo socialmente medio como unidad de medida, ocurre lo mismo. Apenas funcione regularmente la producción, se anuncia la estabilización y a partir de una fecha específica, todo el dinero es declarado no válido y sólo el dinero-trabajo da derecho al producto social. Este dinero-trabajo sólo puede ser realizado por las cooperativas.

La improvisada abolición del dinero necesita como condición que junto a todos los productos esté expresado su tiempo de reproducción. Naturalmente, esto no es inmediatamente posible, y se tratará de una estimación bruta, que en algunos casos será muy alta y en otros muy baja. Una vez sin embargo que se haya efectuado el cálculo general de las horas de trabajo, los verdaderos tiempos de reproducción serán rápidamente conocidos.

Los productores, igual que deciden y dirigen sobre la producción, deberán también efectuar los cálculos para transformar el dinero en tiempo de trabajo. Lo único que necesitan para esto, es la «cifra índice», o sea los «números clave» conocidos con este nombre en los años de la guerra.

Un modo para poderlo *definir grosso modo*, es el de calcular

el tiempo de reproducción socialmentye medio para las industrias que producen un producto de consumo de masas o para las llamadas industrias clave del carbón, hierro o potasio. De los libros de contabilidad de las empresas se puede sacar cuántas toneladas de producto han sido repartidas en un cierto período, y a cuánto asciende el *costo de producción* de cada una. Así se puede fácilmente determinar, haciendo abstracción del interés del capital, etc., el número de horas de trabajo empleadas en el proceso. Con estos datos se puede calcular el *valor en dinero* de la *hora de carbón*, de la *hora de hierro* y de la *hora de potasio*, y se puede considerar la media de estas industrias como media provisional general. Con esto no se quiere decir que el «número clave» se encuentre así, pero ésta es una posibilidad, aunque hay muchas formas de llegar al resultado. Como ya hemos dicho, la historia ha demostrado la posibilidad de sustituir la unidad de medida. «La operación financiera mayor y más compleja que jamás se haya intentado» («The new Statesman», sobre la introducción del marco-oro) se realiza, en un país de economía desarrollada, sin grandes complicaciones.

Una vez establecido que, por ejemplo, la media equivalente a 0,80 marcos es una hora de trabajo, cada empresa puede calcular provisionalmente un tiempo de producción de sus productos. En todas las empresas se hace un inventario según el método usual, expresando los valores de marcos. Después se valora el gasto de las máquinas y de los instrumentos, práctica usual en las empresas, y se transforma todo según el índice encontrado. Los cálculos para una empresa de calzado pueden ser, por ejemplo, los siguientes:

Gastos maquinaria	= 1.000 marcos	=	1.250	horas de trabajo.
Cueros, etc.	= 49.000 marcos	=	61.250	horas de trabajo.
Horas trabajadas	=	=	62.500	
		=	125.000	horas de trabajo.

Equivalentes a 40.000 pares de zapatos.

Tiempo medio de producción = 125.000: 40.000 = 3,125

3. La acusación de utopía

El segundo argumento de nuestros críticos era el de la utopía pero también esto está equivocado porque en todo el estudio no se hacen construcciones referentes al futuro. Nosotros examinamos

sólo las categorías de base de la vida económica comunista. La única cosa que queremos demostrar es que *la revolución proletaria debe encontrar la fuerza para hacer efectivo el uso del tiempo de reproducción socialmente medio*; si no está en condiciones, es inevitable el paso al comunismo de Estado. Este comunismo de Estado no será declarado públicamente, porque hoy está ya muy comprometido, pero se desarrollará bajo una especie de socialismo corporativo que el inglés Cole ya ha presentado en su libro *Self-government in Industrie* (Autogestión en la industria)[27] y que ha sido copiado en forma exacta por Leichter. Se trata en cualquier caso de un comunismo de Estado enmascarado, como último intento del mundo burgués por evitar el comunismo, impidiendo la determinación de una relación exacta entre productor y producto.

Por el contrario todo lo que hasta ahora se ofrecía a propósito de la producción y la distribución en el comunismo y que pretendía estar basado en la realidad era en cambio una verdadera utopía. Se hacen proyectos sobre cómo deben ser organizadas las distintas industrias, sobre cómo debe ser abolida la contraposición entre productor y consumidor por medio de determinadas comisiones y Consejos y por medio de qué organismos debe limitarse el poder del Estado, etc. Si tal autor, en sus fantásticas cabriolas, cae en una trampa, si en sus observaciones teóricas surge una dificultad sobre la colaboración de las distintas industrias... la solución se encuentra rápidamente. Se da vida a una nueva comisión o a un Consejo particular. Esto es válido sobre todo para el socialismo corporativo de Cole, *cuya derivación es el llamado socialismo sindical alemán.*

La estructura organizativa del aparato de producción y distribución está funcionalmente ligada a las leyes según las cuales se mueve. Todas las observaciones referentes a esta estructura son

[27] 1913. George Douglas Havar Cole forma parte del ala izquierda de los sindicatos antes de la Guerra Mundial. Las reivindicaciones del estatuto de fundación de la federación nacional, National Guilds Leagne, de la cual formaba parte Cole, eran (1915): "Abolición del trabajo asalariado, introducción de la autogestión de los obreros en la industria mediante un sistema democrático de gremios nacionales y en relación con un Estado democrático" de W. Hofman, *Ideengeschite der Sozialen Bewegung des 19 und 20 Jahrhunderts* (Historia de las ideas del movimiento social de los siglos XIX y XX) Berlín, 1962.

por tanto una construcción utópica, en tanto que no se definen las categorías económicas que pertenecen a esta estructura. Se trata de una utopía que desvía la atención de los problemas fundamentales.

En nuestras observaciones nos hemos mantenido en este terreno: apenas se tocaba la cuestión de la estructura organizativa de la vida económica, simplemente aludíamos a las organizaciones de empresa y a las cooperativas. Esto está justificado porque *la historia* ha mostrado ya estas formas, y por tanto no resultan producto de una fértil fantasía. Hemos tratado la cuestión de los campesinos con mucha reticencia, precisamente porque en Europa Occidental la experiencia en este terreno es muy limitada. Es necesario esperar para ver cómo se organizan los campesinos. Por esto, en lo referente a las empresas agrícolas simplemente se ha mostrado cómo también en éstas el capitalismo ha creado condiciones que justifican el uso del tiempo de reproducción socialmente medio, y se han mostrado algunas consecuencias en este sentido.

De qué modo se relacionan las organizaciones de empresa, y a qué organismos dan vida éstas para que la producción y la distribución funcione regularmente, en qué modo deben ser elegidos tales organismos, y cómo deben ser reagrupadas las cooperativas, son problemas todos que se resuelven según las condiciones particulares, dependiendo de las bases de la producción y la distribución.

Es precisamente ésto, el funcionamiento del aparato productivo, lo que se desarrolla en el socialismo corporativo de Cole, sin tocar sin embargo los verdaderos problemas de las leyes económicas, y por tanto tal forma de tratar el problema carece de valor. Rechazamos por esto decididamente la acusación de utopismo porque la disertación se desarrolla exclusivamente sobre el terreno de la realización de la hora de trabajo socialmente medio y sobre el tiempo de reproducción.

Si se define como utopía la confianza en las fuerzas del proletariado, para imponer el comunismo, entonces ésta es una *utopía subjetiva* que el proletariado debe hacer desaparecer mediante una intensa propaganda.

El único campo en el que aparentemente se nos podría acusar de utópicos es en el de la contabilidad social y el control de la vida económica. Pero sólo aparentemente. Se podría, por ejemplo,

pensar que Leichter da un espacio mayor a las posibilidades de desarrollo, ya que él deja abierta la cuestión de si la regulación de cuentas entre las empresas se realiza *individualmente* en dinero-trabajo o tiene lugar mediante simples giros contables a una sede central; para nosotros es esta segunda hipótesis la que debe ser realizada. Lo esencial, sin embargo, es que nosotros subrayamos la importancia fundamental de la contabilidad social general, como arma de la dictadura económica de la clase obrera, y al mismo tiempo se resuelve la cuestión del control social de la vida económica. La estructura organizativa de la contabilidad y sus particulares vínculos con la sociedad quedan fuera de la disertación.

Naturalmente es posible que la revolución proletaria no tenga bastante fuerza para utilizar este arma fundamental de la dictadura. Sin embargo necesita llegar finalmente a este punto, porque prescindiendo de la dictadura la misma sociedad comunista necesita conocer la cantidad exacta de producto que los consumidores obtienen *sin pagar*.

En otras palabras: deben ser determinados los datos para el cálculo del factor de pago; si no se llega a esto completa o parcialmente, entonces la categoría del tiempo de reproducción socialmente medio no es realizable y el comunismo se derrumba. Entonces no existe otra salida que la de la *política de precios*, y se llega nuevamente al dominio sobre las masas, al comunismo de Estado. Por tanto no es sólo nuestra fantasía la que prefiere la contabilidad social general, sino es una ley económica la que pone esta condición.

Resumiendo brevemente nuestras observaciones tenemos el siguiente cuadro:

En la base de este estudio se encuentra el hecho, empíricamente comprobado, de que en el acto de la toma del poder los medios de producción están en manos de las organizaciones de empresa. La fuerza de la concepción comunista que a su vez está ligada a una clara visión de lo que se debe hacer con los medios de producción, determinará si éstos continuarán afirmándose o no. Si esto se logra, se pasará al comunismo de Estado que experimentará sus intentos, privados de esperanza, de una producción planificada sobre las espaldas de los trabajadores. Entonces será necesaria una segunda revolución que ponga efectivamente los medios de producción en manos de los productores. Si en cambio son las

organizaciones de empresa las que triunfan, entonces la economía no podrá ser regulada más que por medio del tiempo de trabajo socialmente medio, habiendo eliminado el dinero. Es también posible que aparezcan tendencias sindicalistas tan fuertes que los trabajadores intenten autogestionar la empresa, manteniendo el dinero. *El resultado en este caso no es otro* que una especie de socialismo corporativo que conduce al comunismo de Estado (= capitalismo), el nudo de la cuestión de una revolución proletaria, consiste en definir una relación exacta entre productor v producto, y esto sólo es posible realizando un cálculo generalizado del tiempo de trabajo. Esta es la exigencia máxima que puede ser planteada por el proletariado... pero también la mínima, y sin duda es una cuestión de poder por la cual el proletariado debe combatir solo, porque en ningún caso puede contar con la colaboración de intelectuales *socialistas* o *comunistas*.

La consolidación de las organizaciones de empresa se basa por tanto en la dirección y gestión autónoma porque ésta es la única base sobre la cual se puede efectuar el cálculo del tiempo de trabajo. Un verdadero torrente de literatura, de América, de Inglaterra y de Alemania demuestra cómo el cálculo del tiempo de producción socialmente medio es preparado por el capitalismo. En el comunismo, el cálculo de (mp + mat. pr.) + ft se hace exactamente como ahora, sólo que con otra unidad de medida, en este sentido la vieja sociedad capitalista cría en su seno la nueva sociedad comunista. La regulación de las cuentas entre las distintas empresas, para asegurar la reproducción de cada una de ellas se hace a través de una nueva contabilización del ciclo, como ahora. También respecto a esto es el capitalismo quien genera la nueva ordenación. El reagrupamiento de las empresas es un proceso que se verifica ya hoy. Es probable que los ragrupamientos futuros sean distintos, ya que se orientarán sobre bases diferentes. Las empresas que hemos definido como por TSG, las llamadas «públicas», existen ya hoy y funcionan como instrumento del Estado de clase. Estas empresas son arrancadas del Estado, y consideradas desde el punto de vista comunista de la sociedad. También en este caso se trata de transformar una cosa que ya existe. El Estado pierde su carácter actual y aparece como aparato de poder del proletariado. Esto impedirá la resistencia de la burguesía... pero no tendrá nada que ver con la dirección de la

vida económica. *Así se habrá puesto a priori una condición para la «extinción» del Estado.*

La separación de las empresas públicas del Estado y su introducción en el resto de la economía exige la determinación de la parte de producto social que se distribuye individualmente, lo que nosotros hemos llamado factor de consumo indvidual FIC.

Los futuros organismos que se ocuparán de la distribución, también son ya esbozados por el capitalismo. En qué medida serán entonces utilizables las modernas cooperativas de consumo, es otra cuestión, ya que entonces la distribución será organizada de manera distinta. Una cosa sin embargo es cierta, que de las actuales cooperativas se puede extraer una gran experiencia.

Contraponiendo a esto el comunismo de Estado, hay que hacer notar que en éste el dinero no puede desaparecer, porque (v. Kautsky) sólo las empresas maduras serán nacionalizadas, mientras buena parte de la producción trabaja aún con capitales y por tanto se excluye una unidad de cálculo diferente del dinero. Permanece *el mercado*, y así también *la fuerza de trabajo como mercancía*, que debe tener un *precio* en el mercado y por tanto a pesar de las bellas palabras, *el trabajo asalariado no puede ser abolido*. El proceso de la nacionalización que debería ser un acercamiento hacia el comunismo, ofrece perspectivas desoladoras. La estructuración de la sociedad comunista que se está desarrollando es arrancada a los productores y puesta en manos de la burocracia de Estado, que pronto lleva a la sociedad a la fosilización. Desde sus *oficinas centrales* ésta determina *qué* debe ser producido, *cuánto tiempo* y por *cuánto salario* se debe trabajar.

En este tipo de sistema también la democracia debe jugar su papel. Corporaciones y Consejos elegidos garantizan que los intereses de las masas sean respetados. Esta democracia sin embargo es demolida, trozo a trozo, porque en realidad este tipo de gestión centralizada es imposible. A la postre ésta se resuelve en el poder de muchos dictadores individuales, y la marcha de la vida económica se determina por el dominio personal de la democracia. Aquí también la democracia se convierte en un velo que esconde el dominio sobre millones de personas, exactamente como en el capitalismo. En el mejor de los casos los trabajadores obtienen el derecho de participar en las decisiones, lo cual representa una cobertura de las relaciones reales de poder.

El rechazo de la dirección de la administración central de la producción no significa sin embargo, que nosotros nos coloquemos en un terreno exclusivamente federalista. Cuando la dirección y la administración de la sociedad están en manos de las masas, de las organizaciones de empresa y las cooperativas, existen sin duda fuertes tendencias sindicalistas; teniendo en cuenta sin embargo la situación desde el punto de vista de la contabilidad social general, la vida económica es *un todo ininterrumpido*, y existe un punto central cuya función es una dirección y administración de la sociedad, aunque sí una supervisión. La más alta síntesis de la vida económica está en el hecho de que todas las transformaciones de la energía humana en el proceso productivo encuentren su registro en un organismo. Que esto sea una situación caracterizada como centralismo o federalismo, depende desde donde se mire. Efectivamente, puede ser lo uno o lo otro, pues estos términos pierden su significado, para el sistema productivo en su conjunto. La contradicción federalismo-centralismo es eliminada en una síntesis; el organismo productivo se ha convertido en una unidad orgánica.

INDICE

Nota de la Editorial 5
Introducción 11
A manera de prólogo 27
Indice resumido 29

I. PASAR DEL COMUNISMO DE ESTADO A LA ASOCIACION DE PRODUCTORES LIBRES E IGUALES 35

II. LOS PROGRESOS EN EL PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA 51

III. EL PROCESO DE REPRODUCCION EN GENERAL 62

IV. EL TIEMPO DE PRODUCCION SOCIALMENTE MEDIO COMO BASE DE LA PRODUCCION 72

V. EL TIEMPO DE PRODUCCION SOCIALMENTE MEDIO COMO BASE DE LA DISTRIBUCION 82

VI. EL TRABAJO SOCIAL GENERAL 92

VII. LA DISTRIBUCION COMUNISTA 106

VIII. PRODUCCION A ESCALA AMPLIADA O ACUMULACION 114

IX. LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL COMO RESUMEN IDEAL DEL PROCESO ECONOMICO 126

X. LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL COMO CONTROL DEL PROCESO ECONOMICO 131

XI. EL CONTROL DE LAS EMPRESAS POR TSG O EMPRESAS PUBLICAS 141

XII. EL TRABAJO SOCIALMENTE NECESARIO Y EL TIEMPO DE REPRODUCCION SOCIALMENTE MEDIO 144

XIII. LA DICTADURA ECONOMICA DEL PROLETARIADO Y LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL 148

XIV. LA CUESTION AGRARIA Y LOS CAMPESINOS 151

XV. LOS CAMPESINOS Y LA REVOLUCION 156

XVI. LA REVOLUCION AGRARIA EN RUSIA Y EN HUNGRIA 158

XVII. EL PROLETARIADO RURAL Y LOS PEQUEÑOS Y MEDIOS CAMPESINOS EN LA REVOLUCION ALEMANA 162

XVIII. LOS CAMPESINOS BAJO LA DICTADURA PROLETARIA 167

XIX. CONCLUSIONES 170

Muchas experiencias revolucionarias realizadas, desde la base de la clase obrera, por lograr un verdadero poder de clase, han sido ahogadas en sangre o en el silencio por la social-democracia y el comunismo más ortodoxo. Sus planteamientos económicos en una sociedad de transición al socialismo proponen claramente un control rígido e individual del trabajo del obrero, con vistas a lograr de él la máxima productividad.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE UNA PRODUCCION Y DISTRIBUCION COMUNISTA es una crítica rotunda del reformismo social-comunista en sus ideas y práctica sobre la organización, y el papel de los trabajadores en el proceso de producción de una sociedad en transición al socialismo.

Libro de gran utilidad en el que los Grupos Internacional-Comunistas de Holanda (GIKH) autores de este libro, frente a la social-democracia y los partidos comunistas clásicos, plantean no sólo la revisión del tiempo de trabajo social medio, sino cómo se debe articular la producción y la distribucción en la sociedad comunista.

66 SERIE "R"